

AYUNTAMIENTO DE MADRID

---

REVISTA  
DE LA BIBLIOTECA  
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO III.—OCTUBRE, 1926.—NÚMERO XII

Ayuntamiento de Madrid

[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)

DIRECTOR: MANUEL MACHADO.

Redactor Jefe: AGUSTÍN MILLARES CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO.

Administrador: ANGEL ANDARIAS.

## SUMARIO

AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO.—*Las primeras ordenanzas de la Villa y Corte de Madrid.*

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.—*Centenario del autor de «Pepita Jiménez». Cartas inéditas de Valera.*

CRISTÓBAL ESPEJO.—*Las dificultades económicas en España en el primer tercio del siglo XVII y las soluciones particulares.*

VARIEDADES: JOSÉ SUBIRÁ: *Un sainete olvidado: «La Academia de Bolero».*  
J. DOMÍNGUEZ BORDONA: *Un traductor de Bécquer.*

RESEÑAS: Haebler Konrad.—*Handbuch der Inkunabelkunde* (P. GALINDO ROMEO).  
Sneider, Georg.—*Handbuch der Bibliographie. Drittes, unveränderte Manuldruck* (P. G. R.).—*Trend, J. B.—The Music of Spanish History to 1600* (JOSÉ SUBIRÁ).—*García Villada, Zacarías.—La vida de los escritores españoles medievales.* (E. VARELA HERVIAS).—*Chacón Enriquez, J.—Eduardo Rosales (1836-1873).* (J. DOMÍNGUEZ BORDONA).—*Martínez Kleiser, Luis.—Guía de Madrid para el año 1656.* (J. RINCÓN LAZCANO).—*Grahit, Joseph.—Las campanas de Girona.* (JOSÉ SUBIRÁ).—*Moreno Villa, J.—Dibujos del Instituto de Gijón.* (J. DOMÍNGUEZ BORDONA).—*Saborido Soler, Manuel y Huerta Peña, Jesús.—Estudio de antecedentes para la creación de cooperativas locales, aseguradoras de la salud y la organización técnica del seguro contra las enfermedades y la invalidez en todas sus modalidades.* (J. RINCÓN LAZCANO).—*Residencia.* (E. VARELA HERVIAS).—*Baier y Landauer, Ignacio.—De mi Archivo. Varias cartas del siglo XIX.* (J. RINCÓN LAZCANO).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

CRÓNICA: *El XIV Congreso Geológico Internacional.*

---

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, plaza del Dos de Mayo, 2, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año .....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

Ayuntamiento de Madrid  
[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)

# REVISTA

DE LA

# BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

---

AÑO III

OCTUBRE, 1926

NÚMERO 12

---

## LAS PRIMERAS ORDENANZAS MUNICIPALES DE LA VILLA Y CORTE DE MADRID

Al muy culto y querido amigo D. Francisco Ruano, secretario del excelentísimo Ayuntamiento, quien, calladamente, tanto ha hecho por la buena policía y ornato del Madrid moderno.

### I

Escasas, confusas y contradictorias son, a la verdad, las noticias que los primitivos cronistas madrileños nos dejaron tanto acerca de las causas y modo de efectuarse el traslado de la Corte desde la imperial Toledo en 1561, como sobre la población y perímetro que por entonces abarcaba nuestra flamante coronada Villa. El más explícito y minucioso de todos, Jerónimo de Quintana, asegura que en 1563—año que él diputa para la mudanza—contaba Madrid con 2.520 casas, en las cuales dice que habría, «conforme a buena razón y prudente discurso, *de doce mil a catorce mil personas*» (1). Parece, en efecto, verosímil este cómputo, habida cuenta que no se daban en el Madrid de entonces razones topográficas ni históricas exigencias que justificasen un censo mayor, estando vecinos Avila y Toledo, cuna y solar más rancios de dilatada nobleza castellana. Pero mudada la Corte,

---

(1) Quintana.—*Historia de la antigüedad y grandeza de Madrid*. Madrid, 1629, fol. 331 v.



Madrid subió como la espuma, pues nunca fueron más vivos que entonces los incentivos y alicientes que toda Corte encierra, y con los cuales fascina y avasalla a la muchedumbre de gentes que a ella se acogen, por aquellas dos causas que un grave historiador contemporáneo y altísimo poeta, Bartolomé Leonardo de Argensola, aducía en su *Discurso de cómo se remediarán los vicios de la Corte y de que no acuda a ella tanta gente inútil*, cuales eran *obligación y deleite*. «Por la primera—escribía—acuden pleiteantes y pretendientes para asistir a negocios de justicia o de gracia; y por el deleite, hombres ociosos, amigos de regalos, curiosos y parleros, tibios en la virtud, y otros peores: ministros de venganza, apóstatas de religiones, eclesiásticos ausentes de sus residencias, labradores que por no trabajar en sus tierras las desamparan y vienen a quitar la limosna a los verdaderos pobres» (1).

Pintura sobria y fiel que pocos años antes había adelantado otro escritor famoso por la pureza de su estilo, Eugenio de Salazar, cuando describiendo con singular donaire el espectáculo de Madrid en 1567 trazaba estas palabras: «El henchimiento y autoridad de la Corte es cosa muy de ver. Porque está tan llena de personas reales, de prelados, de sacerdotes, de caballeros, de justicias, de escuderos, tratantes, oficiales y menestrales, que es cosa de admiración; y como todo el edificio no puede ser de buena cantería de piedras crecidas, fuertes y bien labradas, sino que con ellas se ha de mezclar cascajo, guijo y callao, así en esta máquina, entre las buenas piezas del ángulo, hay mucha froga y turronada de bellacos, perdidos, facinerosos, homicidas, ladrones, capeadores, tahures, fulleros, engañadores, regatones, falsarios, rufianes, pícaros y vagamundos» (2). Aquellos famosos *catarriberas*, que la pluma inimitable del mismo Salazar esculpió con trazos imperecederos y gallardos, no se quedaron en Toledo: con la Corte también mudáronse a Madrid, arrastrando su hambre y sus quimeras y zambulléndolas con sus miserables personas, bien en las incómodas y estrechas posadas madrileñas, bien en las humildes casas, raras de ellas sombreadas por los escasos palacios con que entonces contaba Madrid. Todavía algún rezagado *catarribera* había de presentar memorial al monarca, en las postrimerías de aquel siglo, alegando

---

(1) *Obras sueltas coleccionadas por el conde de la Viñaza*. Madrid, 1885, t. II, pág. 242. Véase también sobre el crecimiento que tuvo Madrid el muy erudito trabajo del Sr. Sánchez Alonso sobre *Los Avisos de forasteros en la Corte*, que, después de compuesto el mío, hallo en esta REVISTA, número VII, págs. 325 a 336.

(2) *Cartas de Eugenio de Salazar*. Madrid, Bibliófilos Españoles, 1866, pág. 2.

por título de la solicitada merced llevar en la Corte veintisiete años y «ser el pretendiente más antiguo» (1). De este modo fué poblándose Madrid y extendiéndose sus linderos, dentro de los cuales alzábanse con singular presteza, ora linajudas mansiones señoriales, ora aquellas famosas casas *a la malicia*, de tente mientras cobro, que excitaban la justa indignación y censura de los arbitristas coetáneos, como el buen Pérez de Herrera (2). «Mándame V. S.—escribía a un Grande de entonces otra bizarra pluma—que le avise cómo hallé la Corte, y qué me parece y qué tal me fué en ella. Digo, señor, que yo hallé la Corte donde la dexé, pero tan mudada que casi no la conocía. Porque todo lo hallé trocado, palacio, lugar, ministros, trajes, hombres y mujeres. Palacio, remendado; la Puerta de Guadalajara, derrocada; la plaza, quadrada...; los muladares hechos jardines...; muchas casas nuevas y otras derribadas; una puente hecha muy hermosa; los sombreros, a la francesa; las lechuguillas, a la portuguesa; los rostros y copetes, a la italiana; las capas y espadas, españolas; en resolución, no he visto cosa que no esté mudada ni hombre que no se ande lamentando» (3). De este modo, casa tras casa, y una a par de otra, bastaron no más de veinticinco años para que en 1598, a la muerte de Felipe II, por testimonio del mismo Quintana, según datos personalmente sacados por él del Archivo de la Villa, las casas hubiesen subido a 12.000, repartidas en 13 parroquias, y en ellas «conforme a las razones y conjeturas que se pueden fundar y hacer en máquina tan grande *trescientas mil personas y más*» (4). Contradijeron el cómputo del entusiasta historiador primeramente en su tiem-

---

(1) Memorial de Juan Muñoz, que hacía veintisiete años que andaba suplicando colocación en la Corte en virtud de ser el pretendiente más antiguo. (Archivo de Simancas).

(2) En su *Discurso a la Católica y Real Magestad del rey D. Felipe N. S. en que se le suplica que considerando las muchas calidades y grandezas de la Villa de Madrid, se sirna de ver si conuendría adornarla de muralla y otras cosas que se proponen*. Madrid [1597], se leen estas palabras que parecen escritas para hoy: tanta es su actualidad: «con ello se excusaría que no se labrasen casas bajas ni a la malicia de poca vivienda y autoridad como al presente hay en mucho número, y particularmente en los confines deste lugar, que por ser edificadas pobrememente están sugetas a las inclemencias de los tiempos y a ser habitadas de gente miserable y necesitada» (fol. 13). Más adelante calcula su número de 4 a 5.000 (fol. 13 v.) Los Memoriales, arbitrios y papeles sueltos de Cristóbal Pérez de Herrera contienen datos curiosísimos sobre el Madrid antiguo. Merecían que nuestro Ayuntamiento tomase el acuerdo de publicarlos todos, reunidos en un volumen, tanto más cuanto que se trata de piezas muy raras y expuestas a desaparecer. Brindo esta idea a la probada cultura de mi querido amigo y actual alcalde señor conde de Vallellano, ofreciéndome muy gustosamente a él para llevarla a cabo.

(3) Son palabras de una carta anónima que los Sres. Amador de los Ríos y Rada y Delgado atribuyen sin fundamento serio a D. Diego Hurtado de Mendoza y transcriben en su *Historia de la Villa y Corte de Madrid*. Madrid, 1863, t. III, págs. 144 y 145.

(4) Quintana: op. y loc. cit. Anteriormente Pérez de Herrera en su citado *Memorial* (fol. 2) atribuía también a Madrid en 1597 una población de 350.000 almas.

po otro curioso cronista, León Pinelo (1), diciendo en sus *Anales de Madrid* que Quintana padeció engaño al fijar cifra tan crecida; y modernamente, casi en nuestros días, D. Pascual Madoz en largos y numéricos razonamientos que sería prolijo recoger ahora, pero que el curioso lector puede comprobar, si gusta, en el extenso y concienzudo artículo que consagra a Madrid en el cuerpo de su olvidado y valioso *Diccionario* (2).

Rebájese, entretanto, la cuenta si se quiere hasta una prudente mitad, pero siempre quedará en pie el hecho del extraordinario crecimiento que Madrid alcanzó en el último tercio del siglo xvi, y que unánimemente declaran historiadores, novelistas, poetas y viajeros; en suma, cuantos pasearon las calles y plazas de la flamante Corte en las postrimerías de aquella centuria memorable (3).

## II

Pero, como queda probado por los testimonios antes aducidos, no era todo en este crecimiento trigo sano y ahechado, que también por el caudaloso río de la Corte discurrían, confundidas con las claras, otras aguas impuras, revueltas y turbias. Repasando las actas de las Cortes de Castilla que por aquellos años se celebraron, insustituible y riquísimo venero de noticias, impresiones y datos, y donde la vida por extremo intensa de aquellas generaciones, se refleja y anima con

---

(1) Al llegar al año de 1597 escribe: «La gente que en este año había en Madrid, según afirma Jerónimo de Quintana era, en doce mil casas, más de 300.000 personas. Pero juzgo que en lo uno y en lo otro padeció engaño, y supuesto que como dice lo sacó del Aposento Real de la Corte por el que había el año de 1622, que era menos, habiendo crecido más la población se verá si veinte y cuatro años antes pudo haver tanta gente». (*Anales de Madrid*. Ms. Año 1598).

(2) Madoz.—*Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, t. X, págs. 584 y 585. De los datos que analiza resulta que Madrid tenía en 1597 un censo de 57.286 almas aproximadamente. En mi opinión este cómputo se acerca más a la realidad que los de Quintana y Pérez de Herrera.

(3) Véase, entre otros muchos que podrían alegarse, el siguiente, hasta ahora no citado, del ingenioso novelista Céspedes y Meneses: «Y así [Felipe II], teniendo por la templanza de sus aires serenidad de cielo y otras comodidades, particular inclinación a la asistencia de Madrid, con su continuación y real presencia, poco a poco se fué extendiendo y ampliando, hasta llegar casi a la grandeza y esplendor en que le vemos: con que todas sus cosas tomaron nuevo ser, porque los muy apartados campos de sus contornos se convirtieron en vistosas calles, los sembrados en grandes edificios, los humilladeros en parroquias, las ermitas en conventos y los egidos en plazas, lonjas y frecuentes mercados.» (Céspedes y Meneses: *Historias peregrinas y exemplares...* Zaragoza, 1623, cap. XCIV.)

vivididos y brillantes colores, adviértese la preocupación santa y legítima que unas veces a nuestros procuradores y otras a graves y sedudos varones celosos del bien público, que acudían a ellas, producía el carácter pecador, vicioso y disoluto que la Corte iba tomando a medida que la llenaba la turba de gentes apicaradas, rufianescas u ociosas.

En un muy curioso memorial que las Cortes de 1592 a 1598 (verdadero Parlamento largo de aquella inmortal institución) acordaron elevar al rey Prudente, pedíanle que «se procure y mande con grandes penas que salgan de la Corte innumerables gentes que en ella andan de estas ocupaciones, las cuales la encarecen de mantenimientos y posadas y la hinchan de vicios con los que de continuo exercen y destruyen el reino con las falsedades que algunos cometen..., limpiándola de estas sabandijas... para que no se despueble España toda y esta Corte se hinche de vagamundos que hagan robos e insultos, como hoy se ve, pues se sabe de mucho número de casas escaladas» (1). Y como el remedio propuesto no fuera sin duda eficaz, en las Cortes siguientes de 1598 a 1601 el procurador D. Gómez de Córdoba presentó una proposición pidiendo que, para atajar los males que sobrevenían de la abundancia en la Corte de gentes de mal vivir que cometían de ordinario grandes delitos, inficionando la república y estragando la salud, convendría suplicar a S. M. «que a las puertas de la Villa se pongan personas que tengan libro y razón en que escriban las personas que entran y de dónde son naturales, y si son solteros o casados y a qué vienen a la Corte», acordando el Reino la conveniencia de poner remedio en limpiarla de gente baldía y de mal vivir y que no tuvieran oficio o negocio particular en ella (2), sin descender a las particularidades que, muy acertadamente, propugnaba D. Gómez de Córdoba y que dos años después se ponían en obra con motivo de la mudanza de la Corte a la ciudad de Valladolid.

Interminable haría este artículo si continuara extractando, para componer el fondo de tan auténtico cuadro, los abundantes testimonios que de aquel tiempo tengo acotados años ha y al alcance ahora de la pluma, contestes en idénticas protestas, pero reveladores a la vez del ensanche extraordinario que en cinco lustros escasos había logrado la villa humilde y olvidada pocos años antes. Pero con tal

---

(1) *Actas de las Cortes de Castilla*, t. XV, págs. 754-755

(2) *Ibidem*, t. XVIII, págs. 274-276.



acrecentamiento se habían incubado también los múltiples y arduos problemas que la acumulación de gentes en un mismo lugar engendra y plantea a seguida a quienes han de regirle y gobernarle. Los de aquellos tiempos reducíanse principalmente a dos: uno de orden material y práctico, cual era el asegurar el diario mantenimiento a población tan populosa, labor harto más difícil cuanto que la escasez y lentitud de los medios de comunicación y transportes, a la sazón, ponían mayores dificultades en abastecer de pan, carne, verduras y vino, base de la alimentación en aquellas centurias, los mercados y plazas de la Villa, cuidando de que no se adulterasen o encareciesen, y enfrenando la codicia de regatones y *obligados*, que ayer como hoy, hoy como siempre parece que no han tenido otra misión que la de su granjería y enriquecimiento torticero, para cuyo logro contaban de antemano con la maliciosa y solapada complicidad de los ministros subalternos (alguaciles, escribanos, veedores, y porteros) de las justicias principales.

A más de este intrincado empeño, los gobernantes de antaño, constituídos en curadores religiosos de sus administrados, juzgábanse con títulos y autoridad para velar por la pureza de las costumbres y la salud espiritual de la Corte, y mirando a ello, junto a prosaicas medidas sobre las posturas del pan, la provisión de leña y demás elementos necesarios al humano vivir, inspiraban frecuentemente pragmáticas, bandos y pregones encaminados a celar hasta donde buenamente podían la moral y honestidad de aquellas generaciones, empeño quimérico y labor estéril, pese al laudable impulso y tenaz propósito de los encargados de practicarla, quienes se estrellaban ante el relajamiento de las costumbres que toda riqueza y bienestar indefectiblemente traen consigo. Así lo entendía también tan agudo observador de su tiempo, como Eugenio de Salazar, cuando concluyendo su ya alegada semblanza de la Corte decía «que era una universidad grave, autorizada, lustrosa, llena y muy varia, donde tienen votos así los malos como los buenos, así los simples como los prudentes: donde Dios es muy temido y acatado y el demonio agrado y seguido, y donde los altares del templo de Venus y de Cupido están humeando con sacrificios de necios y tontos; donde el dios de los epicúreos tiene la mesa más llena y Baco tiene la mejor y más combatida bodega, y donde la Justicia es más poderosa y rigurosa y los bellacos más y más principales» (1).

---

(1) *Cartas de Eugenio de Salazar*: obra cit., págs. 11-12.



### III

Para concertar, pues, república tan enmarañada y confusa y poner coto a tanta viciosa licencia, había diputada de bastantes años atrás, una curiosísima y benemérita institución jurídica, no bastantemente conocida, con profundo arraigo en nuestras leyes, regidora de nuestras costumbres, evocada muchas veces en nuestro teatro y novela clásicos y que como tantas otras tradicionales y castizas, barrieron los vientos revolucionarios del siglo xix, demoledor implacable de la España vieja. Era esta institución la llamada Sala de Alcaldes de Casa y Corte, cuyo origen, arábigo acaso, se pierde en los albores de la Edad Media, conocida entonces con el nombre de Alcaldes del Rey y organizada ya en forma de Sala por los Reyes Católicos. Su jurisdicción, por los años de Felipe II que ahora nos ocupan, aparecía partida en dos ramas o brazos: uno a modo de Consejo y nombre de Sala para lo criminal con el gobierno del lugar; y otro como jueces ordinarios civiles para conocer en primera instancia de los pleitos que se causaban entre partes. Como tal Sala tenían el gobierno de la Corte y hacían en ella oficio de corregidores, juntándose cada mañana en una pieza grande de la cárcel de Corte, asistidos de sus escribanos, oficiales y pregoneros. Para ello se había dividido Madrid en seis cuarteles o distritos, que años después se ampliaron a ocho, estando adscrito al frente de cada uno—al modo de nuestros tenientes de alcalde—un alcalde de Corte, siendo sus funciones principales el registro de las personas que se avecindaban en el cuartel respectivo, la visita de las casas de posadas, tablajes, tiendas y *obligados*, la inspección de los mantenimientos que se traían para el abasto de la Villa, sus tasas y posturas, la vigilancia de las mancebías y casas de mal vivir; y como sino fueran sobrados estos trabajos, todavía les tocaba por las noches el de las rondas, acompañados de sus alguaciles y escribanos, perros de ayuda y de la runfla de sus pregoneros y corchetes. Todo ello estaba entonces muy minuciosa y puntualmente reglamentado, bien en las pragmáticas reales, bien en los numerosos autos que frecuentemente dictaba la Sala para el caso (1).

---

(1) Puede verse toda esta materia procesal en el título VI del libro II de la Nueva Recopilación, desarrollada en XX leyes que pasaron en su mayoría a la Novísima. Vid. *Los Códigos Españoles*. Madrid, 1830, t. XI, pág. 19 y el artículo de E. Varon: «Rondas de los Alcaldes de Casa y Corte» en la *Revista de Archivos*, año XXVIII, págs. 148 a 155.

Con el transcurso de los años estos oficios fuéronse ampliando y ensanchándose el campo de la jurisdicción propia de la Sala de Alcaldes, y apenas quedó, en efecto, manifestación social o práctica de la vida pública que no cayera a la postre bajo su rígida mano, y al alcance de la vara alta de justicia que en el desempeño de su cargo oficialmente empuñaban (1). Tiendas y posadas, vagabundos y picaros, mujeres tapadas y damas cortesanas, libreros e impresores, hospitales y cárceles, gremios y oficios, escribanos y alguaciles, coches y carrozas, armas y rondas, cómicos y teatros, nada, en fin, tocante y atañero a la vida de la Corte y de los cortesanos, salvóse de la celosa inspección y prudente arbitrio de la Sala de Alcaldes. Y a creer los testimonios de sus contemporáneos, raras veces abusaron de tan amplios poderes, y ora porque los reyes, singularmente Felipe II, cuidaran de proveer estos cargos en letrados de probada fama, sesuda experiencia y férreo carácter, ora por la misma autoridad y peso que en sí mismo llevaba, pudo esta clásica institución resistir la acción corruptora de las privanzas regias y la lima de los siglos, habiendo llegado casi hasta nuestros días, envuelta en un ambiente de austeridad, crédito y prestigio, no contradichos ni amenguados por ninguno de sus contemporáneos. Lejos de eso, no faltan testimonios verídicos y ejemplares de que pasaban su vida con mucha estrechez y necesidad y que a la postre morían muy pobres, dejando a sus mujeres e hijos sin ningún remedio (2).

Por los años que venimos historiando (último tercio del siglo xvi) y por obra del descrito acrecentamiento de Madrid, el espíritu reglamentista y previsor de Felipe II estimó oportuna la creación de un organismo más, a quien de un modo singular se encomendara el gobierno, que hoy llamaríamos «urbano», de la Villa. Para ello, por Real cédula fecha 4 de mayo de 1590, fué instituída la Junta de Policía, siendo miembros natos de ella el presidente del Consejo de Castilla, dos consejeros del mismo, un alcalde de Corte, el fiscal, el corregidor con un regidor de la Villa, actuando como secretario o escribano el mismo del Ayuntamiento. Era su objeto tratar «del ornato, edificios, policía y probeymientos de mantenimientos de la Corte y Villa», para lo cual se restaron facultades al Ayuntamiento, no sin

---

(1) Gil González Dávila. - *Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid*. Madrid, 1623 páginas 403 a 405.

(2) Copio en el texto las mismas palabras que aducían los procuradores del Reino en las Cortes de Castilla de 1583 a 1585 al elevar al rey un memorial «suplicándole por el crecimiento de los salarios de los señores del Consejo y Alcaldes de Corte y Chancillerías y Audiencias». (*Actas*, t. VII, págs. 327-28 y 669 a 671).

vivas protestas de éste, que muchas veces y en vano recurrió ante el rey y su Consejo de Castilla pidiendo que volvieran las cosas «al uso antiguo» (1).

Tres eran, por tanto, los organismos o centros oficiales que en el último tercio del siglo xvi intervenían la administración y gobierno de Madrid en el orden que hoy calificamos de municipal: la Sala de Alcaldes, la Junta de Policía y el Ayuntamiento de la Villa presidido por su corregidor. De los tres, el más activo, autorizado y poderoso era la Sala de Alcaldes de Casa y Corte de S. M., con tratamiento de alteza y actuación permanente y diaria, reflejada en los numerosísimos autos que, emanados de ella, conserva afortunadamente en su mayoría nuestro Archivo Histórico Nacional, y que en otro trabajo mío hace algunos años utilicé con gran novedad y fruto (2), cabiéndome la honra de haber sido uno de los primeros investigadores que advirtió la gran riqueza documental que contenían y la extraordinaria importancia que para la historia municipal de Madrid y la social de entonces atesora esta riquísima cantera, apenas beneficiada, singularmente desde los libros de 1626 (punto final de mi investigación) hasta los de 1834, año en que fué suprimida la Sala, y acabó su intervención en el régimen urbano de la Villa.

#### IV

Encomendada, pues, la parte más delicada y principal de la gobernación y policía de Madrid a la Sala de Alcaldes, veinte años después de trasladada la Corte a ella, en 1583, publicóse una pragmática real ordenando: «que de aquí adelante hubiera en la Casa y Corte de su Magestad seis alcaldes, cuatro para conocer en las causas y negocios criminales y los otros dos para los asuntos civiles». «Y porque el tiempo y horas más aparejadas para los delitos son las noches por andar menos gente por la calles», establecíanse en la misma pragmática las reglas oportunas para practicar las rondas, cometiéndolas

---

(1) *Libros de acuerdos del Ayuntamiento de Madrid*. Año de 1600, fol. 214 v. y 215 a 226

(2) En mi edición crítica de *El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros*, de Miguel de Cervantes. Obra premiada con medalla de oro por voto unánime de la Real Academia Española e impresa a sus expensas. Madrid, 1912. — Vid. el Apéndice I (págs. 707 a 709), donde traté del valor extraordinario de estos libros y del mejor modo de manejarlos. Recientemente, los muy cultos investigadores Sres. González Simancas y Varón, han prestado un gran servicio a los eruditos publicando el *Catálogo por Materias*. Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Madrid, 1925, 4.º.



en cada noche a un alcalde de Corte, comenzando el turno por el más antiguo, sin perjuicio de que rondasen los cuatro si había ocasión para ello, ordenándoles a la vez que durante el día continuasen las acostumbradas visitas a los bodegones, plazas, posadas y mesones, en suma, a todos los lugares «donde se acoge gente forastera y algunas otras casas particulares y todas las demás donde pareciere que conviene y donde entendieren que hay tablas de juego» (1). La misión era, pues, ardua y compleja, y a la cuenta mucho nada bueno verían los alcaldes y grandes y copiosas debieron de ser las enseñanzas recogidas en sus visitas sobre el desorden y licencia de la Villa, cuando, pareciéndoles ineficaz y pobre el régimen de bandos y autos sueltos y pragmáticas aisladas con que hasta entonces habían sustentado el peso de aquella creciente máquina, hubieron de pensar en la conveniencia de ordenar un bando o pregón general que compilase los parciales hasta entonces promulgados (2), ampliándolos con otras medidas y provisiones que pusieran el buen orden y concierto que población tan numerosa y varia venía pidiendo. Colígesse, en efecto, de los libros de la Sala, que hacia 1579 publicaron los alcaldes un bando general, al cual alude especialmente un «Joan Rodríguez de Babia, platero», en un su escrito a la Sala sobre el mes de julio de 1579, diciendo que «habra ocho días que los alcaldes de V. M. mandaron dar e se dio un pregon para la gobernacion desta corte con muchos capítulos e provisiones» (3). Pero desaparecidos desgraciadamente, como en otro lugar expliqué (4), los libros de la Sala anteriores a dicho año, tales provisiones, que realmente serían las primeras Ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid, hay que considerarlas como perdidas (5). Pero bien porque se repro-

---

(1) *Pragmatica en que so Magestad manda que de aqui adelante aya en su Casa y Corte seis Alcaldes. Y de la orden que han de tener en conocer de los negocios y causas ciuiles y criminales*. Madrid. Francisco Sánchez, 1583. (R. Academia de la Historia; Colección de Jesuitas).

(2) Son muy numerosas y del mayor interés para la historia de las costumbres de entonces. Merecían también reunirse, pues no todas pasaron a la Nueva Recopilación, y las que se incluyeron lo fueron mutiladas de proemios y exposiciones de motivos, donde cabalmente se encuentran los pormenores y particularidades más curiosos. Pueden, cuando menos, verse sus títulos en la valiosa *Bibliografía Madrileña*, de Pérez Pastor (tomo I).

(3) Es el primer auto que se conserva de la Sala de Alcaldes y con que se encabeza, por cierto con magnífica letra, el libro I. No tiene fecha el escrito de Rodríguez de Babia, pero el acuerdo o auto de los alcaldes lleva la de 18 de julio de 1579 y de su lectura se desprende que, en efecto, hubo un pregón general anterior. (Archivo Histórico Nacional. Libros de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, lib. I, sign. 1197 e., fol 9).

(4) En mi edición de *El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros*. Op. y loc. cit.

(5) Claro está que al hablar de las primeras ordenanzas me refiero exclusivamente a las promulgadas desde el establecimiento de la Corte en Madrid y de índole singularmente municipal y urbana, dejando a un lado la *Recopilación de las Ordenanzas de la Villa de Madrid y su término en 1500* que reprodujo el archivero del Ayuntamiento D. Timoteo Domingo Palacio en

dujeran posteriormente, como era práctica de la Sala entonces, según luego veremos, ora porque de nuevo se ampliaran y reforzaran con otras más, el caso fué que seis años después, en 1585, salían de las prensas de la viuda de Alonso Gómez, decano y fundador de la imprenta madrileña, las primeras conocidas Ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid que verdaderamente merecen este nombre, impresas en un cuaderno de ocho hojas en folio, y cuya portada, ocupando por entero la plana primera, en grandes titulares y adornada con las armas reales, rezaba así:

PREGN (*sic*)  
GENERAL PARA LA  
BUENA GOVERNACION DESTA  
CORTE  
(*Escudo de Armas Reales*)  
EN MADRID  
POR LA VIUDA DE ALONSO GOMEZ. AÑO DE 1585

El benemérito erudito Pérez Pastor, que no hace muchos años extrató este pregón, enriqueciendo con él su copiosa *Bibliografía Madrileña* (1), hubo de manejarlo, y explícitamente lo declara, en la Biblioteca de San Isidro, de esta Corte. A ella me dirigí yo para copiarlo; pero por desgracia y a pesar de mis ahincadas pesquisas, en las que amablemente me ayudaron los celosos archiveros de aquel Centro, no ha habido modo de encontrarlo. Acudí entonces a nuestra Biblioteca Nacional, tan rica en papeles varios, con el mismo resultado negativo. Infructuosas fueron también mis diligencias en la Real Academia de la Historia, cuyas colecciones de Salazar y Jesuitas tantas y tan peregrinas relaciones, pragmáticas y bandos sueltos atesoran, como tampoco logré mejor fortuna en nuestra Biblioteca y Archivos municipales, donde hubiera sido verosímil su guarda. En suma, que casi hube de resignarme a dar por enteramente perdido tan interesante papel, malogrando mi intento. La cosa no era para sorprenderme. Nada hay más raro en bibliografía que estos papeles volantes, a los que su reducidísimo volumen, escasa tirada y limitado interés local aseguran muy corta vida, y que a menos de refugiarse

---

sus *Documentos del Archivo general de la Villa de Madrid*. Madrid, 1907 (t. III, págs. 515 a 521). La mayoría de sus preceptos son de policía rural o reglamentando los gremios existentes a la sazón en nuestra Villa, sin que apenas toquen a policía urbana ni a los demás puntos que las de 1585 desarrollan.

(1) Pérez Pastor —*Bibliografía Madrileña*, t. 1, número 230.

en algún tomo coleccionado por cualquier curioso, una comunidad o corporación pública, estaban condenados a perecer, bien por la injuria del tiempo, bien en las manos impías de un especiero de antaño. ¡Cuántos y cuántos pliegos sueltos, relaciones, avisos, villancicos, poesías burlescas, cartas impresas y papeles de esta laya, que hoy constituirían estupendas rarezas bibliográficas no desaparecieron y acabaron como flor de un día, dejándonos tan sólo una liviana huella, una fugaz cita perdida en el farrago de una historia o de un polvoriento manuscrito! ¡Cuántos y cuántos rastros de este linaje, que avivan el apetito del investigador, no descubrimos a menudo los lectores y curiosos de los libros viejos! (1).

Por perdido, asimismo, daba yo también, con gran contrariedad mía, a este documento, que tan valioso creía para la historia municipal de Madrid y para la general de las costumbres de entonces, cuando recordando que tales pregones se ordenaban principalmente por la Sala de Alcaldes en uso de sus facultades regladas, como queda dicho, sentí la curiosidad de repasar los extensos extractos y apuntamientos que de los libros de la Sala había sacado yo hace unos veinte años para la composición de mi aludido libro. No me salió vana la conjetura. En efecto, entre mis olvidadas cuartillas de entonces, encontré la copia parcial de un Auto de la Sala sobre gobierno de la Corte, pregonado en la plaza de Guadalajara, lugar acostumbrado para estas ceremonias, en 5 de diciembre de 1585, o sea en fecha coincidente con la que Pérez Pastor asignaba al pregón en la papeleta bibliográfica correspondiente al citado impreso. Cotejé los textos de uno y otro y la coincidencia convirtiéndose en identidad. Al pie de mi cuartilla había escrito yo entonces, con ese personal comentario con que los investigadores de papeles viejos reflejamos nuestro inocente gozo ante el inesperado hallazgo y dejamos clavado un hito o señal, por si la vida nos da vagar, tiempo adelante, para volver por aquel paraje y retirar el tesorillo que, no pudiendo llevar con nosotros, tapamos de nuevo en espera de más propicia sazón: «Son unas verdaderas ordenanzas municipales de Madrid; muy curiosas y dignas de publicarse».

---

(1) Sirvan de ejemplo los villancicos que anualmente estampaba la hermandad de impresores de Madrid en honor de su patrón San Juan Bautista, en primorosas condiciones tipográficas, y de los cuales no pudo alcanzar un sólo ejemplar el mismo Pérez Pastor al referir esta curiosa costumbre en su *Bibliografía Madrileña*, (t. II, número 980). En los *Avisos* de Pellicer, en las *Cartas* de Andrés de Mendoza y en las *Cartas de Jesuitas* se alude continuamente a relaciones y papeles sueltos que tampoco han llegado a nosotros. Elementos preciosos que nos faltan para poder conocer y juzgar mejor a aquellos siglos.



La desgracia las perseguía, con todo eso, para acabarlo. También estaban incompletas en su original manuscrito, porque en el libro I de la Sala de Alcaldes donde originariamente se escribieron, llevando al pie las firmas mismas de los Alcaldes que las autorizaron, y de donde las copiaría el pendolista de la oficina de Alonso Gómez, faltaba el folio primero con el encabezamiento del auto y las primeras 16 cláusulas o reglas. Por fortuna, era costumbre entonces, guardada puntualmente por la Sala, que de tiempo en tiempo se repitiesen o reprodujeran aquellos autos de carácter general y práctica constante, como recordando con ello su necesario cumplimiento, y gracias a esta saludable previsión pude encontrar reproducido en los libros de la Sala correspondientes a 1601 el famoso bando (1).

Transcribo, pues, a continuación íntegramente, conservando su ortografía original, las 78 cláusulas de que se compone este curiosísimo documento, con su encabezamiento formulario, mecánicamente repetido por el escribano de la Sala en todos los numerosísimos autos conservados en estos libros, y que, tomado para el caso de otros coetáneos, decía así:

#### PREGON GENERAL PARA LA BUENA GOVERNACION DESTA CORTE

*En Madrid a quatro dias del mes de Diziembre de mill y quinientos y ochenta y cinco años estando los Señores Alcaldes de la Casa y*

---

(1) Mudada la Corte desde Madrid a Valladolid en 1601 y con ella la Sala de Alcaldes, apenas puso pie en sus nuevos dominios dictaron el auto siguiente: «En la ciudad de Valladolid a dos dias del mes de Abril de mill y seiscientos y un años los señores Alcaldes de la Casa y Corte de su Majestad Ayala Don Francisco Mena de Barnuevo y Bernardo de Olmedilla estando en el audiència de la carzel real desta corte dijeron que a causa de auer mudado su magestad su corte de la villa de Madrid a esta dha ziudad de Valladolid y no sauerse en ella lo que contiene el Pregon de buen gobierno que deuen guardar y lo que conforme a el se a de hazer en esta corte. Mandaron que el dicho pregon se pregone publicamente en ella para que se guarde y cumpla haziendole pregonar en las partes y por la horden que se acostumbra y asi lo mandaron y señalaron». (Libros de la Sala de Alcaldes, lib. III, sign. 1.199 e. fol. 7). Gracias a esta celosa previsión de los alcaldes pude completar las mencionadas ordenanzas que como cabecera de este auto se reproducen en los folios 1 a 7 del libro III referido.

Escrito ya este artículo y a punto de enviarle a la imprenta he tenido la fortuna de encontrar en nuestra Biblioteca Nacional un ejemplar desconocido de nuestros bibliógrafos y que perteneció a Gayangos de la reimpresión que mandaron hacer los señores alcales en Valladolid en 1601 al tiempo de reproducir el pregon primitivo de 1585. Por su extremada rareza y por ser documento interesante por extremo para la historia de Madrid, lo describo a continuación:

*Pregon general, para la gobernaçion desta Corte.* (Soberbio escudo grabado con las armas imperiales de Carlos V). *En la Ciudad de Valladolid, por Francisco Fernández de Cordova y Obiedo. Impressor del Rey nuestro Señor. Año de 1601.* (12 hojas numeradas en folio menor). El texto de este pregon contiene variantes y supresiones con relación al primitivo de 1585 que, por no alargarme más, omito ahora.

*Corte ae su Magestad el licenciado Alvar Garcia de Toledo, el doctor don Alonso Agreda y el Licenciado Espinosa y Tudanca en el audiencia de la carzel real desta corte mandaron dar el pregon siguiente para el buen gouierno desta corte.*

- Blasfemar. 1. «Manda su Magestad que ninguna ni algunas personas sean osados de blasfemar, ni jurar, ni renegar de Dios nuestro Señor, ni de su bendita Madre, ni de sus santos, so pena que le corten la lengua y le den cien açotes.»
- Armas. 2. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osado de echar mano a las armas en esta Corte, so pena que le corten la mano, y si hiriere con las dichas armas, muera por ello.»
- Ruydos. 3. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osado de reboluer ruydos ni quistiones en esta Corte, ni sacar a los tales ruydos armas, ni tiros de poluora, ni llamar apellido de Grande ni cauallero, so pena de muerte.»
- Armas do-  
bladas. 4. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osado de traer en esta Corte armas dobladas, so pena que las aya perdido, y le enclauen la mano por ello; pero que puedan traer una espada y un puñal, con tanto que no lo traygan en la mancebia, ni en otros lugares prohibidos, y no puedan traer daga sin espada, so la pena de la ley.»
- Juegos. 5. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osado de jugar en esta Corte juegos vedados, de naypes y dados, ni carteta, ni tener en su casa tablajes publicos, so las penas contenidas en las leyes y pragmaticas de su Magestad.»
- Juego en Pa-  
lacio. 6. «Otrosí mandan que ningunas personas se junten a jugar en Palacio ni al derredor del, so pena de cien açotes y dos años de destierro.»
- Armas en los  
ríos y fuentes. 7. «Otrosí mandan que ninguna persona vaya, ni este con armas en los ríos ni lauaderos con las mozas, so pena de diez días de carcel y de perder las armas que les quiten.»
- Mujeres ena-  
moradas. 8. «Otrosí mandan que ninguna muger enamorada, ramera ni cantonera, sea osada de tener, ni tenga rufianes, so pena de cien açotes y de hauer perdido los vestidos que tuieren, y que no tengan moças sospechosas menores de quarenta años, so las penas contenidas en las leyes.»
- Mujeres ena-  
moradas. 9. «Otrosí mandan que ninguna muger enamorada lleue ni haga lleuar almohadas a la Iglesia, ni le lleuen la falda, ni traygan escuderos que las acompañen, ni mas de una muger, con tanto que no sean de las prohibidas, ni traygan sombreros de seda, ni tafetan, ni guarnecidos de oro ni de seda ni de plata por las calles ni Iglesias, ni se asienten en las Iglesias entre las mugeres principales ni delante de ellas. Y que con los dichos sombreros ni sin ellos no anden ni esten atapadas las caras en las Iglesias ni fuera dellas, so pena de dos mil maravedis por la primera vez, e de auer perdido las tales ropas y sombreros; y por la segunda vez sean desterradas desta Corte, y los hombres que las acompañaren esten cien días en la carcel.»

10. «Otrosí mandan que ninguna muger enamorada que aya estado o este enferma de las bubas, si fuese vezina desta villa, no gane en ella ni en la mancebia, so pena de cien açotes, y que la que no fuere vezina ni natural no gane y se vaya luego de la Corte, so pena de cien açotes.» Enamoradas.

11. «Otrosí mandan que ninguna persona ansi de las que andan y anduieren en esta Corte, o vezinos y estantes en ella, no esten amancebados, so las penas sobre ello establecidas por las leyes destos reynos.» Amancebados

12. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osada de entrar en casa de mugeres enamoradas de la rameria con ningunas armas, so pena de las auer perdido y destierro desta Corte.» Armas en la mancebia.

13. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas sean osados de tirar con arcabuzes ni escopetas, ni ballestas, ni arcos dentro de los muros desta villa ni en los arrabales de dia ni de noche, so pena de auer perdido el arcabuz y ballesta o escopeta con que tiraren y estar treynta dias en la carcel.» Que no tiren con arcabuz.

14. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas de las que truxeren a vender a esta Corte trigo o ceuada no sean osados de lo vender ni bendan mojado, buelto ni adobado, ni mezclado nueuo con añejo ni lo bacien en casas, sino que lo traigan dende los lugares donde lo compraren derecha-mente a esta corte, y lo vendan en la parte y lugar diputado para ello, so pena de çien açotes y de perder el trigo o ceuada que asi truxeren a vender o vendieren.» Trigo mezclado.

15. «Otrosí mandan que todo el pan cozido que se vendiere en esta Corte lo vendan de peso de dos libras y media, y de libra y quarteron cada pan, y no menos, y que sea bueno y bien cozido, so pena de perder el dicho pan y de diez dias de carzel al que lo contrario hiziere, excepto los panecillos de corte, que estos se han de vender por la orden que les sera dada y que sean muy buenos, so la dicha pena.» Pan de peso.

16. «Otrosí mandan que ni ningun regaton, ni mesonero, ni tauernero, ni persona alguna sean osados de comprar ni compren en esta corte ni dentro de las ocho leguas della, publica ni secretamente, ceuada, auena, paja, gallinas, pollos, ansarones, cabritos, perdizes, palomas, conejos, ni otra caça alguna, ni pescado fresco de mar ni de rio ni de otros bastimentos algunos de los prohibidos por las leyes y prematicas destos Reynos para los tornar a reuender ni puedan salir ni salgan a los comprar a los caminos aunque sea fuera de las ocho leguas, so pena de auer perdido lo que asi compraren, y de cien açotes y dos mil maravedis para la camara y fisco de su magestad.» Que los regatones, mesoneros y tauerneros no compren dentro de las ocho leguas ni en los caminos.

17. «Otrosí mandan que ningun bodegonero ni tabernero sean osados de tener ni tengan en sus casas ni tauernas caça ni bolateria alguna biba ni muerta ni pescados frescos de mar ni de rio ni lo compren para tornar a reuender ni lo tengan en sus casas ni en otras de su mano direte ni yndirete, so pena de cien açotes y de lo auer perdido.» Bodegoneros, mesoneros ni taberneros no tengan caça ni pescado ni pan cocido.



Bodegoneros y taberneros vendan el vino en sus posadas.

18. «Otrosí mandan que los bodegoneros y tauerneros que ayan tenido y tengan trato de vender y traer vino a esta corte lo vendan en sus posadas y tauernas pub.mente por menudo con posturas de los dhos señores Alcaldes o de cualquiera dellos a las personas que se lo fueren a comprar aunque no coman en sus casas, so pena de cient açotes y destierro desta corte y perdimiento del bino.»

Vino remostado.

19. «Otrosí mandan que ninguna persona desta villa ni de fuera parte sea osado de remostar ni mezclar vino alguno uno con otro ni añejo con nuevo ni lo vender remostado, por menudo ni por arrobas ni en otra manera, so pena de diez mill marauedis, la mitad para camara y fisco de su magestad y la otra mitad para el denunciador yperdimiento del vino que ansi remostare y mezclare demas de las penas establecidas por las leyes.»

Los taberneros y bodegoneros no consientan juegos en sus casas.

20. «Otrosí mandan que ninguno de los dchos. tauerneros ni bodegoneros sean osados de consentir ni dar lugar a las personas que vinieren a sus casas e tabernas que jueguen a ningunos juegos de los proybidos dinero seco ni vino ni fruta ni otra cosa alguna ni tengan en los dhos bodegones ni tauernas naypes ni dados ni acojan en ellos para dormir a persona alguna, so pena de dos mill marauedis, la mitad para la camara y la otra mitad para el denunciador y pobres de la carcel, por la primera vez, y por la segunda cien açotes.»

Bodegoneros y taberneros no vendan dos clases de vino.

21. «Otrosí mandan que ningun tabernero ni bodegonero sean osados de vender ni tener en sus casas ni fuera dellas de dos binos blancos ni tintos, aunque digan que lo dan lo uno arrobado y lo otro por menudo, y lo vendan arrobado a mas precio de como se les pusiere açumbrado ni lo aguen ni mezclen ni remosten ni lo nombren de un lugar siendo de otro, ni lo puedan uender a otras personas ni puedan tener ni tengan mas de un bodegon o tauerna, so pena de cada cien açotes y dos mill marauedis para la camara y perdido el vino y so la dicha pena los vinagreros no aguen ni mezclen el vinagre uno con otro.»

Vino no se venda sin posturas.

22. «Otrosí mandan que ningun recaton ni otra persona alguna sean osados de vender ni vendan bino en esta corte por açumbres ni por cantarás [sin] postura de los señores Alcaldes della o qualquier dellos, y el que truxere a bender vino de fuera parte para lo vender por menudo lo venda por si o criados suyos e no lo echen en cubas ni tinajas, so pena de lo auer perdido y de dos mill marauedis para la camara de su magestad y denunciador por mitad.»

Taberneros ni bodegoneros no den dineros sobre prendas.

23. «Otrosí mandan que ningun tauernero ni bodegonero ni otras personas que uenden cosas de comer no den en sus casas ni tauernas dineros prestados sobre prendas de oro ni de plata ni de seda ni pano ni cama ni otra cosa alguna a personas sospechosas ni los encuvran ni acojan en sus casas, so pena de cien açotes y destierro desta corte.»

Regatones y despenseros.

24. «Otrosí mandan que ningun recaton ni otra persona que truxere caça o cabrito o pescado fresco de mar o de rio a vender a esta corte no lo

vendan ni den en sus casas ni en otra parte, salbo en las plaças y tablas publicas donde se suelen vender, ni ningun despensero ni otra persona alguna lo tome comprado ni dado ni por fuerça en otra parte alguna, so pena que por la primera vez pierdan la mercaduria, y por la segunda les den cien açotes.»

25. «Otrosí mandan que qualesquier persona ansi vecinos desta villa como de fuera parte puedan traer y meter libremente en esta Corte para el probeymiento della pan, bino y carbon y lena y otros qualesquier mantenimientos que quisieren y por bien tubieren no embargante qualesquier bedamientos y prouision que aya y este puesta en esta villa y en otras cualesquier partes y comarcas fuera della, guardandose en lo del carbon la orden que agora de nuebo se a dado.»

Probeymiento de pan, vino, carbon y lena en la Corte.

26. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas sean osados de salir ni salgan desta villa a las puertas y caminos a tomar lena ni paja, fruta ni otros mantenimientos algunos de los que a esta corte se truxeren a vender, sino que los dexe benir y entrar en ella libremente a las personas que los truxeren, so pena de cien açotes y perdimento de los dineros que por ello dieren.»

Que no salgan a los caminos a comprar bastimentos.

27. «Otrosí mandan que las personas que truxeren bastimentos a esta Corte antes que los descarguen en ninguna parte despues de metidos en esta villa y sus arrabales los lleven a descargar en las plaças públicas y alli los vendan, y si los truxeren de noche otro día siguiente de mañana los lleben a vender y bendan en las dichas plaças publicamente y no de otra manera, so pena de lo auer perdido y de cien açotes.»

Que los mantenimientos se descarguen en la plaza.

28. «Otrosí mandan que ningun mesonero ni regaton ni tendero desta villa e Corte ni otra persona alguna sean osados de comprar paja, lena ni mañojos ni guebos dentro de las ocho leguas desta corte para los tornar a rebender, so pena de lo auer perdido e de seyscientos maravedis para la camara por la primera vez, y por la segunda la mesma pena y destierro desta corte.»

Que los mesoneros y regatones no compren para revender.

29. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas sean osados de comprar en esta villa y corte ni en los lugares y caminos ximios ni leña alguna de los acemileros que lo truxeren ni dalles cosa alguna en pago de la dicha leña ni los dichos acemyleros lo den ni vendan ni ellos sean osados de lo tomar y dar aunque digan ques de sus derechos e que se lo dan sus amos, so pena de cien açotes.»

Ximios ni leña.

30. «Otrosí mandan que ningun recaton ni otra persona alguna sean osados de comprar ni compren en esta corte ni una legua al deredor della ortaliça ninguna para la tornar a revender, so pena de lo auer perdido e de cien açotes.»

Que no se compre ortaliça para la revender dentro de una legua.

31. «Otrosí mandan que ningun frutero ni frutera ni recaton sean osados por si ni por otros de comprar ni compren en esta corte ni çinco leguas al deredor della la fruta que biniere de fuera para se uender ni salir a los caminos a la conprar ni tomar ni acer concierto alguno ni palabreallo hasta que

Regatones sobre la compra de la fruta.

sea pasada la ora y tienpo questa ordenado por esta villa y aya estado en el lugar para ello señalado, so pena de dos años de destierro por primera vez e por la segunda vez le den cien açotes y so las dichas penas no tengan moços grandes ni pequeños para que bayan a tomar la fruta a los caminos.»

Fruta da-  
nada.

32. «Otrosí mandan que ningun recaton ni frutera ni otra persona alguna vendan ni tengan en sus tiendas fruta dañada ni stadiça, so pena de cada doscientos mrs. por la primera vez y de lo auer perdido, y por la segunda de cien açotes.»

Que los fru-  
teros vendan la  
fruta como la  
compraren y la  
saquen a la  
plaça.

33. «Otrosí mandan que los dichos frutereros tengan en sus tablas que tienen para bender la dicha fruta de la fruta que tubieren en sus casas sin escoxer la mas rruyn para sacar a la plaça y vender la buena en sus casas scondidamente, sino que lo saquen todo junto a la plaça y alli lo bendan y no en las dichas sus casas, so pena de cada cien açotes.»

Que los fru-  
teros no com-  
pren fruta nin-  
guna para re-  
vender ni en la  
plaça hasta da-  
da la hora.

34. «Otrosí mandan que ningun frutero sea osado de comprar en esta corte naranjas ni limones ni melones para los revender ni lo palabreen sin que las personas que lo traen ayan estado vendiendolo en la plaça publica desta villa en berano hasta las onze y en ynbierno hasta mediodía para que los vecinos se puedan probeer dello y pasadas las oras sin que les ayan dado licencia los alguaciles fieles del mes conforme a la orden que les está dado, so pena de cien açotes.»

Roperos no  
den a corrodo-  
res que vender.

35. «Otrosí mandan que ningun ropero que tubiere tienda de por si ni en compania de otro no trayga a uender por las calles ni den a vender a corredores ni a pregoneros ni a otros para que vendan mercadurias suyas ni de la compania, so pena de dos años de destierro e de veynte mili marauedis para la camara de su magestad.»

No tomen ro-  
pa empeñada de  
personas no co-  
nocidas sin  
fianças.

36. «Otrosí mandan que ningun ropero sea osado de comprar en esta corte ropa alguna ni la tomar en enpeño de personas no conocidas sin fianzas, so pena de que si parecieren ser hurtadas las paguen con las setenas y si no tobieren con que las pagar les den cien açotes.»

Roperos so-  
bre el hacer y  
recavar ropas.

37. «Otrosí mandan que ningun ropero sea osado de deshacer ni des- haga ropa alguna que comprare o baratare ni la de a vender ni a cardar ni a refrisar ni rrebolver ni retenir por manera que no sea conocida dentro de diez dias despues que la comprare o baratare y durante los dichos diez dias la tenga colgada publicamente por manera que pueda ser vista de todos, so pena que si pareciere ser hurtada la pague con las setenas y no teniendo con que las pagar le den cien açotes.»

Sastres, cor-  
doneros, borda-  
dores y jubete-  
ros sobre los  
retales.

38. «Otrosí mandan que ningun obrero ni criado de sastre ni ropero ni jubetero ni cordonero ni bordadores sean osados de receuir en si, por si, ni para si pedaços ni rretales de paño ni seda ni passamanos ni trenças de seda ni de plata ni oro ni otra obra alguna que ficiere ellos o sus amos, aunque sus amos se lo consientan tomar, ni de lo tener ni dar a otra persona alguna ni enpenarlo ni darlo en pago direte ni yndirete ni ninguna persona sea osada



de lo comprar dellos ni a corredores ni a otra persona por ellos, so pena que por la primera vez así el que lo vendiere o diere a vender o lo tomare para sí o el que lo tomare y comprare y el corredor que lo tomare a vender y vendiere lo pague con las setenas y por la segunda vez le den cien açotes.»

39. «Otrosí mandan que ningún platero ni cambiador sea osado de comprar ni comprar ni recibir en enpeño en esta corte oro ni plata labrado ni quebrado de personas no conocidas sin fianzas, so pena de dos años de destierro y veynete mili maravedis para la camara.»

Plateros ni  
cambiadores  
no reciben en  
enpeño.

40. «Otrosí mandan que todos los plateros y mercaderes tratantes que tuvieren por trato de comprar y vender mercaderías por peso que dentro de seis días primeros siguientes marquen y ajusten e concierten los dichos pesos e medidas mayores e menores e no pesen con pesos de cobdillos, so las penas contenidas en las leyes e prematicas destos reynos.»

Que ajusten  
los pesos y me-  
didas.

41. «Otrosí mandan que los mesoneros y otras personas que acoxieren en sus casas guespedes por dineros, los aposentos que dieren a los dhos. guespedes se los den con zerradura y llave por defuera y zerradura por de dentro por manera que lo que tubieren y metieren en los dhos. aposentos estén bien guardados, lo qual se les manda así lo hagan y cumplan, so pena de cada dos mill maravedis para la camara y mas de pagar a los tales guespedes lo que les faltare de los tales aposentos por no les dar zerraduras en ellos.»

Mesoneros  
den los aposen-  
tos con cerra-  
dura y llave

42. «Otrosí mandan que ningún despensero ni comprador sea osado de reuender ni reuendan cosa alguna de mantenimientos que ayan comprado en esta corte o dentro de las cinco leguas ni lo dar ni repartir a otros despenseros ni a otra persona alguna por el tanto ni por mas de lo que obiere costado salbo que compren solamente lo que obieren menester para la despensa de sus amos, so pena de cada cien açotes y perdimento del dinero que obieren receuido.»

Los despen-  
seros no reven-  
dan.

43. «Otrosí mandan que ninguna ni alguna persona sean osados de se nonbrar despenseros ni compradores de su magd. ni del principe nuestro señor ni pedir mantenimientos en su nombre, salbo los que para ello mostraren poder y facultad, so pena de cien açotes.»

Que ningi-  
no se nombre  
comprador de  
sus magdes aq-  
ui lo siendo.

44. «Otrosí mandan que ningunos ni algun panadero ni panaderas desta corte ni otros por ellos sean osados de vender y vendan pan alguno cocido sino al precio que está puesto en esta uilla y se pusiere, so pena de dos mill maravedis y perdimiento del pan por la primera vez, y por la segunda cien açotes e destierro de esta corte, y quel pan cocido que de fuera desta villa viniere se venda al precio que les está puesto e pusiere.»

Por cocido y  
sus posturas.

45. «Otrosí mandan que ningún cabritero ni otra persona alguna sean osados de vender cabritos hinchados con cañon ni con caña ni con otra cosa alguna, so pena de auer perdido los dichos cabritos y de dos mill maravedis para la camara por la primera vez y por la segunda le den cien açotes.»

Cabritos  
hinchados.

Venta de ca-  
za y pescado  
fresco.

46. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas de las que truxeren a esta corte a uender caça o pescado fresco de mar o de rrio no lo puedan vender ni vendan sin postura de los dhos. señores alcaldes o de qualquiera dellos y los que truxeren a uender el dicho pescado fresco lo lleben a descargar e descarguen en la rred y lugar publico donde se suele vender sin lo llevar a otra parte alguna, so pena de cada dos mill maravedis para la camara e de lo auer perdido.»

Suplicacio-  
neros y otros  
oficios aqui  
contendos no  
vendan por las  
calles.

47. «Otrosí mandan que ninguna persona por si ni por otras personas ni criados sean osados de vender por las calles publicamente suplicaciones ni bunuelos ni melcochas, ni artalejos ni tostones ni lo pregonen ni jueguen a la buena barua ni a la guindaleta, so pena de lo auer perdido e de estar diez días en la carcel sino que lo vendan si quisieren en sus casas y posadas y tiendas públicas.»

Mozos de es-  
puelas ni ace-  
mileros no hur-  
ten cebada.

48. «Otrosí mandan que ningun mozo de espuelas ni acemilero no sean osados de hurtar ni hurten la cebada que les dieren para los caballos y mulas y otras uestias, so pena de perder y que pierdan la soldada de un año e de cien açotes, e que ningun recaton ni otra persona alguna sea osada de les comprar ni conpren la dha. cebada, so pena de perder lo que ansi conprare e de cien açotes.»

Bagamun-  
dos

49. «Otrosí mandan que todas las personas, honbres y mugeres, questan y viuen en esta Corte que no fueren vecinos desta villa e tuvieren oficios y [no] los usaren o vibieren con señores los tomen y asienten a oficios dentro de tercero día o se bayan desta corte, so pena que por vagamundos les sean dados cada cien açotes y echados a galeras.»

Ganapanes  
no vayan al car-  
bon y traigan  
caperucas azu-  
les, ni salgan  
al carbon.

50. «Otrosí mandan que los ganapanes que son del número traigan las cédulas y licencias que tienen para serlo y caperuças azules para que sean conocidos e otros no puedan usar el dho. oficio ni ellos anden sin las dhas. caperucas e cédulas e no traigan espadas ni cuchillos con punta, so pena de cada cien açotes y destierro de la corte, e que los dichos ganapanes no salgan a las puertas desta villa a tomar el carbon ni llegar donde se suele uender con diez pasos alderredor si no fuere con los dueños que lo compraren para que se lo lleben a sus casas, so la dha. pena.»

Cereros.

51. «Otrosí mandan que ningún cerero sea osado de comprar ni tomar en pago cabos de hachas ni otra cera de pajes e mozos de espuelas ni de otras personas algunas que no sean conocidos e tales que lo puedan seguramente vender ni que se presuma que lo traen hurtado, so pena que lo paguen con las setenas.»

Pobres.

52. «Otrosí mandan que todos los pobres mendigantes que andan o andubieren por esta corte que no son naturales desta villa e su tierra se bayan luego a sus naturales, so pena de ser auidos por bagamundos e que sean por tales pugnidos e castigados e los que fueren naturales e ympedidos para no poder ganarlo que se bayan al ospital general como les esta mandado y ordenado, so las penas que les estan impuestas.»

53. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas ni pregoneros sean osados despues de anochecido de juntarse ni hacer corrillo de gente en la plaça ni fuera della ni en otra parte para comprar ni vender, so pena de diez dias de carcel e de auer perdido lo que conpraren o vendieren.»

No se hagan  
corrillos de  
gente en la  
plaça.

54. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas desta corte ni fuera della que vendan aues muertas no las tengan ni uendan en sus casas ni fuera dellas con papos, so pena de las auer perdido y de cada ducientos maravedis, si no que las tengan y vendan sin papos y con sus ygadillos e mollejas e no sin ellos, so la dha. pena.»

Gallineros  
no vendan ga-  
llinas con pa-  
pos.

55. «Otrosí mandan que ningún pastelero desta corte y villa sea osado de conprar ni recibir lanpreas ni otro pescado fresco de mar ni de rio para lo vender ni uendan en pan ni en otra manera, so pena de verguença publica e dos años de destierro de la corte e cinco leguas e de auer perdido el pescado que ansi conpraren e rescibieren.»

Que los pas-  
teleros no com-  
pren pescado  
fresco.

56. «Otrosí mandan que ninguna persona tratante ni mercader ni arrendador de los que tienen sotos y rrios arrendados de los que estan dentro de las çinco leguas desta corte no vendan ni puedan vender el pescado y conejos e otra caça de los tales rrios y sotos en poca ni en mucha cantidad en ellos ni dentro de las dhas. cinco leguas della, sino que lo traygan a esta corte para que los dichos señores alcaldes les pongan precios a que lo ouvieren de vender, so pena de cien açotes e cinco años de destierro.»

Que los  
arrendadores  
de rrios y sotos  
no vendan pes-  
cado ni caça  
dentro de las  
cinco leguas.

57. «Otrosí mandan que todos los obreros oficiales sastres, calçeteros, cordoneros, plateros, carpinteros, asienten a trabajar y trabajen en casa de sus maestros en los dhos. sus oficios a justos y moderados precios y no esten ni anden baldios sin trabajar ni asentar a los dhos. oficios o salgan de la corte dentro de segundo día e no esten ni entren en ella con cinco leguas por tiempo de dos años, so pena de ser auidos por bagamundos e de ser echados a galeras como tales.»

Que los ofi-  
ciales no anden  
baldios.

58. «Otrosí mandan que ningunas personas que truxeren paja y lena a uender a esta Corte sean osados de deshacer ni componer las carretadas ni cargas que truxeren ni quitar cosa dellas de como las cargaren e sacaren de las partes que las sacaren, so pena de cada cien açotes e de auer perdido la dha. lena e paja e so la dha. pena de cien açotes ninguna persona se las dexe deshacer en sus casas.»

Que no des-  
hagan las car-  
gas de lena.

59. «Otrosí mandan que ningunas personas sean osadas de salir a los caminos desta villa a tomar ni tomen ningun carbon de lo que biniere a esta corte para la probision della, sino que les dexen venir con toda libertad y asta los pesos quëstan diputados para pesar el dho. carbon y alli lo dexen pesar a los dueños cuyo fuere e no se lo tomen ni lleben de alli sin que primero lo paguen, so pena de cada cien açotes a cada uno que lo contrario hiciere e destierro desta corte por un año.»

Que no sal-  
gan a tomar  
carbón a los ca-  
minos.



Que no vendan el carbón si no fuera por arte lo de encina y roble.

60. «Otrosí mandan que ninguna persona de las que venden carbon en esta corte sean osados de tener, vender ni vendan ni tengan en sus casas ni fuera dellas carbon de encina y roble todo junto, sino que tan solamente cada uno de los dhos. carboneros pueda tener y vender carbon de encina por si y el de roble por si, so pena de verguença publica e dos años de destierro desta corte e cinco leguas e so la dha. pena no compren el dicho carbon para reuender en esta corte con diez leguas alderredor della.»

No compren alcaçer para reuender

61. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas sean osadas de comprar en esta corte ni dentro de las cinco leguas della alcaçer para lo tornar a reuender por junto ni por menudo e que los dueños de los alcaçeres que los ouieren de uender por menudo no los uendan si no fueren con la marca questa villa tiene dada e diere para ellos, so pena de cien açotes e perdimiento de los dichos alcaceres.»

Pullas.

62. «Otrosí mandan que ninguna ni alguna personas sean osadas de echar ni decir pullas ni cantares ni palabras feas ni desonestas en esta corte de noche ni de dia, so pena de cada cien açotes y destierro desta corte por un año.»

Que los herradores no sangren dentro desta villa.

63. «Otrosí mandan que ningunos erradores ni alueitares sean osados de sangrar ningunas vestias dentro de los muros desta villa ni de sus arrabales, sino que las saquen a sangrar fuera desta villa, so pena de mill maravedis, mitad para los pobres de la carcel y la otra mitad para el denunziador y diez dias de carcel.»

Que no vendan carneros en el Rastro más de lo que les costare a los compradores que vendieren lo que les sobrare.

64. «Otrosí mandan que ninguna persona comprador ni despensero ni de otra cualquier calidad que sea sean osados de comprar carneros ni corderos ni otra carne alguna en el Rastro desta villa ni en otra parte alguna, en pie ni muerto, para lo tornar a reuender y solamente puedan comprar lo que obieren menester para la probision de sus casas, y que si les sobrare parte de la dha. carne e lo ouieren de uender la uendan al precio que a ellos les saliere e no mas, so pena de cien açotes e destierro de la corte y perdimiento de la dicha carne aplicado la mitad para el denunziador e la otra mitad para los pobres de la carcel real desta corte.»

Ynmundiçias.

65. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osada de echar por las ventanas en las calles publicas agua ni ynmundiçias ni otra cosa, so pena de cien açotes al criado o criados de seruicio que lo echaren y el dueño de la casa o apozento de donde se echare sea desterrado desta corte e cinco leguas por cinco años e pague diez ducados para los pobres e la otra mitad para el denunziador.»

Que no boleen camas dentro de la villa.

66. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osado de bolear ni bolee por las calles públicas desta villa ni un cuarto de legua alderredor della, so pena de verguenza pública y destierro desta corte.»

Que no tengan camas ni acoxan sin licencia.

67. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osado de tener camas ni acoxer huespedes en sus casas ni posadas hasta que parezcan ante los señores alcaldes y se les de licencia para ello, so pena de cada cien açotes e per-

dimiento de la ropa que tubieren para pobres de la carzel e denunciador por mitad e destierro desta corte y cinco leguas por cinco años.»

68. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas sean osados de vender quaxada ni leche desnatada, so pena de cien acotes e dos mill marauedís para los pobres de la carzel e denunciador.»

Que no vendan cuaxada ni leche desnatada.

69. «Otrosí mandan, que ninguna persona sea osada de usar en esta corte officio de corredor de ropas y joyas ni de caballos ni pesador de la red sin que tengan licencia de los dhos señores alcaldes para lo usar e den fianças en cada un año para usar bien e fielmente de los dhos officios y acudir a las personas que les dieren a vender algunas cosas con el precio dellas e los que tubieren la dicha licencia y tubieren dadas las dhas fianças aunque sean recibidas por la justicia desta villa parezcan con ellas ante francisco enriquez scribano del crimen desta corte para que conste como las tienen e se les notifiquen las ordenanças del dho officio, so pena de cinco años de destierro e pribaçión de los dhos officios e de cada veynte mill mrs. para los pobres de la carcel rreal desta corte.»

Que los corredores no usen los officios sin licencia y dar la fianza

70. «Otrosí mandan que ningun tauernero ni tauernera desta corte ni villa tengan ni consienten tener en sus casas ni tabernas ni en tres casas a la redonda de su misma hacera bodegon ninguno ni persona que guise de comer para lo uender por los ynconvenientes que dello se podrian seguir e que lo hagan e cumplan, so pena de cada cien açotes y destierro desta corte, e so la misma pena mandan a los dhos bodegoneros e personas que guisan de comer que no tengan los dhos bodegones ni guisen de comer en las dhas tauernas ni tres casas a la redonda.»

Taberneros no tengan bodegones ni guisen de comer.

71. «Otrosí mandan que ninguna persona sea osado de vender vino de dentro de las cinco leguas desta corte ni otros bastimentos en ella al trezen, sino que lo uendan sus dueños cuyo fuere en la plaça publica desta villa por sus personas o por criados que tengan en su servicio a soldada, so pena de perdimiento del dicho vino e de verguença publica e destierro desta corte por dos años.»

No se venda vino ni bastimento al trezen.

72. «Otrosí mandan que ningun vecino ni heredero (*sic*) que tubiere tauerna o bendiere vino desta villa no lo de a uender a trezen, sino que lo vendan por si o por sus criados salaridados que coman e duerman en su casa e que a las puertas de las dhas. su tauernas no pongan ni tengan manta sin carpetas (*sic*) ni otra cosa alguna, so pena al dueño del dho. vino de perdimiento dello e un año de destierro desta corte y a los treceneros de cien acotes e que lo puedan uender en sus casas y en otras que tubieren alquiladas con que sean por los dhos. sus criados e no por treceneros so la dha. pena.»

Treceneros.

73. «Otrosí mandan que ninguna mujer pueda ser tauernera en esta corte y villa sin licencia de los señores alcaldes e que los tauerneros della bayan por sus personas a comprar y enbasar el vino que ouieren de traer a uender a esta corte, so pena de le dar cien açotes y cinco años de destierro de la corte y cinco leguas y perdimiento del bino que se les tomare.»

Mujeres no puedan ser taberneras sin licencia.

Tengan los pesos colgados los fruteros.

74. «Otrosí mandan que ningún frutero ni frutera sea osado de pesar fruta ni otra cosa alguna teniendo los pesos en las manos, sino que los tengan colgados de las escarpías, so pena de cien açotes.»

Espaderos no den a vender espadas ni otras armas a corredores ni pregoneros.

75. «Otrosí mandan que ningún espadero desta corte y villa ni de fuera della ni de sus obreros, oficiales, criados ni otros por ellos sean osados de dar ni den a ningunos corredores ni pregoneros espadas ni otras armas ningunas a corredores y pregoneros para que se las vendan ni los dichos corredores ni pregoneros no las reciban ni tengan, so pena de las auer perdido e de cada medio año de destierro desta corte y cinco leguas al derredor.»

Que ningún carbonero no venda el carbón junto a las tabernas sino que esten veynte pasos dellas.

76. «Otrosí mandan que ningún carbonero sea osado de vender carbón en las calles cerca de donde ouiere taberna o bodegon o otras cosas de comer, sino que esten veynte pasos desviados dellos, por el inconuiniente que se sigue de uenderse el dicho vino e lo demas suzio y con el polvo del dicho carbon, so pena de perder el dicho carbon que tuuieren e de mill marauedis para los pobres de la carcel.»

Que no enpanen pescados frescos los que los truxeren para vender.

77. «Otrosí mandan que ninguna ni algunas personas de los que truxeren a uender en esta corte pescados frescos o otros mantenimientos los enpanen para los uender enpanados, so pena de cada cien açotes e de auer perdido todo lo que dieren a enpanar.»

Que los pasteleros no lleven de la carnicería menos de un quarto o medio de vaca o carnero.

78. «Otrosí mandan que ningún pastelero pueda llebar ni llebe para gastar para su oficio de las carnicerías desta corte y villa menos de un quarto o medio quarto de baca o carnero y que los cortadores no lo den de otra manera, so pena de berguenza publica e cinco años de destierro.»

Los mercaderes y especieros no vendan especias molido.

79. «Otrosí mandan que ningún mercader ni especiero ni otra persona alguna sean osados de vender açafrañ ni clabos de especia ni pimienta ni otro genero de especias molido, so pena de dos años de destierro e de quatro mill marauedis para los pobres de la carzel e denunziador por iguales partes.»

«Va entre renglones ocho y testado zinco.

»El licenciado Alvar Garcia de Toledo.

»El Dr. Alonso Aggreda.

»El licenciado Espinosa.»

Y a renglón seguido viene el auto ordenando los públicos pregonos y la forma y lugares de la Villa donde se dieron:

*«En Madrid a quatro dias del mes de diziembre de mill e quinientos ochenta e zinco años por mandado de los Señores Alcaldes de la casa y corte de su magd. se pregonon este pregon en la plaça publica desta villa por Hernando de Leon pregonero público delante de mucha gente y presentes los alguaciles San Juan y Diego Garcia y Francisco de Oro y Santander.*

(Firmado) *Enriquez.*



*»En zinco del dho. se dio otro pregon publicamente en la puerta de Guadalajara presente mucha gente y los alguaciles Diego Garcia y Francisco de Oro y Chaves» (1).*

## V

Comentar ahora una por una las peregrinas disposiciones transcritas, hermanándolas con las que en años sucesivos fueron dictando los alcaldes de Casa y Corte, a medida que las necesidades de los tiempos lo exigían, sería convertir este ligero estudio en un voluminoso libro: tan dilatada es la materia y tan copiosas las reflexiones y juicios que sugiere. Habré de limitarme por ello a algunas rápidas pinceladas que logren avivar sus más típicos rasgos.

¡Cuántas y cuántas alusiones a estos preceptos de orden municipal, unos, de carácter gubernativo, otros, tropiézanse a cada paso en la lectura de nuestras novelas picarescas, comedias, entremeses y obras de costumbres! ¡Qué claridad arrojan sobre frases y episodios que de primer intento se nos hacen ininteligibles u oscuros! ¡Cómo se revela y descubre en todo su amplio panorama, con visos y cambiantes nuevos, la vida española de entonces, más rica, intensa y subjetiva de lo que la pobreza del suelo, la sobriedad en las diarias hazañas y el mismo atraso material de los tiempos hacían prometer!

Cruel, por demás, parecerá a algunos escépticos de hoy aquella cláusula con que el pregón arranca, y que mandaba cortar la lengua a quienes fueran osados de blasfemar o renegar de Dios o de su bendita Madre; pero si el sentimiento religioso era el fundamento de aquella sociedad, la clave ordenadora de su vida, tanto pública como privada ¿a quién podrá sorprender que en buena lógica y acatando este principio radical se pusiera el mayor celo en conservar, no ya la fe misma, pues para eso estaban diputadas y vigilantes otras instituciones, sino el respeto externo al sentir colectivo, unánime de la nación entera en aquello que caía bajo la jurisdicción propia de la Sala de Alcaldes, como era el tráfico, callejeo y concurso de la Villa?

En cambio, tócase aquí una vez más aquella eterna y estéril lucha de la ley contra las costumbres profundamente encarnadas en un pue-

---

(1) Archivo Histórico Nacional. Libros de la Sala de Alcaldes; lib. I, sign. 1.197 e. folios 160 a 165.

blo, duelo que tantas veces ha presenciado la Historia, con constante e indefectible derrota para el Derecho. Castigar a quien echara mano a la espada con tan bárbara pena como *cortarle la mano*, añadiendo que si hiriere a seguida *muera por ello*, castigo extensivo a cuantos *revolvieran ruidos y quistiones o apellidasen de Grande y caballero*, eran a la verdad intentos quiméricos para una sociedad en que la espada llevábase al cinto y el puntilloso concepto del honor en el pecho, tan juntos ambos, que de la más liviana palabra, del gesto descortés o desdenoso saltaba la centella que fundía uno y otro, encendiendo la pelea sangrienta con su sabido cortejo: el choque de unas espadas; el desplomarse un cuerpo que al caer despedía el alma con un ¡ay!; la presurosa huida del matador en busca de la vecina iglesia o monasterio, inseguro asilo tantas veces violado por los deudos del muerto o los ministros de justicia. Léanse las relaciones contemporáneas, Avisos, Memorias, Gacetas y cuantos documentos recogieron entonces para la posteridad la vida de la Corte, y ante la multiplicidad de los desafíos, riñas, pependencias y toda suerte de encuentros entre caballeros o hidalgos se tocará lo inútil de la medida, no obstante ejecutarse muchas veces la rigurosa pena pregonada.

Los juegos en los patios de Palacio, tantas veces recordados en las novelas del tiempo; las costumbres curiosísimas de las damas enamoradas o cortesanas (¡lindos nombres por cierto para distinguir tan pecador linaje!), cuya vida engañadora, picaña y astuta no lograron corregir las porfiadas medidas tomadas contra ellas, bien por el rey en sus pragmáticas, bien por la Sala de Alcaldes en posteriores autos, que habrán de darme material humano y palpitante para varios capítulos de una obra que preparo; aquellas referencias a los cantares y pullas libres y deshonestos, calumniosos las más veces, en que el odio represado libraba la venganza del agravio, y que nos traen a la memoria las famosas sátiras de Lope de Vega, mozo, contra la Elena Osorio su abandonada amante y ejemplar inmortal de la incomparable Dorotea, cantares que tantas noches resonarían en el silencio misterioso de las callejas madrileñas, acompañados por el rasgueo de la guitarra con música de Pisador o de Fuenllana; los dulces, golosinas y pastelillos que, con tan clásicos y olvidados nombres como *suplicaciones, melcochas y artalejos*, prohibía el pregón vender públicamente por las calles de la Villa, con otras disposiciones semejantes que el lector habrá saboreado en estas peregrinas ordenanzas, hacen en mí entender oportuna por demás su publicación, y venturoso su hallazgo en los carcomidos y amarillentos folios de los libros de la Sala de Alcaldes.

Para nosotros mismos, los concejales de hoy, a quienes corresponde la resolución de tantos problemas urbanos, como en lenguaje al uso decimos, encierra este pregón muy prudentes y atinadas enseñanzas, comprobando a la vez cómo ciertas cuestiones o puntos de policía municipal retoñan y florecen al través de los siglos; sirva de ejemplo la venta ambulante que, al embarazar la circulación callejera, obligaba a los gobernantes de entonces, como a los tenientes de alcalde de ahora, a dictar frecuentes medidas para su limitación o vedamiento. El asendereado problema de la mendicidad, que modernamente tanto nos agita sin que hayamos conseguido enfocararlo siquiera, resolvíanlo felizmente estas ordenanzas planteando un dilema de una sencillez, de una lógica irrefragables: el mendigo, el pordiosero, cuya sola presencia afea ya la buena compostura y limpieza de una urbe, con el espectáculo repugnante de sus lacras y el sonsonete lúgubre de su pedir quejumbroso, o es un vagabundo encubierto y truhan perteneciente a cualquiera hermandad bribiática, o, realmente, un impedido, un inválido para el trabajo. Si lo primero, tome oficio en seguida en la Corte, o salga *incontinenti* de ella. Si es un pobre de veras, torne a su tierra, a quien toca en ley natural ampararle o socorrerle, como lo hará el Concejo de Madrid con los que sean naturales de la Villa, ordenando que se acojan al Hospital general o a los albergues de caridad que por entonces fundaron Pérez de Herrera, Antón Martín, Bernardino de Obregón y otros varones cristianos y piadosos.

Recientemente ha aprobado el Ayuntamiento madrileño un reglamento sobre los mozos de cuerda, que antaño se conocían con los nombres de *esportilleros* y *ganapanes*, que parece trasunto fidelísimo e involuntario de la cláusula 50 de estas ordenanzas, con mediar entre uno y otra más de trescientos años. No menos instructivas y de palpitante actualidad municipal son algunas más de las cláusulas de este pregón referente al modo de abastecer las plazas y mercados públicos; a las tasas y posturas de los mantenimientos, tendiendo siempre a cortar los amaños y demasías de vendedores, regatones y dispenseros, cuando no prohibían a los carniceros vender «cabritos hinchados con cañón ni con caña ni con otra cosa ninguna», habilidades olvidadas hoy, que parecen curioso antecedente de aquel gracioso disparate del loco sevillano que Cervantes relata en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, y que a la cuenta ha dado origen a la frase vulgar, tan repetida, de «hinchar un perro».

Pero donde se extreman las medidas y previsiones de los alcaldes es en la materia abundosísima del vino. No menos de nueve



cláusulas dedica a su reglamentación meticulosa, llegando en su escrupulosidad al punto de prohibir que pudieran establecerse carboneros a veinte pasos de las tabernas «por el inconveniente que se sigue de venderse el dicho vino e lo demás suzio e con el polvo del dicho carbón». ¡Delicados de paladar y buenos mojones eran a la cuenta los señores alcaldes! No fueron, ciertamente, los últimos, como tampoco habían sido los primeros. Consúltense los índices de los libros de la Sala y a cada paso saldrán al encuentro del lector autos y pregones que patentizan la lucha incruenta, pero porfiada, que en aquellos siglos mantuvieron los alcaldes con bodegoneros, taberneros y dueños de figones, empeñados éstos en vender el vino aguado, caro o mal medido, sin que valieran multas, azotes ni destierros por aquéllos; dígalo nuestra literatura picaresca que tanto caudal hizo de estas bellaquerías, que no lograban empero atenuar el culto y devoción de sus contemporáneos al dios Baco y a sus ministros y servidores: los famosos mostos de entonces, Yepes, Esquivias, Coca, Madrigal, y que la musa plebeya cifró en aquella vieja copla o villancico:

Vos, vino, sois mi ganancia;  
si de vos tengo abundancia,  
no quiero otra provisión (1).

¡Curiosa y clásica tradición vinícola española, que contrasta con los remilgos, prohibiciones y leyes secas que imperan ahora en el mundo, aunque no por eso crea que hagan a los hombres más grandes, ni más alentados, ni más heroicos. Al menos, aquellas generaciones supieron acabar las más estupendas empresas, y nunca les faltó para solemnizarlas una limeta de buen vino. En algo más que en este dulce licor debe de estar el secreto...

Hora es ya de concluir y refrenar la pluma que se iba deslizado engañosa, campo adelante, con el ambicioso intento de emparejar estas ordenanzas con otras posteriores que casi treinta años después aparecieron, aumentadas con nuevas provisiones y medidas, conforme a la mayor corrupción y abusos de los tiempos. A la mano tenía allegados los materiales históricos, inéditos o desconocidos en su mayoría, y que, *Deo volente*, saldrán a luz en un venidero artículo, donde

---

(1) *Aquí se contienen unos villancicos muy graciosos de unas comadres muy amigas del vino. Agora nuevamente impresos. (Papel volante, 4.º, letra gótica s. l. n. a. Apud. Gallardo: Ensayo... I, col. 1.234).*

recoja también las restantes ordenanzas con que el siguiente siglo xvii cuidó de la buena policía y gobierno de la Corte.

Queden entre tanto exhumadas estas de ahora como uno de los más viejos bronce del derecho municipal de nuestra Villa: con su pátina oscura y en su mohoso e irregular alinde parece que reflejan reciamente la vida peculiar, característica, del Madrid primitivo, el Madrid de Felipe II, de Antonio Pérez y Juan de Escobedo, el Madrid del maestro López de Hoyos y su caro y amado discípulo Miguel de Cervantes, el Madrid, en fin, de aquellas callejas polvorientas o enlodazadas, según la estación del año, ausentes de toda urbana policía, pero que vieron pasar altaneros y orgullosos a los aguerridos tercios españoles camino de Lisboa, prontos a embarcarse en los fatídicos galeones de la *Invencible*.

AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO,  
Concejal del Excmo. Ayuntamiento.

CENTENARIO DEL AUTOR DE «PEPITA JIMÉNEZ»

## CARTAS INÉDITAS DE VALERA <sup>(1)</sup>

(Conclusión)

LV

Bruselas, 27 de agosto de 1886.

Mi querido amigo D. Narciso: Hace ya tanto tiempo que no recibo carta de usted, que no recuerdo si es usted quien ha dejado de contestar a alguna carta mía o si he sido yo el culpado. En la duda, le escribo hoy para reanudar correspondencia, aunque poco o nada tengo que decirle, y aunque el humor me falta.

Ya recibí ejemplares de *Pepita Jiménez*, yankee. Está regularmente traducida y muy bien impresa. Lo que importa ahora es que el libro tenga buen éxito. Si le tuviese, sería negocio, y además despertaría la codicia de los Appelton para publicar muchos libros españoles, míos y de otros autores, pagándonos en buen tanto por ciento.

He empezado a publicar en la *Revista de España* una serie de artículos sobre, o mejor diré, contra el *naturalismo*, o contra las extravagancias a que ahora dan este nombre. Me alegraré que usted lea mis artículos y guste de ellos.

También me alegraré de que ahora, que ya volverá pronto la gente a Madrid, escriba usted algo sobre mi tomo de versos, diga de ellos lo que guste y, sin decir que yo le empujo a ello, saque a la vergüenza al editor y al impresor, que me han afeado la obra con tan gran cantidad de erratas bestiales.

Escríbame y cuénteme de las políticas y literaturas de ahí.

Hasta otro día. Siempre su afmo. amigo,

J. Valera.

---

(1) Al reanudar y terminar en este número de nuestra REVISTA la publicación de este grupo de cartas inéditas de D. Juan Valera, tenemos verdadero gusto de comunicar a nuestros lectores que lo hacemos plenamente autorizados por la hija del insigne polígrafo, doña Carmen Valera, y nos complacemos en dar a la ilustre señora público testimonio de gratitud en el nombre propio y en el de los infinitos admiradores del autor de *Pepita Jiménez*, que estimarán en todo su valor este exquisito regalo literario.



*Juan Valera*



LVI

Bruselas, 20 de octubre de 1886.

Mi querido amigo: Acabo de recibir la carta de usted del 16 y mucho contento de saber que está usted bien de salud. También me alegro de que no desagraden a usted mis articulillos sobre el naturalismo francés. Doña Emilia Pardo Bazán ha dado ocasión, y no causa, a dichos artículos. Así es que yo no pienso, ni debo, ni quiero tratar mal a dicha señora. Mi propósito es trabajar, y en esto es menester que me ayuden los amigos para ver cómo sacudimos el yugo literario francés, que pesa hace cerca de dos siglos sobre nosotros, y que cada día se va volviendo más inaguantable, encanijándonos y atrofiándonos. Mis artículos son actos de insurrección y de rebeldía, que cada vez parecerán a usted más marcados. Creo que escribiré una docena de artículos. Ya llevo escritos seis. Con todos ellos formaré un tomo.

Muchísimo agradeceré que me cumpla usted su buena promesa de escribir un artículo sobre mi tomo de versos. El artículo pudiera publicarse en *La Ilustración*.

Veré con gusto en el Almanaque ese estudio de usted sobre el *té, café, opio y tabaco*.

Muchísima gana tengo de ir por ahí y de ver y charlar con los amigos, pero la cosa es difícil económicamente. Mi familia no quiere quedarse aquí sola, y trasponer ahí con toda ella cuesta un ojo de la cara. En fin, allá veremos cómo estas dificultades se allanan.

Esta tierra, dicho sea en secreto, es tan aburrida, que no sé qué contar a usted. No extrañe usted lo breve e insinuante de mis cartas. Escribame cosas de ahí: *de re litteraria y política*.

Adiós. Soy siempre su afmo. y buen amigo,

*J. Valera.*

LVII

Spa, 26 de agosto de 1887.

Mi querido amigo D. Narciso: Ayer recibí su lacónica carta del 25. Me alegro al ver por ella que está usted de buen humor y con salud. Yo estoy en este lugar de aguas minerales, no porque yo ni nadie de mi familia las necesite, sino porque es moda veranear. Bruselas se queda sin *high life* en el verano.

Aquí acuden muchísimos forasteros. De España hemos tenido a D. Manuel Silvela, a su hijo D. Mateo, a la familia de Baüer, a los Iruetas y a otros. Hay casino, donde se baila y se juega; pero nuestra principal diversión ha sido

y es los paseos por estos alrededores. A veces nos hemos alargado bastante y los paseos se han convertido en excursiones o viajes. En uno fuimos a Lieja y a Namur y al hermoso Castillo de Dave, orillas del Mosa, donde vive la duquesa de Fernán Núñez, su dueño. En otro viaje, en que íbamos quince, fuimos a Aquisgran y a Colonia y a Bonn; desde Bonn subimos en barco de vapor a Drachenfels, por el Rhin, cuyo magnífico panorama desde lo alto de Drachenfels se descubre, y de Drachenfels seguimos navegando hasta Bingen y Rudesheim, donde admiramos el monumento triunfal y la estatua-coloso de Germania. Luego fuimos a Wiesbaden, Francfort y Darmstadt y Heidelberg. Todo lo visitamos y curioseamos, volviendo desde Heidelberg a Spa, de un vuelo.

A pesar de estas excursiones, diversiones, etc., estoy muy aburrido y melancólico, y nada bien de salud. La vejez se me ha venido encima de golpe, muy enojosa y pesada.

Tengo el propósito de ir por ahí en el mes de octubre, y aun si pudiese me quedaría yo parte del invierno en Madrid.

De trabajos literarios de que usted me pregunta, le diré que hago algo, a pesar de mis achaques y decadencia. Mis *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* salieron en un tomo. Después he publicado y seguiré publicando otros artículos en la *Revista de España*.

Mucho me han hecho reír esas muestras del extraño *Flos Sanctorum* que está usted componiendo; pero francamente, aunque yo no soy muy católico, hallo tan disparatados y tristes los *racionalismos* a que hemos venido a parar, el materialismo, el pesimismo desesperado, la negación sistemática de todo ideal, el naturalismo sucio, grosero y aflictivo, etc., etc., que, si bien aficionado yo a reirme de todo, hay momentos, cuando considero con honda reflexión las cosas, en que se me quitan las ganas de reír y burlar con las vidas de los santos. Entonces entiendo que debiera usted emplear en cualquier otro asunto, que muchos hay, el singular y regocijado ingenio que tiene.

Sería yo desleal y mal amigo si no le dijera mi opinión con franqueza.

Adiós. Escribame de vez en cuando. Yo creo que fué usted, y no yo, quien cortó nuestra correspondencia.

Soy siempre su afmo. amigo,

J. Valera.

## LVIII

[Spa, setiembre de 1887.]

..... (1)  
progreso, a libertad y al bienestar de los hombres, que la vida más dispa-

---

(1) Falta el primer pliego de la presente carta

ratada del más extravagante y milagroso de todos los santos de la Corte celestial.

Jamás hice yo la pamema de afectar que soy creyente. Soy muy esceptico: ni lo niego, ni me jacto. Y con todo me admiro, en vez de burlarme, de muchos santos y santas. Entre los santos españoles, mientras más vueltas le doy más me persuado de ello, ha habido lo mejor y lo que más gloria ha dado a España. Lo diré aunque se escandalice usted. ¿A quién creerá usted que pongo yo por cima de los tres fundadores de la cultura moderna, según las filosofías de la historia que hoy se escriben? ¿Quién vale más que Lutero, que reforma la religión; que Bacon, que reforma las ciencias, y que Descartes, que crea la novísima filosofía? Pues bien, yo creo que vale más San Ignacio de Loyola. Claro está y no es menester que yo lo asegure, que si me dan a elegir doctrina me quedo sin ninguna de las cuatro. En el siglo XIX nada de ello es aceptable para mí. Pero no hasta el extremo de burlarme con tanta persistencia de una de las cuatro, como usted hace. Poner en caricatura el *Año Cristiano* me parece ya demasia.

No quiero, con todo, que se gaste usted el dinero en mi libro. Pida usted un ejemplar a Catalina. Reclámelo afirmando que yo se lo tengo prometido.

Me aflije lo que me cuenta usted de que también usted va físicamente decayendo. Mi decadencia, no obstante, es mucho más rápida. Yo, además, debo tener diez o más años que usted.

En fin, este invierno nos veremos y trataremos de consolarnos comiendo juntos alguna vez y platicando de todo. Escribame entre tanto y créame su afmo. y buen amigo,

*J. Valera.*

## LIX

Spa, 20 de septiembre de 1887.

Mi querido amigo Campillo: Con mucho contento recibí la carta de usted del 14; pero no la vida de esa santa que usted decía enviaba, y que me hubiera divertido leer por haber sido la santa, en su estado pre-sántico..., como santa María Egipciaca, la Magdalena, la Baltasara y otras...

Envieme usted, pues, la vida de esa santa que dejó olvidada y no incluyó en su epístola.

El tema de discusión para la Sección de Literatura del Ateneo me parece, como le parece a usted, tontísimo, si se entiende de cierto modo. Sin metro y sin lenguaje poético no hay poesía, o bien la poesía es un empalagoso delirio Nada más nauseabundo que la prosa lírica; pero como poesía, en sentido lato, es el drama y la novela, hallo que hay poesía en prosa, y que, tal vez en nuestra edad, la prosa es más a propósito que el verso para la poesía. En

resolución, yo diría: que al drama y al poema épico y al *pequeño* poema reemplazan en el día la comedia en prosa, la novela y el cuento, y que la poesía debe quedar para lo lírico, género, en nuestra edad, más alto y rico que nunca. Además, por lo mismo que mucha poesía, como novelas, comedias y cuentos, se escribe hoy en prosa, lo que se escriba en verso debe ser más primoroso, más atildado, más sublime y más limpio que nunca. Así es que los versos ramplones, que hoy se usan, me revientan sobremanera. Con estas ideas apuntadas aquí y puestas en orden creo que se pudiera hacer un buen discurso para esa futura discusión ateneística.

No me maravilla eso que me cuenta usted de Castelar...

Pues ya se ha engolfado usted en ese *Año Cristiano*, acábele y publíquele en un tomo, sin dar su nombre se entiende; pero yo quisiera que siguiera usted escribiendo cuentos y novelitas, sin escándalo de nadie; harían reír y divertirían mucho a los prójimos de buen gusto.

Yo cada día le tengo menos en vivir lejos de mi país y diplomatiqueando. Si, en vez de gastar, a más de lo que da el Gobierno, todo lo mío y las rentas de mi mujer y las de mi suegra, hubiera yo ahorrado algo, o siquiera estuviese a flote, ya estaría en Madrid. En fin, ya veremos cómo me las compongo para salir de esto. La diplomacia es un lujo desde que hay periódicos, telégrafos y teléfonos, y todo se publica en Memorias, Presupuestos, Dictámenes, etc., sin que quede nada oculto y misterioso que el diplomático tenga que desentrañar y comunicar a su Gobierno. A mi ver puede sustituirse la diplomacia; pero si no se suprime y sigue este lujo es menester que lo sea: o enviar duques y banqueros a representar el país, o pagar doble o triple de lo que se paga. La vida en la sociedad elegante europea es carísima ahora, y sólo un señor que viene solo a representar a su país, viviendo como un estudiante gorrón, y guardándose los dineros que le dé el Gobierno para gastos de representación, puede hallar conveniencia en esto... En fin, allá veremos; pronto iré por ahí.

Soy siempre su afmo. amigo,

J. Valera.

## LX

Bruselas, 30 de septiembre de 1887.

Mi querido amigo: Con mucho contento he recibido y leído la carta de usted del 25, los romances que llevan por título *Noche gaditana*, y la vida de la santa..., que me ha hecho reír y hallo graciosamente escrita. Quiero advertir a usted, para que lo enmiende cuando publique dicha vida en tomo, que el *Nox est perpetua una durmienda*, con los otros versos latinos que usted cita, no son de Horacio, sino de Catulo.

Volviendo a hablar de los romances *Noche gaditana*, diré que, como



todos los versos de usted (y prescindo ahora de defender, atacar, aceptar o rechazar doctrinas que en ellos se expongan o ensalcen), están llenos de ideas sentimientos y estilo poético, y distan mucho del prosaísmo ridículo que ahora se estila. Aquello es verso, y sin nada de artificioso, sino de muy natural, sencillo y claro, sigue siendo verso hasta cuando habla del cura gordo, del salchichón, de la taberna y de las aceitunas. Pero ¿qué quiere usted? En España se ha perdido el buen gusto, las buenas tradiciones, etc. De aquí que usted, Pepe Alcalá Galiano, Ferrari, Querol y otros sean menos populares que Campoamor y que Núñez de Arce.

Cada día me siento peor de salud, más triste y más abatido. Tal vez los aires de la Patria y la vista y trato de mis antiguos amigos me mejoren. Veremos si puedo arrancar e irme por allí en todo el mes de octubre, con licencia primero, y dejando aquí a mi familia hasta abril.

Mi falta de buen humor me impide hoy ser extenso. No me imite usted ni en el laconismo, ni en lo tétrico.

Mucho me agrada y lisonjeará que escriba usted esa novela que piensa dedicarme y que me la dedique. Manos a la obra y dése usted prisa, no sea que luego me muera yo o me ponga tan incapaz, seco y estéril que no pueda pagarle dedicándole otro libro mío.

Veo que van ustedes a tener ahí otro Congreso literario. Dígame usted si asiste a él y qué le parece. He leído en los periódicos españoles que va de Alemania Julio Hart; pero nada dicen de quién es este señor. Por si usted quiere decirlo le notificaré que Julio Hart ha publicado un *Florilegio de poesías españolas de todos tiempos*. Empieza con trozos del Poema del Cid y acaba con versos de Campoamor y de Bécquer. Precede al *Florilegio* un discurso titulado *Espíritu y desenvolvimiento de la poesía española*, que no está mal, aunque de lo reciente no está enterado. Claro está que a usted y a mí y a otros ¿por qué no decirlo? nos citaría como poetas líricos si nos conociera. Si a mí me cita al lado de Pérez Galdós, Alarcón y Trueba es como novelista.

Adiós. Créame usted su afmo. y buen amigo.

J. Valera.

## LXI

Bruselas, 13 de octubre de 1887.

Mi querido amigo: Con mucho contento recibí, días ha, la carta de usted del 4, y después el escrito titulado *Algunas observaciones sobre los Apuntes*, donde me han interesado mucho algunos discretos juicios, me han lisonjeado las cosas benévolas que dice usted de mí, y me han hecho reír con gana las chistosas ocurrencias que hay.

Noto yo, no obstante, que en esas ocurrencias chistosas entra a veces por más la pasión que la estricta justicia, como, por ejemplo, cuando habla usted de Leopoldo Alas. A este mozo no se le puede negar, en general y en lo que yo he visto de sus obras, gracias, facilidad y talento de escritor agudo, juicio estético y bastante saber. Convengo en que es en él gravísimo defecto el de ser tan severo y cruel con algunos, como, verbigracia, con Velarde, y tan entusiasta encomiador de Campoamor y de otros.

La severidad cruel no está bien en el crítico literario, en un país, sobre todo, como España, donde no se gana más que miseria escribiendo; pero ya que se emplee la severidad cruel, debe ser por igual, y no maltratando las sandeces o debilidades de unos y alabando las de otros por no ir contra la corriente.

En suma, yo no quiero exigir justicia absoluta en el que critica; pero sí exijo cierta proporción en el elogio o en la censura. Contra esta proporción creo yo que no debe pecarse y que jamás he pecado. Si ponemos a Campoamor por las nubes, pongamos también por las nubes a Núñez de Arce, y casi por las nubes a Velarde, y más alto que las nubes a Ferrari, por ejemplo, y por cima de Ferrari a usted y a mi sobrino Pepe Galiano. Hablo de Ferrari por pocas cosas suyas que he leído; pero me bastan para creer que vale más que Campoamor como poeta.

Está en mi carácter y condición cierta modestia absoluta y cierto orgullo o conciencia de mi valer relativo que se ofende con la desigualdad. De aquí que no me enoje yo de que agarre un crítico mis novelas y no me deje títire con cabeza; pero si, al mismo tiempo, o al día siguiente, pone en los cielos alguna mentecata de otro, la censura contra mí se hace insufrible y me rebelo contra ella. En suma, yo creo que en España la justicia distributiva de la crítica anda un poco por los suelos. De aquí que haya aún y haya habido autores, de talento real sin duda, pero a quienes la crítica ha levantado por cima de sus merecimientos, con gran perjuicio de todos nosotros y aun de los mismos encomiados, que acaso no se hubieran pervertido tanto, ni perseverado tanto en sus extravagancias y tonterías, y hubieran hecho mejores cosas sin las alabanzas absurdas. A este género pertenecen principalmente Ayala, Campoamor y Echegaray.

De los desmesurados elogios, de este favor desatentado que a veces prodiga la crítica a sus favoritos, resultan las cosas más extraordinarias que pueden soñarse. Ayala, por ejemplo, ha sido y es aún, según la crítica lo ha dispuesto, un Calderón, un Shakespeare, un águila en la dramática y en la lírica; pero ya nadie le lee desde que se murió, y no es Ministro ni Presidente de las Cortes. Que Catalina le diga a usted los ejemplares que ha vendido de las obras de Ayala.

Nace de esto otro mal más grave: que la gente lee y compra menos cada

día. Y la razón es clara: imagina que Ayala fué un genio, compra sus obras y no tiene paciencia para leerlas, no las puede aguantar. Consecuencia: el lector y comprador dice para su capote: Si no puedo aguantar a éste, que era un genio, y me he llevado un chasco comprando sus libros, peores y más inaguantables serán los libros de Valera o Campillo o de otros así que la crítica no ha preconizado ni canonizado como genios. De aquí que nuestros libros se vendan menos. Mientras que si Ayala y otros así no fuesen colocados entre los genios, ni nosotros tampoco, y fuésemos todos mirados como simples mortales, la gente nos leería y nos compraría más a él y a nosotros, siendo más indulgente para las faltas de todos.

Pero, en fin, dejemos todo eso a un lado, y, a pesar de las perversas condiciones del oficio, sigamos escribiendo, si tenemos para ello salud y humor.

Yo he empezado a publicar una serie de artículos en la *Revista de España*, sobre un libro portugués, que el autor me ha dedicado, y que se titula *Historia de la civilización ibérica*. Me alegraré de que usted lo lea.

Persisto en mi propósito de ir a Madrid en noviembre. Haré por realizarle cuanto usted me mande. Si sigo aquí un invierno más, la murria me mata. Como quiera que sea, yo estoy muy acabado y muy mal de salud.

Las cartas de los pocos amigos me traen distracción y consuelo. Siga usted escribiéndome de vez en cuando, mientras yo continúe por aquí.

Adiós y créame su afmo. amigo,

J. Valera.

## LXII

Bruselas, 22 de octubre de 1887.

Mi querido amigo D. Narciso: Aquí me tiene usted aún, con muchas ganas de irme a esa coronada Villa y sin saber cuándo me iré.

Dos días ha recibí la carta de usted del 17, la cual me ha divertido como todas las suyas, contribuyendo a la diversión los documentos que venían adjuntos, a saber: *La nueva canción de los mineros* y el *Soneto a Clarín*, de Manuel del Palacio. Manuel del Palacio tiene chiste y talento de poeta, y en el soneto se aplauden dichas cualidades. Pero, a pesar del soneto y de todo cuanto dice usted, y reconociendo yo no pocos defectos en Leopoldo Alas, insisto en creerle escritor de mucho mérito, así entre los españoles, como en cualquier parte. Convengo con usted en que es odioso defecto la absoluta carencia de equidad en la repartición de vales y disciplinazos. Mal modo es ese de ejercer el magisterio de la crítica. En lo que no convengo es en las causas a que atribuye usted esa carencia de equidad. Clarín trata mal a Velarde y a Grilo; pero no trata mejor ni a Chestre, ni a Cañete, ni a Cánovas, ni a los Silvelas, ni a bastantes otros que saben y pueden vengarse y muerden cuando quieren.

Disuena que Clarín, tan cruel con los autores mencionados, alabe tanto, por ejemplo, a Ayala y a Campoamor; pero, en estos dos casos, la cosa se explica, porque el crítico no ha querido luchar contra la impetuosa corriente de la opinión y, aun porque, tal vez, se ha dejado arrastrar por ella. No me negará usted que en España, por lo mismo que se lee poco y los que leen no siempre entienden lo que leen, hay cierta extraña barbarie casi imposible de contrarrestar en ocasiones. Además, el resultado que se obtuviere, si se obtuviere, sería siempre muy inferior al esfuerzo empleado. Mejor es atacar de costado y con suavidad, que no de frente y con ímpetu, a fin de vencer no pocos prejuicios, adversos o favorables. Durante mucho tiempo, en la opinión del vulgo que literatea, seguirán siendo aún: Moratin (hijo), que tenía ternura y sensibilidad, y comprendía como nadie la belleza de la forma, la dicción poética y la armonía del verso, un malo y pedestre poeta lírico; Jovellanos, un buen jurisconsulto, sin que se atiende a la enérgica hermosura de sus sátiras; Hermosilla, un ramplón y prosaico traductor de Homero, y Cheste, que si bien no vale mucho, no es abominable, el más ridículo de los traductores, y así de otros muchos, contra quienes jamás en otras naciones, donde se escribe más y se lee más, hubiera sido tan acerba y feroz la censura. En otras naciones, la crítica hubiera sido benigna con la mayor parte de los autores citados: unos, como Moratin, estarían más alto entre los líricos; otros, como Hermosilla, serían ensalzados como el traductor humorista, que no sólo interpreta fielmente la letra, sino que siente, percibe y ama toda la sencilla y grandiosa hermosura del poeta griego, y a menudo acierta a expresarla; otros, como Cheste, serían considerados como hombres estudiosos, llenos de amor a la poesía, lo cual ya es tener poesía, y habría la franqueza y la buena fe de atribuir, a Dante y no a Cheste, muchas rarezas y singularidades. No está obligado un traductor a enmendar el autor que traduce, y, aunque éste escriba con una lengua que se está formando, y en un siglo bárbaro con relación al nuestro, hacer que salga, de entre las manos del traductor, vestido de moda, por decirlo así. En cambio, Ayala seguirá muchos años aún pasando por un *genio*, aunque nadie lea ni aguante ya lo que ha escrito, y todas las ñoñerías cursilonas de los pequeños poemas y de no pocas doloras serán consideradas como maravillosas, concisas y hondas sentencias filosóficas y como la poesía más elevada, docente y propia del ilustrado siglo xix. Mil y mil motivos hay para no rebelarse contra todo esto abiertamente, y por eso yo no me rebelo, y por eso, sin duda, no se rebela Clarín.

Y, por último, visto que no hay un código literario tan claro como los códigos civil y penal, ni como las tablas de la ley, y visto además, que aun cuando le hubiera, la interpretación y aplicación a casos singulares son harto difíciles, y visto también que Campoamor y Ayala son tan encomiados, en lo que no nos gusta a nosotros, ¿no es factible que llegue uno a desconfiar de



buena fe de su propio juicio, y venga a resignarse, conformarse y someterse, en dichos casos, al juicio ajeno, cuando el ajeno es el de la mayoría?

Esta defensa mía de Clarín es relativa, como diría D. Hermógenes; pero también lo relativo tiene algún valor.

Es usted un injusto en no admitir que un crítico esté bien que lo sea sin ser autor. La crítica misma le hace autor, y estimado, si la crítica es buena. Yo no he leído *La Regenta*; pero aunque sea pésima *La Regenta*, la crítica de Leopoldo Alas no pierde por ello. Tal vez sea yo tan indulgente con Leopoldo Alas porque él lo es conmigo; pero, si es así, me alegro. Prefiero pasar por sobrado agradecido a ser severo con quien conmigo no lo es.

En fin, dentro de tres semanas, por mucho que ya me retarde, iré por ahí y hablaremos de todo.

Lo que por lo pronto se me ocurre decir es que al cabo, por poco que en España se lea, los que escriben con algún ingenio no son muchos, y no me parece bien ni en L. Alas, ni en nadie, que nos difamemos.

Por ejemplo, de los más en actividad, entre poetas, novelistas y dramáticos, ¿podremos sacar docena y media? Creo que con dificultad. Y ¿qué son 18 ó 20 autores para una lengua hablada por 40 ó 50 millones de seres humanos? Excitemos, pues, a esos millones a que lean a dichos pocos autores, y no los retraigamos de leerlos. Voy, por curiosidad, a poner aquí los nombres, y verá usted como no atino a llegar a 20.

Echegaray (José y Miguel), Manuel del Palacio, Núñez de Arce, Campoamor, Pérez Galdós, usted y yo, Menéndez, Pereda, Emilio Castelar, doña Emilia, Leopoldo Alas, Alarcón, Pepe Galiano, Ferrari y Velarde, total 17. Añadamos cuatro más que se escapan ahora a mi memoria y tendremos 21 activos. Entre los pasivos o semijubilados o jubilados del todo, que tengan o hayan tenido algún valor, Zorrilla, Tamayo, Rubí, quizás sea difícil sumar otros veinte. Si entre sabios naturalistas, políticos, arqueólogos, economistas, filólogos, jurisconsultos, etc., cuenta usted cuarenta más, que hayan escrito o escriban, será todo lo más. Conque me parece que podemos ser benignos con la gente nueva que vaya saliendo, y no imaginar que nos va a venir la tierra estrecha, y que no va haber sillones para tanta gente en las Academias.

Como hace cuatro años que no he estado en Madrid, ni un instante, y más de seis en que no he estado sino muy de paso, tal vez en este tiempo hayan asomado nuevos astros por el horizonte de la poesía o de la ciencia: pero no serán muy luminosos, cuando el fulgor de sus rayos no ha llegado hasta mí ni herido mis ojos. Así es que yo, cuento también en nuestro Parnaso vivo a Trueba, a Palacio Valdés, a Grilo, a Shaw y a otros: y claro está que cuento a los catalanes Verdaguer, Balaguer y Oller. Nada de esto es despreciable: todo ello prueba que España no ha muerto intelectualmente: pero aún no hay tal exuberancia que no sea lícito tomar el azote y echar del templo a

los malos y mercaderes, cuando los buenos o medianejos y tolerables, apenas llenamos un rinconcito.

Abogo, pues, en favor de la benignidad, caridad y fraternidad entre nosotros. En vez de modernos, debemos hacernos valer y echarnos bombos, a ver si logramos que nos lean, y que el público nos cobre la afición que no nos tiene.

Adiós y créame su afmo. amigo,

J. Valera.

### LXIII

Bruselas, 6 de noviembre de 1887.

Mi querido amigo D. Narciso: Días ha que recibí la carta de usted del 27 del mes pasado. No he contestado antes porque estoy mal de salud y además traigo un jaleo de todos los diablos para hacer arrancar de aquí a mi familia. Esta, por último se pone hoy en movimiento. Se detendrá en París, y probablemente estará ahí el jueves por la noche, 10 del corriente.

Mi hijo Luis se quedará aquí conmigo hasta fin de mes. Nosotros no llegaremos a Madrid hasta los primeros días de diciembre. Mucho agradeceré que, entre tanto vaya usted a hacer una visita a mi mujer. Seguimos con nuestra casa, calle de Claudio Coello, número 25.

Hablando ahora de otra cosa, diré a usted que tiene razón de recordarme que no cité a Querol, en la enumeración de poetas que le hice; pero no fué ignorancia, ni discrepancia de mi opinión con la de usted, sino olvido de momento. Conozco a Querol como poeta y como hombre, le estimo mucho, y, entre lo mucho que yo he escrito de crítica no coleccionado en tomo, hay un artículo, donde le pongo por las nubes.

Yo estoy tan decaído de ánimo y tan viejo y tan falto de brío que con dificultad podré escribir las mil cosas que tengo en proyecto; pero usted, que es más joven y está mil veces más lozano que yo, o digamos menos marchito, debe sacudir la pereza y escribir novelas, cuentos y versos en abundancia.

Con dificultad sigo ya escribiendo mis artículos sobre la *Historia de la civilización ibérica* de Oliveira Martins. Dos han salido ya en la *Revista de España*, y el tercero está ahí ya para publicarse. Aun pienso escribir otros tres. Me alegraré de que usted los lea, no sólo para tener una satisfacción de amor propio, si a usted le gustan, sino por el deseo de que nos vayamos aunando algunos amigos. *L'union fait la force*, como dicen las pesetas de este país; y la verdad es, que si estuviésemos más de acuerdo, no se nos subirían encima tantos, que, en nuestro sentir, debieran estar muy por bajo. Pero, ¿qué quiere usted? Esta es mi mayor pena; la gente que me agrada, la gente que yo reclutaría para formar un batallón sagrado en España, está esparcida por

los extremos y militamos bajo opuestas banderas: así Menéndez, Alas, Pepe Galiano, Correa, Tamayo, Alarcón, Urbano González Serrano, usted y pocos más. La lista de mis predilectos acaso no llegue a 30, y, con ser tan pocos, no hay dos que estén unidos por ningún lazo.

Veo que confirma usted mi sospecha de que no ha salido ningún lírico de mérito desde que faltó de España. Sólo me han parecido bien los versos de Ferrari, entre lo novísimo que he visto.

Supongo y espero que en prosa estaremos mejor. Veo que hay grande abundancia de novelistas.

Adiós. Consérvese bien y créame su afmo. amigo,

*J. Valera.*

#### LXIV

Bruselas, 22 de noviembre de 1887.

Mi querido amigo D. Narciso: Con gusto he recibido la carta de usted del 15, como recibo todas las tuyas. En estos días, que tan cerca están de mi partida, tengo aquí tantos quehaceres que no es posible que yo le escriba largo y departa con usted cuanto deseo. Ya ahí nos veremos y charlaremos.

Ahora le diré que hay un Sr. Boris de Tannenberg, ruso de nación, aunque alemán de apellido. Este señor está en correspondencia conmigo, desde hace uno o dos años. Ha estudiado en Francia y literatea y escribe en francés. Su afición decidida y su especialidad son las letras españolas. Compone una obra sobre autores españoles contemporáneos. Ahora se emplea en los poemas. Me pide informes. Y yo, entre otras cosas, le he dicho que dos de los mejores poetas hoy vivos son usted y Pepe Galiano. A esto contesta el señor Boris, en español, que escribe con facilidad: «No conozco nada de los dos poetas que usted me dice que son los mejores líricos contemporáneos de España. Cuando estuve en Madrid, nadie, ni Marcelino, me dijo gran cosa de D. José Alcalá Galiano ni de sus versos. Tengo de él un volumen de traducciones de Byron; pero ya comprenderá usted que para mí son mucho más interesantes los versos originales. En cuanto a Narciso Campillo no conozco de él absolutamente nada, y mucho siento ahora no haberle tratado personalmente, pues nada me era más fácil». En otra parte de la carta añade: «A D. Narciso Campillo escribiré directamente o por conducto...» (1). Los libros que le envíe usted, pueden ir certificados para que no se pierdan.

Claro está que aconsejo a usted esto porque le conviene y conviene a las

---

(1) Falta el segundo pliego de esta carta.

letras españolas que en tierra extraña las conozcan y sean justos con ellas. Por lo demás usted hará lo que quiera, y créame siempre su afmo.,

*J. Valera.*

LXV

23 de diciembre de 1888.

Mi querido amigo D. Narciso: Recibí y leí con mucho contento la nueva vida de San Juan de Dios, escrita con notable sinceridad y candor desde el punto de vista racionalista. Desde dicho punto de vista no se puede pensar de otro modo acerca de tan loco y sucio santo. Creo que el Sacristán jubilado debe publicar en tomos o series sus *Historias de la corte celestial*. Con lo que ya tiene escrito hay para la primera serie, haciendo un tomito barato de a peseta.

Deseo a usted muy felices navidades y más feliz año nuevo. Yo estoy harto mal de salud y de humor; pero, en fin, voy tirando.

Un siglo ha que no nos vemos ni hablamos. ¿Por qué no se viene usted a comer los sábados a esta su casa? Ahora no está aquí Menéndez, pero, cuando está, viene los sábados. Ahora viene un sobrino mío, llamado Nicolás Alcalá Galiano, que es original y divertido. Véngase usted a comer el sábado próximo.

Las sesiones literarias empezarán en el Ateneo el primer martes hábil después de vacaciones. De usted afmo.,

*J. Valera.*

LXVI

San Ildefonso, 1 de agosto de [1891].

Amigo D. Narciso: Hará diez o doce días que estoy en este Real Sitio tomando el fresco. Deseo y supongo que usted seguirá bien de salud en esa coronada Villa.

Siento no haberle enviado, antes de salir de ahí, pero entonces apareció, y yo andaba de prisa, el folleto que he escrito y publicado sobre *Las mujeres y las Academias*. Además, siento el no haber recibido un ejemplar de las *Historias de la corte celestial*, que supongo ya circulando por el mundo. Aquí hay una dama que, por judía, no se espanta, sino se encanta de que se pongan en solfa a los bienaventurados cristianos, la cual se deleitaría leyendo los estudios históricos, agiográficos, del Sacristán jubilado.

Mi mujer y mis hijos, bien de salud, y envían a usted cariñosas expresiones.

Escápese de Madrid y venga a pasar aquí dos o tres días. Si no ha visto esto ni Segovia, merece verse.

Adiós, y créame su afmo. amigo,

*J. Valera.*



LXVII

San Ildefonso, 14 de agosto de 1891.

Mi querido amigo Campillo: A tiempo recibí la grata carta de usted del 3 y los dos ejemplares de las *Historias de la corte celestial*, que mi hijo Luis celebra, lee y rie.

Algo, si he de hablar con franqueza, me he equivocado respecto a la señora..., para quien, como en general para muchas damas de nuestra *high life*, aunque en la señora... tiene disculpa por ser ella extranjera, apenas son percibidos los chistes en castellano. De todos modos, la señora... ha agradecido el libro y algo ha leído y celebrado en él, aunque más esperaba yo de su discreción, cultura y absoluta carencia de sentimiento religioso. Bien es verdad que esta absoluta carencia, harto común en las mujeres que desechan toda religión positiva, ha contribuido a que la señora... no comprenda ni aplauda lo que usted dice, ya que, en realidad, si usted se burla de los santos, es apoyándose o fundándose en muy alto concepto de un Dios personal y providente y en el convencimiento de que ha dado al Universo leyes sabias y eternas, físicas, mentales y morales, cuya infracción repugna a usted. Pero esto precisamente es lo que no suelen entender las mujeres, cuando dejan de creer en los milagros, mitos y extravagancias de cualquiera religión histórica.

Por fortuna para su libro de usted, la gente para quien ha sido escrito no es la de la *high life*, y el libro tendrá no pocos lectores y admiradores, que irán más allá de la intención y propósito de usted en cuanto usted dice.

Estética o artísticamente considerado el asunto, las *Historias de la corte celestial* son fáciles y buenas de escribir, conservando el autor de ellas su *candor* y su sentido recto y franco. Bien puede burlarse de la suciedad inmunda, del suicidio lento y de las ridiculeces de los ascetas, etc., etc. Pero ese otro proyecto que usted tiene de *Historias infernales* es, a mi ver, harina de otro costal. Se necesita torcer mucho las cosas, faltar al *candor*, obrar con malicia, para hacer creer que la Iglesia, que no ha sido tonta, y cuyos Príncipes y Prelados han sido, durante siglos, los más instruidos y los más inteligentes de las naciones más inteligentes y cultas, han perseguido sistemáticamente a los hombres de genio, inventores, descubridores, etc. Todo lo que yo he leído en este sentido me parece sofistería. Mi tesis no es para sostenida en una carta. Digo a usted lo que pienso y siento sin probarlo; pero yo no trato aquí de probar nada, sino de decir lo que siento y pienso.

La persecución contra Galileo y otras historias así, además de lo manoseadas que están, valen poco. Por cima de todas esas historias está que los pueblos que han seguido la bandera de Cristo, y no los budistas, ni los mus-

limes, son los que lo han inventado, mejorado y perfeccionado todo. Ni León X, protegiendo a Bembo, Ariosto y Fracastor y Vida, y dando nombre a su siglo; ni Pablo IV, aceptando la dedicatoria de Copérnico; ni Benedicto XIV, carteándose con Voltaire; ni la larga procesión de frailes, clérigos y jesuitas, españoles muchos, que tanto han hecho por las ciencias y las letras, dejarían a usted salir airoso en su novísimo empeño. Mucho celebraré que usted desista de él. Es opinión de un amigo leal. Y no siendo o aparentando ser cristiano, sino como pudiera hablar a usted, si viviese, el jefe y apóstol de los positivistas, Augusto Comte.

Aquí no lo pasamos mal, aunque yo, con un verdadero furor de jugar al tresillo, por tarde y noche, nada hago de provecho.

Créame usted su afmo. amigo,

*J. Valera.*

## LXVIII

Viena, 19 de noviembre de 1893.

Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

Mi querido amigo: Acabo de recibir la carta de usted del 13, a la cual contestaré otro día más por completo, poniendo nombres y señas de los más importantes escritores de esta doble monarquía. Hoy, para no perder tiempo, citaré aquí a algunas personas a quienes desde luego debe usted dirigirse para el fin que me expresa.

Al Doctor Rodolfo Beer, gran conocedor de nuestros archivos, empleado en esta Biblioteca Imperial y Catedrático hoy de lengua castellana en esta Universidad. Yo le entregaré la carta.

Al Doctor Hugo Schuchardt, Profesor en la Universidad de Graz, Estiria, hispanófilo y vascófilo, etc.

A nuestro amigo el Doctor Guillermo Lauseo, que tanto ha escrito sobre España, que hoy dirige la parte literaria de una de las más importantes casas editoriales alemanas, y que puede valer, además, para anunciar en su *Illustración* el Album que ustedes publiquen y hacer que se venda. Su *adresse*: Mr. le Docteur Guillaume Lauser. Deutsche Verlag.—Austalt. Stuttgart.

Al más famoso y fecundo novelista y poeta lírico, épico y dramático de Hungría, en cuya comparación Dumas padre era estéril y premioso. Se llama Mauricio Jokai, vive en Budapest, donde todos le conocen: no son menester más señas.

Mis colegas Embajadores de Italia y de Rusia, el Conde Constantino Nigra y el Príncipe Labanoff, ambos son egregios escritores y sabios: Nigra, sobre todo, el cual es asimismo gran conocedor de nuestra literatura, como lo

demuestra en su eruditísima obra *Cantos populares del Piamonte*. Nigra es además poeta. Si me envía usted carta para él, yo se la daré.

Ya usted comprenderá que el movimiento literario alemán y los grandes escritores alemanes no están en Austria; pero, en cambio, hay ahora aquí la friolera de tres o cuatro literaturas muy florecientes, que yo apenas conozco, pero que todos ponderan, y que deben de ser pasmosas, al menos por la enorme cantidad de escritores y por lo muchísimo que escriben de historias, poemas, novelas y dramas. Hablo de las literaturas húngara, bohemia, polaca y serbo-croata.

Yo creo que sería muy *chic* encajar en ese Album escritos en tan exóticos idiomas. Enviaré a usted, pues, nombres y señas de los autores más notables. Así como enviaré también lista de los austro-alemanes que gozan de más nombradía.

Por lo pronto no estará de más que se dirija usted a Ladislao Belza, Secretario del Instituto Ossolinski, en Lemberg. Es muy celebrado poeta, y si quiere usted evitar el trabajo de escribir muchas cartas, suplique usted a Belza que pida y envíe a usted autógrafos de Belcikowsski, de Juan Alejandro Fredro, de Eduardo Lubowki, de Juan Zacharyasiewicz y de Wadislao Lozinski, que son los más famosos autores austro-polacos, de los vivos. Yo creo que con esto bastaría y se ahorraría usted de escribir a más polacos.

Ya, otro día, enviaré nota, con nombres y *adresses* de los escritores austro-alemanes de más cuenta, así como de los bohemios, húngaros y serbo-croatas.

Adiós. Consérvese bien de salud y créame su afmo. y buen amigo de siempre,

J. Valera.

## LXIX

Viena, 27 de noviembre de 1893.

Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

Mi querido amigo: Continuando hoy mi contestación a la amable carta de usted, me parece que casi puedo afirmar, sin que se me acuse de temeridad en mis juicios, que no hay, en el día, en todos los dominios de la gloriosa Casa de Habsburgo, un solo poeta o prosista alemán que verdaderamente descuelle y cuya popularidad equivalga aquí, ni con mucho, a la que en España merecen y de la que gozan ustedes, Tamayo, Echegaray, Campoamor y otros. Pero este país es muy culto, la gente está muy educada, y llega a tal extremo el furor de enseñanza, que hay escuelas especiales para todo. Hasta para aprender a hacer canastos hay 22 Escuelas (Korbflechtsschulen), tres o cuatro de ellas imperiales y regias. Resulta de aquí que, a despecho de Minerva, de

las Musas y de Apolo, y quieran o no quieran, todos los nacidos hacen canastos, o escriben, o componen cualquier otro primor, según la Escuela en que han estudiado y a fuerza de estudiar y devanarse los sesos.

Los escritores, pues, se cuentan por miles, aunque es difícil de decidir cuáles sean los mejores. Yo he acudido a mi amigo Rodolfo Beer, que me ha dado la adjunta nota y lista. No sé qué pensar de los que en ella figuran. Sólo conozco dos o tres novelitas de uno de ellos, Carlos Vincenti, que me han entusiasmado poco.

En cuanto a las mujeres, aquí hay una Pardo Bazan en cada calle. Mi mujer y mi hija tienen una maestra de alemán, que es autora afamada. Se llama la Baronesa Schneider von Arns; pero, a pesar de su título, como no tiene dineros, y sólo tiene cuatro cuarteles de nobleza, y se necesitan diez y seis para ser presentada en la Corte, la Baronesa, pensando piadosamente, conserva su virginidad, da lecciones a casi todas las señoras del cuerpo diplomático y suelta novelas y tomos de poesías en abundancia. Claro está que me los ha regalado: que yo he tenido que leerlos, porque yo soy muy fino, aunque me esté mal el decirlo; y que me han parecido perfectos y de una corrección extraordinaria, gramatical, moral y *high life*. Si usted quiere enviarme carta para esta Baronesa, se la daré con gusto y ella se esponjará.

Creo que por hispanófilo no debe usted olvidar al Conde A. F. de Schack. Muy averiado y casi ciego se halla, pero escribirá, sin duda. El invierno lo pasa en Roma. Por medio de Rascón puede usted hacer que llegue a sus manos la carta que le escriba.

Volviéndonos ahora a esta Monarquía, diré que más que alemana es húngaro-eslava, y si en literatura hay en ella algo notable, en esta edad, debe de estar escrito en serbo-croata, en polaco, en magiar o en bohemio o tcheco.

Lo que dice Beer en la nota me parece tontería, perdóneme su ausencia, y además impracticable, porque apenas tenemos cónsules.

Lo menos malo, si usted quiere, será que usted me envíe seis o siete cartas para los más famosos autores que yo le cite, entre la infinidad que de ellos hay, y yo les enviaré las cartas a donde vivan, si viven, pues supongo que vivirán.

El poeta serbo-croata, a quien más celebran las historias que yo he leído, se llama Ivan Mazuranic. Ha concluido la epopeya que el célebre Gundulic dejó incompleta, y ha escrito otra, toda suya, y cuyo título *Cengic Agá* harto suena y cacofónicamente hiere nuestros oídos; mas que no por eso dejará de ser bellísima.

De Hungría yo he dicho a usted que el más ilustre y fecundo escritor es Mauricio Jokay. Yo no he leído de él más que un tomo de máximas muy discretas y una novela por el estilo de las de Julio Verne, aunque más atrevida



y desatinada; pero por esto no se puede juzgar. Jokay tiene ciento y tantos tomos publicados. Su mejor novela dicen que es *El Hombre de oro*.

No sé si aun viven Alejandro Petofi y Juan Arauy, que parecen ser los mejores poetas líricos y épicos húngaros de este siglo; pero usted puede, al escribir a Jokay, decirle que pida a Petofi y a Arauy algo para el Album, si no están ya en el otro mundo.

Vamos ahora a Bohemia, donde el mismo José Dobrovsky, el gran eslavista, al desenterrar los monumentos de su antiguo idioma y al celebrarlos, estaba lejos de creer que resucitaba este idioma y casi le daba ya por irremediablemente convertido en pobre dialecto rústico; pero, sin duda, Dobrovsky resucitó su lengua al desenterrarla, y hoy, a lo que parece, hay en ella una muy original y floreciente literatura. Yo no la conozco; pero si he de juzgar de poesía bohema por la música bohema, la poesía debe ser muy buena. Los cantos y los bailes populares bohemos son preciosos, y hay una ópera, titulada *La novia vendida*, que se canta aquí, y que a mi me encanta. Es una preciosidad. Su autor, el maestro Smetana.

Ni se puede negar que Pablo Safaric y Francisco Palaski, son, o fueron, dos verdaderos *genios*, que escriben la historia, que crean la lengua en que escriben la historia y que sacan del sepulcro viva, campante y con plena conciencia de su valor a la nación tcheca. Pero yo creo que Safaric y Palaski ya murieron. Ignoro, entre la multitud de autores que hay ahora, a cuál o cuales debo recomendarle. Ya haré por averiguarlo y se lo diré.

Basta por hoy y créame su afmo. amigo,

J. Valera.

## LXX

Viena, 18 de diciembre de 1893.

Sr. D. Narciso Campillo.

Mi querido amigo D. Narciso: Estamos ya cerca de Nochebuena y se acerca fin de año. Nada más natural ni nada que haga yo con más gusto que escribir a usted después de tan largo silencio, deseándole felices Pascuas y más feliz Año Nuevo.

Escribo a usted también buscando los antiguos amigos, porque aquí me aburro demasiado.

Estoy averiadísimo de salud y no tengo ya humor para contraer aquí nuevas amistades. Aquí es D. Luis el único que se divierte de mi familia. Hay magnificas mujeres, hermosotas, alegres y sentimentales, de la segunda, tercera y cuarta clase de la sociedad, que van por esas calles y plazas pidiendo guerra. Esto explicará a usted que D. Luis ande divertido. Pero yo no puedo ya ser más que moro de paz; mi posición embajadoril casi me fuerza a no ver

más que a la primera sociedad, que es inaguantable, conque imagínese usted qué vida la mía. La de mi mujer y mi hija casi es peor. Esto es muy digno, muy empingorotado; pero ni en sueños, ni en una horrible pesadilla puede nadie representarse algo más fastidioso ni más apestoso.

Vivimos en un verdadero palacio, en su piso principal, en el centro de Viena; pero en el centro las calles son estrechas y las casas tienen seis y siete pisos. Resultado: que desde hace dos meses no penetra ya la luz del sol y apenas si penetra la luz del día en ninguno de mis cuartos, y almuerzo, y leo y escribo con luz artificial a todas horas, de suerte que se me cansa la vista y estoy medio ciego.

Los criados son aquí más sucios, más torpes y más flojos que en España. Para hacer lo que hace ahí uno se necesitan aquí cinco.

Es maravilloso lo que se estudia por aquí, lo bien que está la Instrucción pública y lo de Escuelas que hay para todo. Sólo para aprender a hacer canastas hay en Austria (en la Monarquía cisleibhana) la friolera de 22 Escuelas, de las cuales, cinco son imperiales y regias (K. K. Karbflechtfachschulen), calcule usted, pues, la enorme cantidad de Escuelas que habrá de otras cosas. No las hay, sin embargo, de guisar, y a estas horas hemos mudado ocho o nueve veces de cocinero o cocinera, y cada uno o cada una que viene de nuevo nos sisa más y nos envenena más cruelmente. Todos, en esta casa, echamos de menos el puchero de ahí, el arroz a la valenciana, el bacalao a la vizcaína y hasta un buen potaje de judías.

No es esto decir que no haya por aquí bastante que celebrar y que admirar. Viena, de pocos años a esta parte, se ha cubierto de espléndidos edificios: el Palacio de ambas Cámaras, el nuevo Teatro de verso (como decimos ahí), los dos Museos, la Iglesia votiva, el Ayuntamiento, etc., excitan la admiración y la envidia. Las bellas artes florecen aquí, y la música sobre todo.

El emperador que, aun como particular, es riquísimo, protege y subvenciona dos teatros, gastándose al año, en cada uno de ellos, medio millón de pesetas, que resulta de déficit en el presupuesto, aunque son caros y siempre están llenos. Pero son pasmosos el lujo, la riqueza, la elegancia y primor de trajes y decoraciones. Y luego, aquéllo es un ejército de cantadoras y de bailarinas guapas, frescas y apetitosas.

De literatura no sé qué decir a usted. Lo alemán de Austria, que es lo que yo puedo conocer, no pasa, a mi ver, de la medianía. Claro está, que esta medianía es correcta, atildada, refinada y afiligranada a veces, porque aquí se estudia con más seriedad y ochenta veces más que entre nosotros. Pero nada que descuelle. Entre las mujeres hay verdadera plaga de escritoras. La que hoy más celebran se llama María de Ebner-Eschenbach, hermana de Ducky, el embajador de Austria en esa Corte.

De poetas (varones) hay uno muy elegante que me agrada. Se llama Fernando de Saar.

Como quiera que sea, el gran movimiento intelectual alemán no está en Austria, está en Alemania. Lo alemán de aquí se me figura como un brazo o una pierna separado de la cabeza y de lo demás del cuerpo. El pensamiento, la idea, la actividad mental se quedó por allí. Y con todo, este brazo alemán que por aquí hay, aunque algo rudamente, tal vez siguiendo muy sinceramente aquello de que la letra con sangre entra, cumple bien una alta misión civilizadora y educadora. De aquí que las gentes y lenguas tan diversas que están bajo el cetro de la casa de Habsburgo, y que muchas salen de la barbarie y algunas del yugo de Turquía, se despiertan ahora a la vida de la inteligencia y sacan a relucir sendas literaturas nacionales, que dicen que son originalísimas y que florecen hoy como a porfía. Hay, pues, una rica literatura húngara; otra, servo-croata; otra, tcheca; otra, austro-polaca, y hasta otra rutena. Los dramaturgos, los poetas líricos y épicos, los novelistas y los historiadores se cuentan por docenas en dichas nacionalidades; pero, como yo ignoro las lenguas en que se escriben, apenas puedo juzgar por artículos críticos y por algunas traducciones.

De todos modos, yo, en momentos de mal humor, entiendo que se escribe demasiado, y casi aplaudo al califa Omar, si es cierto que hizo la filantrópica barbasada de quemar la biblioteca de Alejandría. Algunos de estos autores exóticos son tan fecundos que ponen miedo. Hay uno que escribe de continuo hace cincuenta años, cuyas bodas de oro con la Musa va a celebrar con grandes fiestas Budapest, su patria, que lleva publicados más de cien volúmenes gordos. Este cuerno de abundancia poética y prosaica se llama Mauricio Jokai.

Adiós. Escribame y cuénteme cosas de ahí y, sobre todo, de sus andanzas. Expresiones cariñosas de los míos y créame su afmo. amigo,

*J. Valera.*

## LXXI

Viena, 24 de noviembre de 1894.

Mi querido amigo D. Narciso: Con mucho contento he recibido la carta de usted del 19, que se ha cruzado por esos caminos con una mía. Supongo que llegará a sus manos dicha carta, aunque iba dirigida a la calle de la Justa, y veo que la calle ha mudado de nombre o usted ha mudado de casa, ya que ahora me dice que vive calle de Ceres, número 5, a donde dirijo esta nueva epístola.

No extrañe usted que no haya cumplido yo mi promesa de escribirle a menudo. El niño de la hermosa gigantona Puerto Seguro... dió a usted infor-

mes exactos por mi desgracia. Sí, amigo mío, estoy bastante averiado y me parece que a pesar de la buena voluntad que tengo y de los esfuerzos que hago, acabaré por malograrme, sin llegar al año 1924, como usted me desea. Entre mis muchos alifafes se cuenta el de que voy perdiendo la vista y me cansa no poco el escribir, así es que ahora me valgo de mi señor hijo D. Luis que acaba de llegar de paseo, de... por esas calles, y que se presta muy cariñosamente a servirme de secretario privado.

Veo que tiene usted un concepto algo erróneo de este país, donde hace, en efecto, mucho frío en esta época; pero donde no hay nieblas como en Londres y donde suele brillar el sol tanto como en Madrid, cuando no llueve. Y si es verdad que llueve más que allí, también están los campos más verdes y más hermosos y con más arbolado. Pero la mejor verdura de esta tierra es la de las mujeres, verdura de que no gozo yo a causa de mi vejez y de mi estado honesto; pero de la cual gozan mucho los pollos. Y si he de creer a don Luis y a otros, esto es Jauja y, aunque pese a mi patriotismo, es menester confesar que por esas calles se ven muchas más mujeres hermosas que en Madrid, y todas tan altas, tan lozanas, tan robustas, que la misma Puerto Seguro casi es aquí un microbio. Pero dejemos esto de que apenas puedo yo hablar sino de oídas, porque ya, no sólo no tiento; pero ni siquiera veo.

Hágame usted el favor de decir a Fernando Fe que me envíe un ejemplar del Almanaque de *La Ilustración* para el año de 1895 y que me lo ponga en cuenta. Dígame usted también que me envíe un ejemplar de mi novela *El Comendador Mendoza* para un señor de aquí que quiere leerla y traducirla, así me ahorra usted el trabajo de escribir una carta sólo para eso, y así lograré yo leer esa vida de Plutarco que usted ha escrito y otros primores que me dicen han aparecido en el mencionado Almanaque.

Mucho me alegraré de que lea usted y apruebe las moralidades y las altas filosofías de mi cuento *La Buena Fama*, que, en efecto, como dijo a usted el joven Puerto Seguro, se publica en *La España Moderna*. El final, que es lo mejor, aparecerá en los primeros días de diciembre.

Escribame usted de vez en cuando y cuénteme de su vida y de sus andanzas y algo también de las novedades literarias y políticas más dignas de memoria y de escritura. Yo también cuando esté de mejor humor y el escribir no me cueste tanta fatiga, escribiré a usted por extenso y le comunicaré algunas noticias curiosas sobre esta tierra de bárbaros, como usted los califica, pero que tienen tantas Escuelas y Colegios y tienen tanta paciencia para estudiar, saben mucho más que nosotros, aunque suelen ser pesados como el plomo y carecen del salero que tenemos los andaluces.

A lo que parece, las mismas mujeres aquí tienen poca sal, pero, en cambio, Luis le dirá a usted lo que tienen, que yo no lo sé.



Luis toma la palabra:

*No estoy conforme con la afirmación de mi padre. Las mujeres de aquí tienen mucha sal, aunque no sea andaluza, sino alemana, o húngara, o croata, o polaca, o italiana, o una agradabilísima mezcla de todas estas sales o de algunas de ellas.*

*Tienen, además, muy buen palmito, mejor corazón y muchas ganas de divertirse, cualquiera que sea su tamaño, que no siempre es tan descomunal como lo pinta mi padre. Las hay para todos los gustos, casi todas guapas, y todas dispuestas a enseñar el alemán o la lengua que hablan a los pollos extranjeros. Ya comprenderá usted, señor D. Narciso, que yo me pase las horas muertas, o mejor dicho, muy vivas, hojeando estas gramáticas tan fáciles y agradables de estudiar. A pesar de la asiduidad de mis estudios no creo que regrese yo a Madrid hecho un poliglota. Por lo contrario, temo que se me arme una torre de Babel en la mollera, porque varío muy a menudo de gramáticas y de idiomas, cuando no se me ocurre estudiar varios a la vez. Así y con todo le estoy tomando mucha afición a las lenguas vivas, y, como dice mi padre, a veces me pasa lo que a Angélica, que*

*spesso avea più d'una lingua in bocca*

*Esta carta va siendo demasiado larga. Queden para otra ocasión más pormenores sobre los usos y la vida de las austriacas.*

*Mi padre y yo nos despedimos de usted hasta otro día, y firmando yo por ambos, quedo suyo afmo. amigo y discípulo,*

*Luis Valera.*

## LXXII

Viena, 25 de febrero de 1895.

Mi querido amigo D. Narciso: Días ha que recibí la grata carta de usted del 15. No he contestado antes porque estoy tan averiado y de tan pícaro humor que me fatigo por poco que tenga que hacer, y, además, no se me ocurre nada que decir divertido o interesante.

Nuestro amigo D. Luis Herrera es tan bueno, tan cariñoso y tan simpático, que no digo yo un prólogo sino cincuenta escribiría yo para complacerle. Su trabajo, además, merece aplauso y encomio. Vergüenza es y avergonzado estoy de no haberle escrito el prólogo en tanto tiempo. No tengo más disculpa que la de declararme incapaz como me declaro. En fin, ¿quién sabe? Acaso el vivo deseo que siento de cumplir con D. Luis me haga hacer un milagro a última hora. Difícil es, no obstante, decir sobre Virgilio algo que no esté ya

muy dicho o que no sea extravagante. Y ¿cómo no hablar de Virgilio y hablar sólo de la traducción?

Con la muerte del archiduque Alberto, héroe de Novara y vencedor de Custoza, se nos han acabado aquí los bailes, con grandísimo dolor de mis chicos. En cambio, vamos a tener unas exequias brillantes. El general Martínez Campos llegó anoche para representar a nuestra reina, más cercana parienta aún que este emperador del archiduque difunto. Buenos turroneos se van a comer los hermanos de nuestra regente con la muerte de sus dos tíos los archiduques Guillermo y Alberto. El archiduque Eugenio heredó el Gran Maestrazgo de la Orden Teutónica, con más de un millón de pesetas de renta, magníficos palacios, etc., y sólo con la obligación de conservar la virginidad. Y el archiduque Federico hereda ahora el mayorazgo de Alberto, con el cual será uno de los más ricos potentados no reinantes que hay en todo el mundo.

A Martínez Campos y a toda su comitiva los hospeda el emperador en su palacio. Anoche le esperaba en la estación el general barón de Kolh, que el emperador ha puesto a las órdenes del héroe de Sagunto, y se le llevó a palacio en coches de la Casa Imperial y Real Apostólica.

Siento mucho la penosa enfermedad de su señora de usted, así por el pesar que usted tiene, como por los gastos y trastornos que le ocasiona.

Escribame usted cuando pueda y no le canse, y cuénteme cosas de ahí, que siempre me interesan. Ya en otra seré más extenso y menos desaborido.

Adiós. Cariñosas expresiones de mi mujer, de Carmen y de D. Luis, que anda muy ocupado.

Soy su afmo. amigo,

*J. Valera.*

### LXXXIII

Viena, 15 de marzo de 1895.

Mi querido amigo D. Narciso: Tengo tal desorden en mi correspondencia que no estoy seguro (y no le extraña a usted) de si he contestado o no a la última carta de usted del 3 del corriente. En la duda, escribo a usted, no porque tenga yo humor de contarle nada, sino para moverle a que me escriba y me cuente cosas de ahí, que siempre me interesan o me divierten.

Es muy posible que Sagasta, con tantas calamidades públicas como se nos han venido encima, no dure ya mucho en el Poder, y vendrá Cánovas a salvarnos. Entonces no habrá más remedio para mí sino hacer dimisión y volver a vivir al piso bajo de la casa número 3 de la Cuesta de Santo Domingo. Allí, cuando usted me favorezca con sus visitas, echaremos largos párrafos sobre todo, y le contaré cosas de aquí que requieren mucha extensión para contadas por escrito, y yo tengo miedo, estropeada la mano y escribo difícil-

mente. Las cosas de ahí pueden contarse a escape, pues yo conozco escenario y actores. Así, pues, yo ruego a usted que no haga caso del desaliño y del laconismo y de lo desaborido de mis cartas, y me escriba más a menudo y sin imitar mi brevedad.

Si D. Luis no fuese tan flojo, yo haría que escribiese a usted. Él es quien aquí se divierte. Yo estoy encerrado en casa la mayor parte del tiempo. Tengo mil planes literarios, pero mi salud no consiente que los realice. Allá veremos si atino a escribir el prólogo para D. Luis Herrera y un cuento largo y fantástico-filosófico que se titulará *Elisa la malagueña*, ya compuesto todo él en mi cabeza. Será más profundo que *La buena fama*.

Adiós. Dé usted a Vidart cariñosas expresiones mías cuando le vea, y también a la ilustre y fecundísima doña Emilia, a quien supongo que visitará usted de vez en cuando.

Créame siempre su afmo. amigo,

J. Valera.

#### LXXIV

Viena, 8 de junio de 1895.

Mi querido amigo D. Narciso: Un siglo ha que no nos escribimos, y no sé quién de nosotros dos tiene la culpa. Ahora que ya se aproxima el día de mi vuelta quiero escribir a usted. Mi mujer y mi hija se nos adelantarán a Luis y a mí, y es casi seguro que estarán ahí el 18 ó el 19 del corriente. Vaya usted a verlas, que ellas agradecerán mucho su visita.

Luis y yo es probable que sigamos aquí más tiempo. Tal vez hasta los primeros días de julio no estemos en España. Tiempo tiene usted, pues, de escribirme y de contarme cosas de Madrid, a fin de que no llegue yo sin estar bien informado de las novedades, literarias sobre todo. De las políticas harto informado estoy por los periódicos, y veo que todo en ella es de lamentar, principalmente lo de la siempre fiel isla de Cuba, que nos va a costar mucho dinero y, al fin, la perderemos.

¿Qué me dice usted del discurso de recepción de Sellés en la Real Academia Española? Yo declaro que me he maravillado no poco de que se convierta el periodismo en un género literario. Tanto valdría decir que era género de literatura el imprimir tomos en folio, en 4.º o en 8.º, o el escribir en hojas volantes. Yo no comprendo el periodismo sino como uno de los diversos medios con que los escritores, de cualquier género que sean sus obras, pueden ponerse en comunicación con el público. Y cuando el periodismo no es esto, ya no es casi o no es del todo literatura, sino un oficio, una industria para dar noticias y publicar anuncios, telegramas y partes de defunción y de bodas.

En fin, escribame usted y cuénteme algo de ambas Emilias, de Sánchez

Moguel y de otros sabios. ¿Qué piensa y qué dice usted de las últimas poesías de Núñez de Arce, que por aquí no han llegado? ¿Qué nuevos autores aparecen y cobran fama?

Yo estoy tan averiado, tan viejo y tan cegato, que tengo ganas de retirarme de todo y de no hacer ya sino vegetar hasta que me muera; pero como la vejez engendra melancolía, necesito más que nunca el trato y conversación de los amigos, a fin de ahuyentarla. Espero, pues, que en Madrid nos vere-mos con frecuencia.

Créame usted suyo afmo.,

*J. Valera.*

### LXXV

Madrid, 26 de febrero del 96.

¿Qué es de usted, amigo D. Narciso, que no tuvimos el gusto de verle por esta casa en la noche del domingo? Estuvieron aquí Vidart, Ferrari, el conde de las Navas y los dos chichitos sabios, Restrepo y Ocantos. Todos echamos a usted muy de menos. Me alegraré de que este brillar de usted por su ausencia no haya sido por falta de salud. La mía es la que sigue siendo de-testable, y en estos días últimos se ha empeorado. Ayer estuve muy mal. Hoy estoy algo aliviado; pero en casa aún y aburridísimo, sobre todo por las no-ches. Así es que cuando usted no tenga nada mejor que hacer, de diez a doce, por ejemplo, y se sienta inclinado a hacer obras de misericordia, le agrade-cerá mucho que venga por aquí a ayudarle a bien morir con sus cristianas filosofías y a pasar un rato charlando, su afmo. amigo,

*J. Valera.*

### LXXVI

Madrid, 22 de agosto de 1896.

Mi querido amigo D. Narciso: Si no tuviese usted nada mejor que hacer le agradecería yo en el alma que se viniese hoy, a eso de las ocho y media de la noche, a comer conmigo en esta su casa. Creo que será a usted agrada-ble la compañía de Luisito, de vuelta ya de su excursión a Suiza. Para que usted no se enoje conmigo y me acuse luego de que le he tendido un lazo, confesaré aquí lealmente que me amenaza algo muy espantoso, que, fiado yo en la buena amistad de usted, deseo que comparta conmigo haciéndomelo llevadero, endulzándome la amargura del trance con la guasa más fina que Dios le haya dado. Se trata de que esta noche vendrá por aquí un prolífico, aunque hasta ahora poco conocido y menos aplaudido dramaturgo, a leernos un dramón de su fértil cosecha, no sé si en tres o en cinco actos. No se aco-



barde usted ni se arredre. Haga alarde de su generosidad y de su valentía, muéstreme una vez más toda la fineza de su constante amistad, y acuda resignado a tragar conmigo la píldora. ¡Quién sabe si Dios querrá premiar nuestra devoción y nuestro denuedo y hará que descubramos en el dramaturgo lector, que anuncio a usted, un Calderón, un Tirso o un Lope, o por lo menos, un Echegaray o un Dicenta.

Adiós; no me falte. Reciba mis gracias anticipadas y créame su amigo afmo.,

*J. Valera.*

LXXXVII

[Agosto, 1896.]

Mi querido D. Narciso: Adjuntos envío a usted, por encargo del doctor Thebussem, un programa carteril y el ejemplar de *Cuentos y Chascarrillos* que dedicamos a usted los otros tres redactores. Lleva mi firma y la del doctor. Recoja usted la del conde de las Navas.

El sábado que viene me han prometido María e Isabel Caracena venir a comer conmigo. Si usted quiere ser el cuarto en esta inocente y platónica *partie carree*, preséntese en esta casa a eso de las ocho y media, en el mencionado sábado, y con el buche vacío, y nos alegraremos y se lo agradeceremos todos.

Créame usted su amigo afmo.,

*J. Valera.*

LXXXVIII

Madrid, 23 de julio de 1897.

Mi querido amigo Campillo: A su debido tiempo transmiti a Carmencita las cariñosas felicitaciones que usted me enviaba para ella con ocasión de sus días. Pasados éstos, Carmencita y su mamá se largaron a Zarauz, dejándome solo. Por cartas que de ellas recibo sé que lo pasan bien en aquellos lugares. Luis sigue en la capital de Guipúzcoa, ayudando a Tetuán a salvar la patria y a defenderse de las reclamaciones norteamericanas. Para el 6 ó el 8 del próximo agosto pienso ir a reunirme con mi familia, y, aunque lo deseo, me asusta el viaje, porque estoy tan averiado y enclenque que recelo llegar malísimo a las orillas del mar Cantábrico.

Mis tertulias sabatinas y literarias siguen, aunque harto desanimadas y casi en cuadro. Apenas quedan ya más que Vidart y el conde de las Navas que asistan a ellas.

Apenas veo a nadie y no sé qué contar a usted que pueda interesarle y que por los periódicos no sepa.

Ya creo haber dicho a usted que María Caracena se fué a Adre con mi sobrina Adriana. Sé, por las cartas que a su familia escribe, que está muy contenta y remojando y refrescando su suave y tersa badana en las ondas azules de aquellos mares.

Escribame y cuénteme sus andanzas y créame siempre su afmo. amigo,

*J. Valera.*

LXXIX

Madrid, 28 de marzo de 1898.

Mi querido amigo D. Narciso: ¿Qué diablos le ocurre a usted que no logramos verle hace medio siglo por esta su casa? Supongo y espero que no será por falta de salud. La mía es ahora peor que de ordinario. Sobre mis demás alifafes me atormenta una feroz tos perruna y unos ahogos y silbidos asmáticos que me cansan de día y me desvelan de noche. Mis *sábados* están muy solitarios. Casi nadie viene a ellos. Anteanoche sólo tuve a Alcaraz y a Lomba. El conde de las Navas no viene porque ha tenido la desgracia de perder a su padre. Supongo que usted lo sabrá y le habrá dado el pésame. Yo estuve en el entierro y en el cementerio con mi hijo Luis. Después he visitado al conde.

No sé si he dicho a usted que la segunda edición de *Cuentos y Chascarrillos* (2.000 ejemplares) está ya lista, pero Fernando Fe se resiste aún a pagarla porque tiene 100 ejemplares de la primera. De esperar es, no obstante, que pronto la pague y entonces tendrá usted, sobre poco más o menos, unas 375 pesetas de que disponer.

Vamos a otra cosa: a un empeño que tengo que hacer a usted, y que le hago con mucho gusto para complacer y servir, si es posible, a mi amigo y compañero D. Francisco Fernández y González, quien, a pesar de las burlas malignas que contra él se dirigen, me parece varón excelente, afable y bondadoso, muy temeroso de Dios y muy abastado de doctrina. Así, pues, yo me alegraré de que usted quiera y pueda valerle y de que le valga, favoreciendo en las oposiciones de que es usted juez, a su hijo D. Juan Fernández y Amador de los Ríos, el cual, así como el Sr. Navarro Ledesma, son, según mis noticias, los dos mejores que hay en las tres docenas de opositores a las tres cátedras de Madrid, Badajoz y Teruel. Muy de veras celebraré, agradeciéndoselo a usted mucho, que salgan triunfantes y premiados mis dos recomendados, el Sr. Navarro Ledesma y el hijo de mi sabio compañero mal apellidado Don Hermógenes por los maldicientes.

Soy siempre de usted afmo. y buen amigo,

*I. Valera.*

LXXX

Madrid, 12 de mayo [de 1898].

Mi querido amigo D. Narciso: Mañana celebra sus días la señorita Nadine Radowitz y por la noche habrá bailoteo y *gandeamus* en la Embajada de Alemania. Yo no voy ya a ninguna fiesta, y mañana estaré en casa, como siempre, donde espero que venga usted a que echemos unos cuantos párrafos y mutuamente nos consolemos, procurando sacudir la melancolía. El único objeto, pues, que tiene esta carta es decir a usted que ni Carmencita ni doña Matilde asistirán mañana a nuestra pequeña tertulia y será menester dejar para otro sábado la lectura que ellas quieren oír, de la poesía *La Monja*, nuestra predilecta entre cuantas usted ha escrito. De ella he de tener yo cinco o seis copias entre mis papeles, pero dar con ellas me sería más difícil que sacar una perla del fondo de los mares. En fin, otro día se leerá *La Monja*, si usted trae nueva copia. No es esto decir que no se lea nada mañana, pero como seremos hombres solos, sería más a propósito algo de menos rústico y tétrico, algo de regocijado y alegre, propio de esta estación primaveral en que hay en el campo tanta verdura.

Adiós y créame siempre su afmo. amigo,

*J. Valera.*

LXXXI

17 de agosto [s. a.]

Mi querido amigo: Con mucho gusto he leído la crítica burlona de usted contra la *Epopeya* de Estébanez. No comprendo por qué Tamayo es antiliberal; pero, como lo es, hallo natural que escribiese tan pícaro poema en odio a la revolución. Y ¡cuán inútiles los tales poemas, aunque hubieran sido buenos! La revolución se desacreditó, al cabo, por su propia tontería, sin necesidad de que nadie escribiese sátiras contra ella.

Desde que nos encontramos a las dos y media de la madrugada, sin madrugar, en el paseo de Recoletos, en la noche del domingo al lunes, he estado muy malo, y aun lo estoy, si bien ya siento algún alivio. Una de las cosas que me joroban es que no puedo hablar. Mi voz es como de caña cascada; pero oigo y gusto de que me hablen. ¿Por qué no se viene usted por aquí a visitar al enfermo?

Adiós, y créame usted su afmo. amigo,

*J. Valera.*

LXXXII

Doña Mencía, 19 de septiembre [s. a.]

Mi muy querido amigo: Hasta ayer no he recibido la grata y lisonjera carta de usted del 13, a la cual me apresuro a contestar dándole las gracias más encarecidas por el favor que me hace y la muestra que me da de su aprecio, tanto más de agradecer ahora en que todos para mí son desengaños; en que soy de los caídos; en que siquiera han querido elegirme senador mis paisanos; y en que nadie se acuerda de mí para cosa buena, y casi estoy por decir que ni para mala, lo cual es triste aun para quien, como yo, prefiere el odio al desden y todo mal al olvido.

Aquí me tiene usted empleado en asuntos domésticos y rústicos, y con deseos de quedarme por aquí y no volver a esa Corte. A no ser por mi mujer y mis hijos no volvería, convirtiendo mi casería del Alamillo, *si licet in parvís*, en mi Taulada. Pero a pesar de mi prurito de remedar a Ruiz Zorrilla, a Espartero o a Cincinato, tendré que volver a Madrid antes de que termine este mes. Ahí nos veremos.

Entre tanto, vuelvo a decir a usted que acepto con gusto y con orgullo la dedicatoria de su libro, y que estoy ya impaciente por verle y leerle, seguro de que será bueno y tendrá mucho de nuevo, en cuanto cabe.

Soy siempre de usted afmo. y verdadero amigo,

*J. Valera.*

LXXXIII

11 de junio [s. a.]

Mi querido amigo: El joven D. Carlos Fernández Castilla, hijo de los condes de Fuente de Salce, a quienes quiero y estimo, es buen estudiante, aplicado y listo; pero, a lo que parece, está muy asustado de la severidad de usted, y su madre teme que pierda la serenidad en los exámenes de Retórica a que debe someterse uno de estos días. Yo ruego a usted que tranquilice a mi recomendado a fin de que responda, como espero, con desenfado y acierto y muestre su capacidad y sus buenos estudios; y si por acaso no fuese así, pido a usted la mayor indulgencia posible, en la casi seguridad de que no tendré que emplearla, aunque, fiado yo en su buena amistad, no dudo que la emplearía si fuera menester.

Créame usted, recibiendo anticipadas gracias por este nuevo favor, su afmo. amigo,

*J. Valera.*



LXXXIV

18 de junio [s. a.]

Mi querido amigo D. Narciso: Antoñita me mueve a escribir a usted reiterando el empeño grandísimo que tiene en que salga airoso de los exámenes, por que debe pasar, el hijo de la duquesa de Sessa, su muy amiga. Complázcala usted, aunque el chico no sepa. ¿Qué importa que un futuro duque de Sessa no sepa psicología ni literatura?

Válgame usted en este empeño y créame su afmo amigo,

*J. Valera.*

LXXXV

Madrid, 7 de junio de 1903.

Sr. D. Francisco de Borja Pavón.

Muy estimado señor mío e ilustre paisano: Con mucho contento he recibido la amable carta de usted, por la que veo que mi hijo cumplió bien mi encargo de hacer a usted una visita, ofreciéndole mi amistad y mi respeto como a decano y patriarca de los literatos cordobeses.

A pesar de que en España se lee poco y a pesar de que la fama no suele ser, entre nosotros, ni voladora ni vocinglera para los que viven en provincias, sin que se toquen para ellos los estrepitosos bombos de los periódicos de gran circulación, yo tenía desde hace años, muy buenas noticias de usted y le contaba entre mis compatriotas de mayor mérito en esa provincia.

Algunos notables hijos de ella, nacidos en esa misma ciudad, me habían hablado de usted con grandes elogios, señalándose en esto el padre Julio Alarcón, de la Compañía de Jesús, poeta y músico excelente, predicador discreto y escritor infatigable. También me habían hablado de usted varias personas que estiman y aprecian, como se merece, al Sr. D. Angel María de Barcia Pavón, que, según me dicen, es de usted sobrino, y cuyos conocimientos artísticos y arqueológicos son muy ensalzados.

Como quiera que ello sea, he de confesar aquí, con franqueza, pero bastante avergonzado, que no conozco ni poseo ninguno de los escritos de usted, dados, sin duda, a la estampa, si bien le cuento, por lo que todos me aseguran, entre los mejores ingenios contemporáneos de esa provincia, cuya fecundidad en este punto demuestran Angel de Saavedra, Amador de los Ríos, Francisco de Paula Canalejas, Alfredo Adolfo Cannes, Luis Ramírez de las Casas Deza, Feliciano y Rafael Ramírez de Arellano, Antonio Grilo, Manuel Reina y no pocos otros.

En el alma me alegro de que mi hijo fuera a visitar a usted. Viene muy

satisfecho y pagado de la benévola acogida que en la casa de usted tuvo y por la cual doy a usted encarecidas gracias.

Me ha dicho mi hijo Luis que usted se acordaba de mi padre, cuando estuvo ahí de gobernador civil, o de subdelegado de Fomento, como se llamaba entonces, hacia el año de 1834. También me ha dicho, interesándose yo en oírlo, que conoció usted y trató a mi hermano Pepe. Yo era entonces muy niño y por eso no me conocería usted ni trataría. Tampoco yo personalmente le recordaba, aunque conservo algunos claros y gratos recuerdos de aquella edad. Recuerdo, sobre todo, a mi excelente maestro de dibujo y pintura, el cual vivía en frente de nuestra casa, que era la del marqués de Cabriñana. Y aunque yo nada aproveché nunca en aquella arte, para la que Dios no me había criado, yo admiraba y quería mucho a mi mencionado maestro, que era D. Diego Monroy, a quien considero aún como aventajado artista, muy original y castizo. Poseo una copia, no muy mala, de un cuadro suyo, donde, cuando yo aun no estaba ciego, me complacía en ver no pocas de las excelencias y primores de la antigua escuela pictórica andaluza: algo de Velázquez combinado con algo de Murillo. Representa el cuadro, de que tengo copia, a un hombre que vende melones y a varios muchachos que están comiendo de dicha fruta.

En fin, y para no cansar a usted con más larga carta, terminaré afirmando que, lejos de ser yo un cordobés descastado y *foragido*, gusto mucho de mi tierra y me complacería vivir retirado en ella en los últimos años de mi vida; pero el hombre propone y Dios dispone, y mi voluntad ha sido siempre harto débil para marcarme el camino que he de seguir y para no dejar que las circunstancias me lleven a donde ellas quieran como a la cotorra del tan conocido cuento.

Aprovecho muy gustoso esta ocasión, tan lisonjera y grata para mí, y ofrezco a usted el testimonio de amistad y alto aprecio con que soy su atento y s. s. q. l. b. l. m.,

*J. Valera.*

## LXXXVI

Sr. D. José del Castillo y Soriano:

Mi distinguido amigo: Perdóneme usted la tardanza en contestar a su muy amable carta del 7 de diciembre y en darle encarecidas gracias por el presente que me hace de un ejemplar sobre Núñez de Arce. Válgame para disculpa lo muy quebrantado que estoy de salud y la pérdida de mi vista, que me impide leer y requiere que tenga yo lector a propósito para que me lea, y más tiempo y reposo para la lectura que los que pueden leer y leen con sus propios ojos.

Conforme yo, en todo, con cuantas alabanzas da usted a D. Gaspar, con cuya amistad me honraba, cuyo talento poético he admirado siempre y he ce-

lebrado en mil ocasiones, hasta proponiéndole espontáneamente para un alto premio que, sin duda hubiera alcanzado si no le estorba su muerte, nada tengo que añadir a lo que usted dice, sino que me parece dicho con entusiasmo cariñoso que no turba la serena imparcialidad del juicio, y con el debido buen orden, claridad y elegancia. En su libro de usted sólo hay una afirmación, dicha de paso, sobre la cual tendría yo que rectificar algo, si pudiera extenderme aquí y convertir en disertación esta carta. Me limito, pues, a decir que en la contestación que di al discurso de entrada de Núñez de Arce en la Real Academia Española no sostuve tesis contraria a la suya. Lo que hice fué modificarla, movido por mi espíritu más ecléptico y crítico que dogmático, y movido también por mi amor a la Patria. No hubieran impuesto a pueblo tan brioso y señor de sí como el español, ni los Reyes Católicos, ni Carlos V, ni Felipe II un Tribunal tan cruel como el Santo Oficio, si no hubiese habido en España, cuando no la gran mayoría de la nación, la más enérgica porción de ella que excitase y moviese a los reyes y a los gobiernos. Mucho menos se pueden atribuir tales tiranías e imposiciones a monarcas tan débiles y marchitos de voluntad como Felipe III y Carlos II. El fanatismo y la intolerancia fueron, por desgracia, entonces muy populares entre nosotros: fueron enfermedades endémicas. Y aun para esto encuentro yo disculpa, coincidiendo y no discrepando de la opinión de Núñez de Arce, que toma en consideración *la rudeza de los tiempos*. En efecto, si hiciésemos cálculos estadísticos, sin duda probaríamos que, por causas de religión, sin necesidad de Santo Oficio, se han perseguido, se han quemado vivos y se han asesinado más seres humanos y se han cometido más crímenes y atrocidades que en España, en Francia, en Alemania y en Inglaterra. Así atenúo yo en mi contestación, defendiendo a España, el aserto de Núñez de Arce que, sin querer, nos tilda de más crueles y feroces que los demás pueblos cuando dice que en nuestra tierra «se inauguró la más siniestra y prolongada persecución religiosa que registraron los anales de la Humanidad, desde la caída del paganismo».

Sobre lo que influyó el fanatismo en la decadencia de España habría también no poco que decir, empezando por esta pregunta: ¿Por qué no decayeron, sino que prosperaron, otros pueblos no menos fanáticos? ¿Fueron más partidarios de la libertad de conciencia que el propio Torquemada, Calvino haciendo ajusticiar a Servet, o el parlamento de Tolosa quemando vivo a Vanini después de arrancarle la lengua a tirones con unas tenazas?

Pero prescindiendo ya de esta cuestión, que pudiera llevarme muy lejos, fatigando a usted con la lectura de esta carta, la termino dando a usted mi parabién por la hermosa muestra de admiración y cariño que ha dado al insigne poeta.

Queda siempre de usted agradecido y afmo. amigo,

J. Valera.

# LAS DIFICULTADES ECONÓMICAS EN ESPAÑA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVII Y LAS SOLUCIONES PARTICULARES

## ARBITRIO PARA REDUCIR EL VALOR DE LA MONEDA DE VELLÓN

SUMARIO: 1. La transformación económica en España durante el siglo xvi. 2. Texto del arbitrio del licenciado Agustín Pérez sobre la moneda de vellón para deshacerla. 3. Determinación aproximada de su fecha.—4. Los arbitristas sobre cuestiones del vellón.—5. El poder público y la moneda del vellón.—*Comentarios*: 6. Contradicciones de Agustín Pérez. 7. Juicio sobre el vellón de su tiempo y necesidad de esta moneda. 8. Política de Felipe II y de las Cortes Castellanas.—9. Felipe III, la política monetaria y la representación nacional.—10. Mención de algunos arbitristas del reinado.—11. La labranza de vellón en los reinos extraños, en bosques y en poblados, el *stock* de ella en el país y el premio del cambio.—12. La ley Gresham.—13. Ejemplos de la propuesta en sentido alternativo; las pérdidas y el descrédito. *Los vicios como base de ingresos*: 14. Las compensaciones de los delitos por dinero; referencias a nuestra legislación de la Edad Media; el arbitrista anónimo de 1541 y la cédula de Felipe II sobre injurias y denuestos.—15. Antecedentes de las filiaciones en las cárceles. 16. Las visitas y los jueces y escribanos: el juez, las penas arbitrarias y los comentaristas. 17. El pago a los asentistas.—18. Los derechos de los escribanos.—19. Las especies comestibles y las infracciones en calidad, cantidad y precio; el perdón a algunos oficiales de gremios y referencia a hechos análogos en ferias y en mercados.—20. Castigos pecuniarios a ladrones, rufianes, jugadores y vagabundos.—21. Los años de esterilidad y los de peste.—22. Los pretendientes varios y los irlandeses.—23. Los indultos.—24. Los gitanos.—25. Legislación en las Leyes recopiladas.—26. Disposiciones de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte.—27. Los comentaristas.—28. Las galeras.—29. Las ramerías y mujeres deshonestas.—30. La administración en este ramo.—31. La Casa pública.—32. Los comentaristas y las obligaciones de los funcionarios, con las exenciones de las ramerías y sus deberes.—33. Los conciertos en las iglesias y la cédula de 1622.—34. Distinción entre mendigos por oficio, vicio o necesidad; referencia a escritores anteriores.—35. Las comedias y los Corrales de la Corte; rendimientos y aplicación; los Hermanos de San Juan de Dios y su conducta en el Hospital de Antón Martín. 36. La reparación de los hospitales y la organización de la limosna.—37. La administración de las fundaciones y mandas pías.—38. Elementos que contribuyen a la formación del capital.—39. El espíritu de caridad y la actuación del Concejo madrileño.—40. Las sisas, los millones y la visita al Concejo.

1. La transformación económica de Europa en el siglo xvi se había operado, como era natural, en España y de ello eran muestras, entre otras notas características, el desenvolvimiento de las finanzas de Estado, las rentas constituidas por la Corona y los particulares sobre las fortunas privadas, transmitidas éstas íntegras efecto de los mayorazgos, el rápido desenvolvimiento del comercio, con nuestra enemiga, así a éste como a la industria, disparejo de la labranza, menguada por la ganadería, más protegida, que crece a su costa. El laboreo de las minas americanas precipita, con la aflución de los metales preciosos, la depreciación del numerario, multiplicado por las acuñaciones, reduciendo la potencia adquisitiva del dinero, al mismo tiempo que los monarcas operan sobre la moneda,



alteran la ley del vellón entre otras de esta condición y lo imponen luego en los pagos a negociantes y asalariados, con las consiguientes medidas de los perjudicados a título de compensación. Se nota en las ciudades, donde se concentra tanto la población de los campos, la decisión por su independencia económica en la aceptación del encabezamiento, la tendencia a generalizar los *pechos* y recabar mercados locales, y nuestros dos primeros Austrias dan muestras repetidas en sus dominios de sus inclinaciones a la igualdad tributaria. Las guerras continuadas y a gran coste y la política internacional de compra-venta, eleva los presupuestos a sumas desconocidas hasta entonces para cubrir aprestos de luchas y presentes y pensiones a los hombres de Estado, teniendo que recurrirse a los empréstitos en varias formas, que facilitaban los banqueros de la época, por haber concentrado en sus manos el capital esparcido. La heterogeneidad de los impuestos y su elemental organización crecía el coste de percepción del tributo y dificultaba el conocimiento ni aproximado de la capacidad de pago del país, hecho más sensible cuando llegó para particulares y entidades privadas y públicas la liquidación de toda clase de deudas. Fueron también características la falta de conceptos claros del cambio internacional, la retención en el país de los metales preciosos, la necesidad de poblar América, las ventas de los bienes de la Corona y de colectividades oficiales o relacionadas en algún modo con ellas, la representación nacional, inhábil por su composición en cuestiones económicas, el lujo y la imitación en los menos pudientes, la venalidad en las funciones públicas, el celibato, la ociosidad, el espíritu aventurero y los casamientos tardíos, sin embargo de la fortaleza de la raza.

Tales son la situación y los factores con que cuenta en su nacimiento el siglo xvii, (1) que, sucesor de la centuria precedente, acrece su haber con la expulsión de los moriscos, que no conseguimos fusionar, y eran para el poder motivo racional de desasosiego.

\* \* \*

2. Ante tal estado de cosas presentaba su arbitrio el licenciado Agustín Pérez, acaso natural de Madrid o cuando menos vecino o residente por largos

---

(1) Jénnet.—*Les grandes époques de l'histoire économique jusqu'à la fin du XVI siècle*. Cortes de Castilla en el siglo xvi. (Edición de la Academia).

Haëbler.—*Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI*. Tr. Lai-glesia, 1899.

Espejo, C. y Paz, J.—*Las antiguas ferias de Medina del Campo*, 1912.

Avenel, G. de.—*Histoire économique de la propriété...* Paris, 1894-1898, t. I. Introducción.

Colmeiro, M.—*Historia de la Economía política en España*, 1863.

Rivero, C. M.<sup>a</sup> del.—*El ingenio de la moneda de Segovia*, 1919.

Shaw, W. A.—*Histoire de la monnaie*. Paris, 1896.

Archivo de Simancas, *Contadurías generales*, leg. 309. Decreto de suspensión de consignaciones. Madrid, 1 de septiembre de 1575.

Wagner y Deite.—*Histoire de l'impôt depuis l'antiquité jusqu'à nos jours*, I.

Archivo de Simancas, *Contadurías generales*, leg. 300. Decreto de suspensión de consignaciones de 29 de noviembre de 1596.

Archivo de Simancas, *Consejo y Juntas de Hacienda*, leg. 380. Informe de Juan Cabrera de Córdoba sobre intereses de intereses. Madrid, 7 de septiembre de 1598.

Archivo de Simancas, *Consejo y Juntas de Hacienda*, leg. 12. Carta del emperador a los

anos en la Villa. Es entre los proyectistas que trataron la cuestión batallona de la moneda de vellón, uno de los que merece lugar preferente, atrayendo la atención por algunos de los juicios que emite en la materia y aportando noticias de valía a la historia de las instituciones económicas y administrativas.

Se titula «arbitrio de la moneda de vellón para deshacerla» y desarrolla todo un plan acerca del medio propuesto. (1)

Titulase el arbitrio, como dijimos, «sobre la moneda de vellón para deshacerla», y el autor, proponiendo por este medio alcanzar premio en armonía con las advertencias ofrecidas, presenta al efecto un discurso declarando suficientes, a su juicio, los modos de realizar el cometido y las ventajas que conseguiría S. M. en cosas de mayor consideración.

En el discurso demostrativo de la conveniencia de deshacer tal moneda y fabricar otra, desarrolla el arbitrista la materia en dos capítulos, tocando otras varias cuestiones.

Es el primero «de las causas de haber moneda, valor que debe tener y daños que causa en Castilla la de vellón».

Discurre sobre el invento de la moneda para suplir el defecto de la permuta por ser tan desiguales casi siempre los precios y valores de las cosas que corren en el comercio, y a este efecto se tomaron los metales más honrados y propios para el caso—oro, plata y cobre—, fundando valores pequeños, altos y mayores, los que, sencillos o doblados, llegasen a valer y a ajustarse a cualquier precio. Estos valores o pedazos de metal vinieron con el tiempo a llamarse monedas,

---

señores del Consejo de Hacienda, 1536. Escribanía Mayor de Rentas. Condiciones de los encabezamientos sucesivos. Como impuestos había en todo el curso del siglo xvi: moneda forera, galeotes, salinas, servicio ordinario y extraordinario, servicio de montazgo, diezmos de la mar y derechos de almirantazgo, tercias, alcabalas, almojarifazgo mayor de Sevilla, subsidio, puertos secos, cruzada, minas, seda, maestrazgos, almojarifazgo mayor de Indias, naipes, lanas, gracia del excusado, renta de población, millones, solimán.

Por el régimen de alcabalas y unidas a ellas, figuraban algunas pequeñas rentas, tales como las de cal, yeso, teja y ladrillo de Guadalajara, almadrabas de Cádiz, fueros y derechos de los barrios de Salas, diezmo viejo del Segura, orchilla de Canarias, sultanías, agueta y habices de Granada, primicias de Alfaro, herrerías de Vizcaya, derechos del 6 por 100 de la Isla de la Palma y alfarda.

Como ingresos varios: Derechos de acuñación de la moneda, penas de Cámara, confiscaciones, multas y embargos, sacas, derechos de Cancillería, derechos de fianzas, derechos de cambio y banco, ventas, empréstitos y donativos, albaquías.

Las ventas en la centuria tienen en su extensión los reinados del emperador y de D. F - lipe, y como períodos, los limitados por los años 1536, de prólogo, 1571 y 1582 de ventas en masa.

(1) Nuestra diligencia no ha conseguido hallar dato alguno biográfico acerca del autor del arbitrio, sin embargo de haber examinado gran número de biografías y bibliografías o realizado las oportunas investigaciones pertinentes al caso. Podemos sospechar sólo que podrá ser un Agustín Pérez, de Almagro, que en los años de 1575 a 1577 figura en la Universidad de Alcalá u otro del mismo nombre y apellido de Pedrosa, en 1573, ambos en «Pruebas de Curso». También pudo ser el licenciado Pérez, presbítero y natural de Madrid, a quien se debe la «Relación sumaria de la fiesta y procesión que se ha hecho en la Corte, de la canonización del obispo San Andrés Corsino... el año 1629, citado por Gallardo en su *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*. Madrid, 1863-1889, 4.ª mayor. La circunstancia, además del apellido patronímico que ostenta el autor y el desconocimiento del segundo, contribuyen a hacer más dificultosa la busca. De todos modos se desprende del contexto del arbitrio que Agustín Pérez debía vivir en Madrid tiempo hacía, pues no de otro modo se comprende lo bien impuesto que estaba en las cuestiones más o menos administrativas de la Corte de España.

Archivo de Simancas, *Diversos de Castilla*, leg. 1, fol. 81.

declarando los príncipes con sus insignias el peso y valor del trozo para que no hubiese necesidad de pesarlos en cada cambio. Por acuerdo común de las gentes se usó el que la moneda no valiese ni más ni menos que valía el metal de que se fabricaba. Así «una libra de reales no valía más que una de plata en pasta, excepto el coste de la fábrica della». La razón de esto fué por no tener la moneda otro oficio ni sustancia que la igualación de precios en todo lo humano; por eso llamaron dios al dinero, y aun dijo un poeta «que el que tenía dinero tenía a Júpiter en el arca»; por ello queman al monedero falso que falsea la fe pública, y por ello «ha de ser corriente, llena en su valor, que ni falte ni sobre». Si tuviere dos oficios, uno de ajustar los precios y otro de valor por sí, no sería dinero, sino mercadería. El príncipe que mira por los acomodos públicos—dice Aristóteles—es tal príncipe y no tirano y mercader, como cuando lo hace por sus acomodos particulares. Así, cuando considera a las ventas más en sustancia, la moneda tiende a su provecho, es tirana, mercadería y no moneda. Sucede con ella lo que con los oficios, que no se pueden tener dos para mejor gobernarlos. «La vida del comercio es la moneda; si la quitais las tres partes del valor, matais el comercio.»

Nuestro cuartillo castellano de cobre dicen que vale 8 maravedís, mas en justicia que aún no vale dos, «pues tanto ha de valer una libra de cuartillos o quartos como una de cobre, en caso contrario, no es moneda, sino mercadería violenta que con *estanco* sube su precio»; por esta razón y causa los agravios son los siguientes:

1.º Atenta la ganancia habrá muchos en el reino que labren tal moneda en secreto. 2.º Labrarán mucha mayor cantidad que para lo que estén autorizados, y 3.º Por lo mismo se dice que los extranjeros lábrarla en su tierra y la meten en la nuestra con pecado para la Corona, pues tendrán pena de monederos falsos, y si no se estorba, se consiente en ello. El soberano está obligado no por leyes civiles, sino por razón natural a mirar el bien común, templando las cosas según corriesen los tiempos en su república. Puede quitar la moneda, si conviene, como hizo Licurgo. Puede bajar o subir el precio de ella conforme corriese el de la plata entre las gentes. Si mirando el reparo de alguna necesidad subió el de la moneda, acabada ella ha de volverla a su centro y valor natural, del mismo modo que si quitarse a lo público o particular la casa o viña tendría obligación de pagarla; así debe tornar al comercio el precio que tomó en la moneda. Se ha visto hacerla de suela de zapato y, acabada la necesidad, quitarla, pagándola en verdadera moneda; en sustancia, no fué aquella sino cédulas en que el príncipe aseguraba el pago concluída la necesidad. De sustentarse esta moneda en la Corona de Castilla, nace una gran infamia: que valga como tal el cobre que labren los extranjeros, con menoscabo de buena reputación en que consiste el ser del príncipe.

Lo segundo vemos—dice—se subió la moneda de cobre de 4 a 8 maravedís, cuando no tenía la pasta tal valor, crecimiento que debió darse a S. M.; subióse la de oro 40 maravedís por escudo, en justicia, porque su pasta tenía más valor que amonedada y diósele su exacto precio, sin que tal crecimiento le tomara tampoco S. M., dejándole «a los que tenían el oro, lo cual también es contra la reputación de buenos consejos».

El tercer agravio es que la república siente daño con la carga de esta moneda por la necesidad de reducirla a plata o andar de una parte a otra con tal carga, convencida de que al fin volverán las cosas a su centro, perdiendo los



dueños por el menor valor de ella. «El rey de Portugal—dicen—tenía subida la moneda de cobre en su reino», donde valían las monedas grandes a 10, las medianas a 5 y las otras a 4, siendo así que en sustancia era mucho menor, con lo cual creció con violencia su número en el reino y bajaron las de 10 a 3, las de 5 a uno y medio y las de 4 a uno.

El segundo capítulo se contrae al «modo que se podía tomar para deshacer la dicha moneda». Se consideran dos cosas: la primera el modo, la segunda, forma de satisfacer a las personas que la poseyeren.

Cuanto al modo hay dos maneras de deshacerla: La primera dejándola en su especie y bajándola a su precio verdadero en armonía con el del cobre, caso como el del rey de Portugal, ya citado. En esta forma debe pregonarse en cada ciudad o villa la disposición para que los que tuviesen moneda en ellas o en su tierra vengan a registrarla, so pena de pérdida, pasado el tiempo que se determinare. El pregón tendría lugar en el mismo día en cuantos poblados corriera. Se registraría poniendo en cada saco o envoltorio el nombre del propietario y el peso, su almacenaje en aposento determinado y entrega al dueño para su garantía del oportuno recibo con expresión de su nombre, peso o número de cuartos de vellón. Concluido el registro se pregonaría la baja de tal moneda: el cuartillo de ahora, de 8 maravedís, quedaría en 2; el de 2 en una blanca. Pero es de advertir que el cuarto viejo, conforme a razón, tenía 2 maravedís y medio de plata, excepto algunos que carecían de esta aleación; eran falsos y se llamaban del fraile. Bajada la moneda en su ley y restituídos a sus dueños los sacos, se les daría otra cédula, suscrita por el escribano de la ciudad o villa, expresando que fulano dejó en tal población tanta moneda de vellón y, por haberse rebajado, la villa le adeuda tal otra suma, datos que se sentarían en un libro con expresión de folio, añadiendo se dió la expresada cédula, y quedando obligados los respectivos centros de población a satisfacer la suma relatada en la forma que luego se apuntará.

Será la segunda manera la de deshacer la moneda totalmente, y realizado en parte llevar la pasta a la acuñación y fabricar otra valiosa de plata y cobre: un marco de plata, con 5 libras de cobre, harán 100 reales de cuartillos.

Sería sumada la cantidad de moneda de cobre existente en cada lugar, villa o ciudad con su tierra respectiva, registrándola para que no se aumentara desde que comenzó éste, sellándola toda ella con las armas del correspondiente centro de población, a fin de que no se aumentara y «mandar que los cuartos de Madrid y su tierra pasen y tengan valor sólo en Madrid y su tierra y lo mismo en las otras ciudades o villas, y todo se haga en un tiempo».

Tomada, pues, la suma de los cuartos que hay en Madrid y su tierra, que presupondremos en 400.000 ducados como tipo, por el primer camino señalado pagaríamos 300.000 ducados y por el segundo toda la suma.

«Del modo de pagar la quiebra de la dicha moneda» es el contenido del capítulo III, que sirve en este estudio de complemento importante a la materia anterior.

Dice el arbitrista, continuando la exposición de su asunto, que en cada ciudad o villa se haría un arca donde se echaría la moneda suficiente hasta pagar todas las cédulas o tantos cuartos hasta poder deshacer los mencionados. Agrega que él tenía considerada la forma para poder juntar en poco tiempo una cantidad de dinero bastante para consumir la moneda de vellón, mas ha visto otras necesidades mayores y ésta no es tan precisa que, dándole un modo suave, deje de



conseguirse por otros medios el intento. Que el hombre ha de valerse en la necesidad de todas las artes lícitas; quien no tenga uñas de león procure valerse de la cabeza de raposa; no se desdeña el labrador de usar del estiércol para sus huertas, ni olía mal a Vespasiano el dinero que le pagaban de las inmundicias.

Si ninguna mercadería hay tan a propósito para fundar en ella un tributo como son los vicios, de la cual está la república bien abastecida, ella nos dará el rendimiento suficiente para pagar la moneda que hayamos de retirar de la circulación. Ejecutemos las leyes y pragmáticas, y por el tiempo que durare el pagar los cuartos frenemos los delitos, juntando así dinero, aun sobrado. Sería cosa muy hermosa obligar los pecados a que matasen el pecado; de esta manera haríamos dos bienes: limpiando la república de vicios por el mismo medio que la limpiábamos de la mala moneda. Hacer verdugos unos vicios de otros sería gallardía que redundara en el crédito de S. M. y de los señores de su Consejo que lo ordenaran.

El medio abraza dos partes: los delitos ordinarios que llevan aparejada cárcel, y otra la visita general de todos los pecados públicos y la de los oficios.

En relación con las cárceles, debe haber libro donde se asienten todos los delinquentes que entren en ellas, comprensivo de penado, delincuencia y escribanía, condenándoles en dinero, conforme a su transgresión, conmutada en pecunia, exceptuando, si así pareciese, los que por ser atroces no debieran someterse a esta regulación. Los jueces guardarán leyes y pragmáticas, ante el riesgo de ser visitados y pagar a su costa las faltas cometidas, y los escribanos harían bien su oficio, como diremos luego. Asentados los presos en el libro con el detalle expresado, se asentarían a su vez las sentencias y el depósito del dinero, y otro registro, con los mismos datos, estaría en el arca receptora de los depósitos, de la cual tendría una llave el contador o persona encargada de tal cometido.

La segunda parte del plan propuesto había de consistir, como ya apuntamos, en visitar los oficios e inquirir los delitos públicos que se cometieran, condenando a los pecadores conforme a pragmáticas y leyes, en la forma cuyas particularidades expondremos. Siendo más los delitos que los cuartos, fácilmente serían consumidos éstos o las cédulas, tornando las cosas a su ser y estado anterior, henchido el registro.

El arbitrio lo juzga su autor de suave y sin perjuicio para nadie; sin pérdida para el rey y el reino porque los delitos sean pecuniarios; provechoso para el delincuente que ha de purgar su delito si ha de pagarlo mejor que en el cuerpo en la bolsa; indiferente para el juez, a quien ha de importar tanto sentenciar en dinero o en otra pena; a los alguaciles, fieles, Cámara, estrados, gastos de justicia, porque no habían de tener mermas en sus derechos respectivos. Como las penas son arbitrarias, se ha de considerar que en cualquier delito el juez pudo absolver y nada correspondía a tales perceptores. A los alguaciles, fieles y denunciadores es justo pagarles su trabajo. Los estrados y la Cámara prestarían paciencia, que el bien público se ha de anteponer al privado, y en servir a Dios y al rey y honrar nuestra patria y república se gana mucho, con escasa pérdida y por corto tiempo.

Ante la pretensión de quien quisiera arbitrio liso y llano merced al cual, sin tocar en penas ni otras cosas, se deshiciere la moneda de vellón, contesta que si para ir a Toledo sabe el pasajero camino cierto y seguro, no ha de procurar, por imposible, que Toledo se venga a él; que no ha de haber milagro en aquello que

se pueda alcanzar por la vía natural. El arbitrio es suficiente para alcanzar la pretensión, y aquello se llama perfecto, que consta de todas sus partes.

Si yo tuviera muchos millones, dice nuestro licenciado, no los gastara en deshacer los cuartos, teniendo este camino, ni en pagar los 18.000.000 de ducados a los hombres de negocios, sobre cuyo asunto fué inventado el Médico general. Los cuartos deshiciera sin que me costara nada y pagaría a los asentistas, a juicio de los buenos juristas, con otras mayores sumas que ellos deben. S. M. ha de cumplir los asientos, pues dio su palabra; pero mejor decía Agesilao: al que pide es conveniente pedir cosas justas, que el rey no debe cumplir cosas o promesas injustas. Si las necesidades obligan a que no se pueda vivir sin los asentistas, pues tienen el dinero y lo dan en Italia y Flandes donde lo habemos menester, no debe repetirse el cuento del labrador y la víbora helada de frío, aunque se tenga duelo de la desgracia y la vida consista en la caridad.

Volviendo al propósito, esta visita general de vicios se ha de hacer con escribano, y porque podría aplicar a su oficio, como suelen, la mitad del rendimiento, comience la visita por ellos, poniéndolos en razón para que no dañen.

Los escribanos llevan derechos en tres maneras: por pleitos, escrituras y autos. Si la pragmática de los derechos les produce tan poco que no pueden sustentarse, ampliéla, y si es suficiente, déjenla. Dicen que no hay remedio para que guarden ninguna, y que en los pleitos, la parte que menos paga, tiene menos justicia. Tal estado de cosas lo remediaremos así: en cuanto a los pleitos, el escribano tenga obligación de criar el que ante él se pusiere, sin llevar derechos algunos hasta la sentencia definitiva o hasta que se concierten las partes; luego vaya al tasador y diga los reales que merece y se extenderá resguardo del pago efectuado por los derechos conforme a tasa que firmará debidamente. Si se excediera de modo directo o indirecto perderá el oficio y será condenado por falsario, y la parte que le gratificare en algún modo, perderá a su vez el asunto y dará para el arca otro tanto de la cuantía litigiosa. En las escrituras y autos se seguirá el mismo procedimiento y con las propias cauciones y penas. «Esto también servirá para que tengan más vergüenza las escrituras falsas, porque la que no tuviere derechos no se le ha de dar fe».

El vino común que se vende es una tercer especie tan mala, que por sanos que corran los tiempos crían cuanto han menester los médicos. Decía Eneas Silvio que el vino sirve en el mundo de trabajo y enfermedades. Por esto debe condenarse a los expendedores, que están violentadas tales mercaderías, y si el que vendieren no fuese el mismo con el de la cuba que compraran, condéneseles por falsarios. Como cautela se debe obligar a que tengan muestra los que vendieren vino por junto. Trata a continuación de los vinagreros, a los que deben aplicarse las mismas medidas, pues con una arroba venden muchas de agua, y de lo añadido, como sucede en el vino, ni pagan sisa ni millones.

Los carniceros dan a los amigos y a los que temen la mejor carne, y tras esto se la mandan sin hueso ninguno; mas este peso es tan falto que no podréis juzgar si fuera mejor ser enemigo del carnicero; al pobre la suministra peor y con ella los huesos que quitó a los otros. Es este oficio en el que pecan contra caridad y justicia. Hay que obligarles a que la provean igual, sin montes de huesos, prohibiéndoles partan otro carnero sin tener vendido todo el primero.

Los malos pesos son cosa grandiosa; sólo ellos podrían deshacer todos los cuartos; cuando se topare con malos pesos deben doblarse las penas. Por esto decía el P. Fonseca que cuantos incurrían en tal delito nunca quisieron tener

por patrón a San Miguel (1). El mismo procedimiento se debe seguir en las medidas.

Los vendedores no guardan postura, sino en lo tan malo que no se pueda vender, expenden cosas vedadas en casa de los poderosos, y lo demás a como quieren. Los mercaderes son ricos; para éstos sería pequeña nuestra arca; no guardan pragmática; venden más al fiado; dan mohatras. Los oficiales varios tampoco componen los suyos conforme a pragmáticas y ordenanzas; debe perdonarse a dos de cada oficio para que avisen el engaño que hay en él contra lo estatuido.

Muy luego deben visitarse los cuarteles y tablajes que hay en cada uno, los jugadores, ladrones, rufianes, vagabundos y todos los demás vicios, para irlos echando fuera del pueblo y enviando y poblando de sus bolsas nuestra arca.

En las mujeres hay tanta deshonestidad que es conveniente castigar en ellas cualquier delito público; las rameras no se habían de consentir sin licencia de la justicia, como en Roma, y que estuviesen todas en un barrio, porque inficionan la demás gente, y no guardan la pragmática. En los demás hechos que delinquen castíganlas con las leyes.

Las cosas de la virtud siempre las tratamos con mucha flaqueza: háse procurado honrar a Dios y prohibir que en las iglesias se hable a las mujeres, y no sólo no se ha alcanzado, pero el lugar más propio para conciertos es la iglesia. Si mi juicio vale algo, digo que se acabe lo comenzado días atrás, que las mujeres estén separadas de los hombres; sin embargo, fueron tan malos los tratadores del empeño que luego se cansó el negocio. Para conseguir el intento sería acertado encomendar la cuestión a algunas personas de buen entendimiento a fin de que adopten un buen medio y tracen en los templos, sin estorbar la vista, misas y sermones, sino en cuanto a la división, la parte que en los mismos corresponda a las personas de uno y otro sexo. Con esto todo hombre, bien eclesiástico o seglar, que hablare con mujer y éstas con ellos pague 500 ducados y 100 si fuere noble. Esta pena se entienda también en los religiosos, que también ellos hablan y aun muy de espacio y no con buen ejemplo.

Los que piden limosna son en tres maneras: unos de oficio, otros por vicio, los demás por necesidad. Los de oficio dejémoslos por ahora el tratar de ellos; en cuanto a los de por vicio o necesidad, es menester distinguirlos para que se dé limosna al necesitado y al vicioso castigo. Conforme a lo establecido por pragmática, el mendigo debe tener licencia firmada del corregidor, del cura y de un médico para que vean si el pobre es verdaderamente tal. Ahora ninguno había de poder pedir sin esta licencia, la cual no se dará a ninguno que pueda trabajar, expresando en ellas la prohibición de pedir dentro de los templos, para que ya que no eximan de las excomuniones, tengan miedo al castigo. El que mendigue sin licencia o en el recinto de la iglesia sufrirá la pena de vagamundo, y si tuviere dinero pagará para conseguir el intento propuesto de la moneda.

Háse publicado en este pueblo valientemente contra las comedias, y se es-

---

(1) Fray Cristóbal de Fonseca, de Maqueda, agustino, prior del monasterio de la orden en Segovia, protegido del obispo de Astorga y Osma fray Pedro de Rojas, teólogo eminente, figura en el *Catálogo de autoridades de la lengua*, publicado por la Academia; autor de los *Discursos para Evangelios de Cuaresma, Vida de Cristo y Tratado del Amor de Dios*, con tablas muy copiosas para predicadores, muerto por el año 1616 (Hurtado y G. Palencia, *Historia de la literatura española*, 1925).



cribió un librillo contra ellas; decían los predicadores había hallado el diablo una insigne traza para defenderlas, la limosna que de ellas nace para los pobres de los hospitales, arrendada ahora, según dicen, en 28.000 ducados.

La reprensión en publico contra el gobierno puede constituir maldad o ignorancia, pues pocas veces se alcanzan los secretos de los mayores que entienden mejor las cosas, si bien con los muchos negocios padecen inadvertencias y no caen en sus yerros (1).

Las comedias que en sí contienen honestidad y se representan honestamente y en los tiempos que conviene, no son malas, sino atractivo de los cansados, como los festines, juegos, truhanes, novelas, libros de entretenimiento o cosas semejantes que tomadas para desenfadar o recrear el ánimo fatigado son virtud; pero si ahora diésemos traza de proveer de lo necesario a los pobres de los hospitales, sin las comedias y sin que los Hermanos gasten todo su tiempo en pedirlo por las iglesias, calles y casas, haríamos un hermoso negocio, librando en primer lugar a la república de esta infamia que tratamos, y en segundo, a los Hermanos de andar pidiendo, pues servirían mejor a Dios y a los pobres estándose en casa curando de ellos, empleando aquella su juventud y fuerzas en esto, que gastar todo el día por esas calles derramados, con que se excusarían de muchos peligros, gente moza, con dinero y ante ocasiones sin medida. Además, habiendo cuenta en el gasto del hospital y en las limosnas que en él entran, no se gastaran fuera del fin para que el pueblo las da, ni obligación de restituir a los pobres salvo el pecado, pues es claro que si la limosna que yo te doy para curar al pobre tú la gastas en otros fines, no cumples con tu obligación, como se ve si del dinero que se da para los pobres se edifican grandes templos, cual si faltaran en el pueblo iglesias, o en dorar los pulpitos, como si no hubiera orden de predicadores o predicarse mejor el oro en los de los hospitales que en las curas de los enfermos. Con esto aprovecharían mucho los hospitales, porque fuera de que las limosnas se gastarían bien, acudirían muchas más viendo la buena orden, y que lo dado se consumía puntualmente en el pobre. Sacaríamos de aquí que el dinero obtenido de las comedias, retraída la cuota de la representación de ellas, serviría para deshacer la moneda de vellón.

Queda por tratar, para concluir este punto, «la manera de reparar los hospitales». La república tiene obligación de mantener sus pobres por derecho humano y divino. Por cuenta de ella están sostenidos pobres enfermos, vergonzantes y cautivos. Y Dios ha de pedir cuenta el día del Juicio: a mí, de la limosna que no di al pobre, y al gobernador, de ella y de su buena administración. La justicia moral tiene título de preclarísima, porque sólo ella mira por sí y por los otros; para esto no basta cuenta de venturas, es menester cierta y de por menor; no basta esté a cargo del hospitalero curar, gastar, admitir enfermos cuando él quiere, es menester en esto orden cierto de la república.

La cuenta se hará para este caso en la forma siguiente: camas, ropas y gentes de servicio en el hospital y cómputo aproximado de la comida y extraordinarios, tomando el promedio. Sabido así lo que cuesta anualmente y repartida la cifra entre los meses, buscar la limosna para cubrir los gastos, en este orden:

---

(1) Parece que la crítica en público del Gobierno es un vicio para el arbitrista, que constituye base de ingresos, pero como no lo expresa claramente, nos abstendremos de todo comentario.



renta perpetua del establecimiento benéfico, aplicando tan sólo la correspondiente a la mensualidad, y cubrir la falta pidiendo limosna en la parroquia, la persona más noble de ella, asistida de un regidor y un Hermano, quienes llevarán libro en el que asienten, con las personas que pidieron, la dádiva de cada uno; la operación se repetirá repartiendo de esta misma forma por todas las otras parroquias del pueblo regidores y Hermanos, acompañados de otros caballeros, haciendo la colecta por meses o semanas y turnando los más nobles de la parroquia respectiva, y holgarían todos de servir, pues que a Dios en esta vida ningún otro de caridad se le puede hacer mayor. Juntárase mucha limosna porque las personas devotas que andan en busca de pobres vergonzantes, y otras que por devoción dan algo a Dios de todo lo que ganan, encontrarán al pobre cierto; al mismo tiempo que se piden las limosnas, se ha de salvar si hay algún vergonzante, y escribirlo para que el hospital le envíe su ración cada semana.

Contribuirán a formar la masa los que tienen obligación de restituir algo y los que se hallaran alguna cosa de las que otros dejaron no la queriendo, pues en ambos casos, la limosna es cierta y verdadera, pertenece a estos pobres y al arca de ellos, por dejación o por no haber dueño cierto.

Es un cuarto tipo de ingresos la limosna de los testamentos: hay muchas personas ricas que mueren sin herederos y sin tener parientes pobres; acuden luego los religiosos y aplican a su fisco esta hacienda, y si tales ricos supiesen que iba su limosna a los verdaderos pobres, dejarían su haber al hospital en cumplimiento de obras de misericordia y hallar la hacienda en la otra vida, pues la protección a los pobres son las letras de cambio que hay por allá.

El administrador de los hospitales ha de ser persona santa y grave. Háse de mandar que cuando alguno quisiera hacer testamento, el primer aviso ha de darse al administrador, quien discernirá lo que conviene hacer en cada caso, guardando en todo caso la orden de que, hasta tanto que el enfermo haya sido amonestado por el administrador, ningún religioso, principalmente los sospechosos, irá a persuadir al enfermo, so pena de extrañamiento del Reino. El administrador irá a aconsejar al indiano rico que carezca de hijos y parientes pobres —pues si los tiene no debe ir a verle en tal sentido— para las limosnas que se le ofrezca dejar al hospital, pues la palabra de Dios es infalible, y su dicho que se da a Él lo que al pobre se otorga. Gentes adineradas hay que fundan monasterios, aniversarios, capellanías, entregan cantidades a los religiosos para que rueguen a Dios por ellos, olvidando que mejor rogara Jesucristo, quien tiene dicho tanto se atesorará en la otra vida cuanto se haga en favor de los menesterosos, y, en cambio, nada dijo sobre esas otras mandas, instituciones, que vemos se desvanecen y acaban en el curso del tiempo, como las de Asia, Constantinopla, Egipto e Inglaterra, o sucede aún peor, que la renta dejada para el clérigo, fraile o teatino para rogar a Dios por el alma del muerto, sustentan al alcaquí, calvinista o luterano, y no habiendo de morir nuestro Señor, que es quien paga en la otra vida y puede cuanto quiere, las mandas, con sus nombres varios, son ciertos y efectivos: quien puede alcanzar con el rey lo que ha menester, pierde tiempo con los Privados.

Tomado de todo lo apuntado el sustento de enfermos y vergonzantes para el año, lo sobrante al cabo de él se entregará para redimir cautivos: doite tanto dinero, has de traer fe a la villa de Madrid que personas rescataste con él.

Será aviso postrero en estas limosnas que hasta la provisión de los hospitales en vergonzantes y cautivos, ni personas sanas ni religiosas pedirán limos-

nias para que las fingidas no estorben las verdaderas, y los vecinos, cansados con lo que no importa, dejen o falten en lo interesante.

Últimamente si todas estas diligencias no bastaren para que haya limosna suficiente para los pobres, hemos de acudir a las sisas de la Villa, de las que se tomará lo que faltare; Dios obliga a la república a que sustente sus pobres como dijimos, y cuando hay que acudir a una obligación y gastar dinero en ella, fundar fuentes, romper calles, edificar torres, son preceptos que el Señor no tiene mandado, y pasarnos hemos sin ellas, como se pasaron nuestros padres que fueran mejores que nosotros: cuando la Villa no deba y tenga sobrado es bien acuda a su devoción.

Con esto queda suficientemente provista la limosna de los hospitales, y los Hermanos, empleados en servir sus camas, quitados del mundo, al que renunciaron.

De esta suerte tendremos harto para deshacer nuestra moneda; mas si faltare, se debe empezar a visitar, y en primer lugar la Villa de todo el dinero que ha entrado en su poder desde que volvió la Corte, y las penas que de allí nacieron deben aplicarse a nuestra arca.

Otras cosas de gran sustancia pudiéramos añadir para deshacer la moneda de vellón, mas porque esto parece suficiente y los arbitrios y arbitantes son tenidos por gente vacía, quédense aquí estas consideraciones, que si ellas pareciesen pertinentes, habrá otras de mayor empeño que advertir.

\* \* \*

3. La primera cuestión obligados a precisar es la de la fecha aproximada del arbitrio. Conforme a factores que el mismo nos brinda, parécenos posible fijar una intermedia entre las de 22 de noviembre de 1621 y 23 de octubre de 1622. Efectivamente, se ocupa nuestro licenciado, como datos que a nuestro intento conviene citar, de la subida de la moneda de cobre de 4 a 8 maravedís (1) y la de oro en 40 (2), de los 18.000.000.000 debidos a los asentistas (3), del arriendo de los corrales de comedias por cifra anual de 28.000 ducados en el bienio de 1616-1617 (4), del librillo escrito contra las comedias, tal vez de 1621 (5), de la desavenencia que parece mostrar por el modo de proceder en sus funciones los Hermanos de San Juan de Dios, que coincide con el ruego hecho por el Concejo de Madrid el último año citado al señor gobernador del arzobispado de Toledo en virtud de la visita pastoral de éste (6), y últimamente

---

(1) Cabrera, en sus *Relaciones Históricas*, daba cuenta de este arbitrio y del temor que se tenía de sus perjuicios, confirmados muy luego por las quejas de los naturales.

(2) *Pragmática de Felipe III*, de 1 de diciembre de 1606.

(3) Archivo de Simancas, *Dirección general del Tesoro*. Inv. II, leg. 3. El Medio lleva la fecha de 14 de mayo de 1603.

(4) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, lib. de ac., XXXIII, fol. 485 vto. S. 29 enero 1616. El arriendo de los corrales estaba en 27.000 ducados cada año. Se trataba de nuevo arriendo en viernes 23 octubre 1620. (Lib. XXXVIII, fol. 248).

(5) Acaso el librillo contra las comedias sea el mismo que en su obra sobre la licitud del teatro cita Cotarelo como documento inédito.

(6) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, lib. de ac., XXXVIII, fol. 446, 22 noviembre 1621.

la separación en las iglesias de las mujeres y los hombres, asunto que se trataba por entonces, fracasaba y tenía vigencia desde 24 de octubre de 1622 (1). Por todos estos factores creemos poder situar este medio entre las dos fechas consignadas más arriba. Acrece la dificultad para fijar data exacta el ser el documento copia del original sin duda, tal vez para dar cuenta al Consejo de Hacienda o mejor a alguna de aquellas juntas especiales que trataban de mil cuestiones financieras y de las que había una referente a moneda de plata en 1619, documentos a los que solía omitirse la fecha cuando se acompañaba un traslado con oficio de remisión que hoy diríamos.

\* \* \*

4. Muchos eran los españoles que con mejor intención que fortuna trataron en el siglo xvii de la batallona cuestión de la moneda de vellón para regular su valor en armonía con los de los otros metales y habida consideración a veces del de la pasta y el trabajo de acuñación. Menos imaginativos los unos, sin preparación y sin conciencia de su propuesta, practicones los otros, que todo lo querían resolver por comparación de casos particulares, única ciencia adquirida en el martilleo desesperante de su oficio o profesión; más o menos capacitados los otros en el estudio del problema por espíritu de observación, por crítica sana, al rey de España acudían en memorial salvador sacrificando dinero y bienestar, sin olvidar como premio la dádiva que en principio daba el poder público o era conseguida de ordinario después de porfiado concierto. Como la crisis monetaria venía arrastrada desde la centuria anterior, arbitristas hubo también en ella de los que tomaron ideas los del reinado de Felipe III, amplio escenario donde se desenvolvía con crecimiento la moneda de vellón y producía muchos más dislates en los del hijo y el nieto. Discurriendo los menos con acierto, exponiendo con lucidez las cuestiones prácticas que a la moneda se referían, comprendiendo la enfermedad que aquejaba al vellón; entes los más vulgares e impertinentes, cada uno de ellos llevó al acervo común de la Corona, a causa de las necesidades públicas, el parecer que se le ocurría buenamente (2).

\* \* \*

5. «Las variaciones de la relación entre el valor de los metales preciosos ha constituido en todos los tiempos una grave dificultad que el poder público se ha visto obligado a remediar; pero a este mal que pudiéramos llamar intrínseco y

---

(1) Archivo de Simancas, *Gracia y Justicia*, leg. 889. Madrid, 24 octubre, 1622.

(2) En este orden de ideas deben apuntarse, entre otras no conocidas, las relaciones, avisos e informes del Consejo de Hacienda de 1523, 1526 y 1566; los pareceres de Burgos, de 1556, los de los oficiales de la Casa de la Moneda de Toledo, anteriores a 1566, y el documento relativo a las dificultades para restaurar el crédito de los primeros años del reinado de Felipe III. En cuanto a individuos más o menos economistas, prescindiendo de los citados en obras impresas, Avilés, Maldonado, Camacho, Polvellán, Núñez, Vidari, Pons, y Cruzat, como del siglo xvi. De la centuria siguiente: Struzzi, Ferro, Oña, Capitán González, Gutiérrez, Benavides, Freire, flamenco Maes, y Licur. Tal es el recuento que podemos hacer, previo examen de los papeles.

que afecta sólo a la plata y el oro, ha venido a sumarse otro de gran interés, anejo a la moneda divisionaria indispensable en las transacciones pequeñas. Hasta tiempos muy recientes sólo se supo acudir para esto a la acuñación del vellón, cuyo valor, por ser considerablemente inferior al de la plata, dió pretexto para emitir esta moneda con un carácter fiduciario que, si bien constituía una fuente de ingresos considerable, ofrecía, por lo mismo, estímulo a los fabricantes. Para atajar este mal se acudió a ligar el vellón con una cantidad de plata variable que a la vez respondía a hacer menos sensible la desproporción entre la unidad de plata y la suma de monedas de vellón que la representaban, y también a que, restringiendo el rendimiento, se alejaba el peligro de las defraudaciones» (1).

A tan buena tesis quería acercarse con su arbitrio el licenciado Agustín Pérez.

\* \* \*

6. De la exposición del arbitrio y el modo de plantearlo se deducen algunos aciertos de índole económica y administrativa, principios sentados por quien conocía el estado de la hacienda castellana al tiempo referido y la crisis de algunas de sus instituciones, a la vez que se proponen puntos totalmente inasequibles o de aplicación dificultosa de no variar el procedimiento.

El licenciado Agustín Pérez, luego de tratar en un párrafo a modo de proemio, de la propuesta suya y de las ventajas que la misma reportaría a S. M., amén de los beneficios propios como iniciador de las ideas expuestas, tiene, sobre otros muchos arbitristas, la ventaja de un orden regular en la narración, que valorada por prosa clara y comprensiva, conduce a que fácilmente pueda imponerse quien lo leyere en sus aseveraciones.

Expone principios ya tratados por diferentes autoridades en la materia, castellanos y extraños a ellos, tales como el acuerdo común de los asociados acerca del valor de la moneda y de su invención, el valor otorgado por las insignias del príncipe para evitar pesos continuados, la valía de ella igual al del metal más el coste de fabricación, concepto con el que se contradice posteriormente cuando la estima sólo con el oficio de la igualación de precios «y por esto ha de ser corriente, llena en su valor que ni falte ni sobre», en armonía este juicio con su criterio de que si tuviere dos oficios serviría mal su doble cometido, y sería «mercadería violenta que con estanco sube su precio».

Trata de que la vida del comercio es la moneda, principio confirmado en la experiencia diaria en los trueques por artículos y en el desenvolvimiento mercantil; y seguidamente, como si no fuese opuesta a la aseveración anterior, sienta la facultad del príncipe para subirla, y la defensa de los derechos de éste, en cuyas arcas deben entrar las diferencias de valoración por concepto de señoriaje. Juzga inmediatamente que así como cuando se quita un bien cualquiera, se debe dar la equivalencia, lo propio ha de suceder con la moneda nacional cuando por circunstancias extraordinarias la Corona se ve forzada a crecer su valor figurado para el cambio, tornando al comercio el precio que tomó en ella, con lo cual

---

(1) Rivero.—Obra cit., pág. 22.



limita la facultad y reconoce la indemnización, considerando además que la misión del soberano es no perjudicar a los subditos con tal medida por los trastornos de todo orden que va relatando sucesivamente, a los que se debe acudir, castigando—dice—a los monederos falsos (1). En este concepto debían entrar los señores de vasallos, entre otros, sin embargo, de sus grandes facultades, pues que siendo la de batir moneda regalía inherente a la Corona, de la que ésta no podía deshacerse, sólo estaría permitido según los comentaristas de la época, sino por causas muy útiles a la república y por tiempo limitado, o concesión restringida como la del duque de Cardona en su estado de Cataluña con privilegio de batir la baja, según nos refiere Fr. Juan Guardiola (2), expresándose en igual sentido respecto al derecho de juzgar por tales infracciones que corresponden por entero, aunque cometidas en sus tierras, no a los señores, sino al soberano, conforme al parecer de Avendaño, Covarrubias y los preceptos de la nueva Recopilación. Aunque sean principios acertados las consideraciones expuestas respecto a las falsificaciones de moneda, es lo cierto que los reyes, al no sellarla conforme al valor de la barra en el mercado, salvo el braceaje estimado en dinero cuando la cifra de coste no se incluyera en el presupuesto de gastos, ejercían de monederos falsos como los de la Edad Media, menos Enrique III, faltando al crédito del país y a la autoridad que representaban, traslaticia, pesara a la coacción, cuando se faltaba a los principios de derecho natural.

7. Ocupándose luego de la moneda de vellón, del cuartillo castellano, dice vale 8 maravedís, pero en justicia no vale sino 2, conforme a la pasta, obrando mal cuando se creció de 4 a 8 maravedís y estimando que se deben bajar a 2 y uno y medio maravedís los de 8, 4 y 2. Sienta, pues una baja de 75 por 100 conforme al valor legal, a aquellas dos blancas viejas de los tiempos de Juan II, en su equivalencia al maravedí, igual éste a 3 cornados, que tomamos como tipo de comparación, a la par, para mejor explicarlos (3).

Perjuicios inherentes a la depreciación de la moneda débil era la labranza secreta, dice, mayor que la autorizada, lo que supone que si las barras de particulares iban a nuestras casas oficiales de acuñación hasta labrar en cada una de ellas la cuantía asignada, que arrojara un total de la cifra establecida de antemano por la ley, o en estas se acuñaba más, indebidamente, o, como hoy, donde bien se podía, si cumpliendo las leyes recopiladas se hubiese apretado en las visitas a estas casas por el tesorero de ella y los dos regidores, que con precaución los preceptos legales establecían la elección de estos últimos cada dos meses, se habrían evitado en lo posible tales desafueros y se cumplieran las ordenanzas de esos centros y otras disposiciones del Reino.

Si bajo el aspecto jurídico es la moneda como instrumento de cambio, con su analogía a los medios de transporte, ambos de circulación, el modo de extin-

---

(1) Delito tan grave se consideraba en los tiempos pasados el de monedero falso, que, estimado por los comentaristas como especie de traición, crimen de lesa majestad y manifiesto robo, se preguntaban si tales delinquentes gozarían de la iglesia cuanto a la inmunidad.

(2) Castrillo.—*Política para los Corregidores...*, 1, 474.

(3) Rivero.—Obra cit., págs. 76 a 78. De los tiempos de Felipe III se conocen maravedís de a dos y de a cuatro, viejos, de los tipos que se relatan y años 1593 a 1602. Maravedís sencillos, viejos, variantes de los de a dos, viejos, del año 1598. Maravedís de a ocho, años de 1603 a 1608, y de 1615 a 1620. De a cuatro, de 1603 a 1606, 1608, 1612, 1617 y 1618. De a dos, de 1603 a 1607, 1612 y 1619. Maravedís sencillos, de 1602 y 1606.

guir deudas y obligaciones con su efecto de curso forzoso y legal, era imprescindible que hubiera suficiente para los pagos en su representación efectiva de divisionaria, cumpliendo el fin de las satisfacciones al menudeo, y así el poder, evitando quebrantos, debía pesar en las acuñaciones la consideración de la cantidad necesaria de ella, sin perder de vista que dentro de su tipo (1) fuese moneda derecha, para que el peso de los hechos, más fuertes que todas las pragmáticas, no se impusiera en la necesidad.

8. Los procuradores a Cortes del tiempo de Felipe II pidieron reiteradamente el aumento para las transacciones «y de la calamidad que empieza a pasar el reino por falta de dineros para comprar mantenimientos» (2); este monarca lo rehusó con exquisita prudencia, fiel a su máxima que no convenía hubiese más de la necesaria al común uso y comercio (3). Por su parte, decía Fr. Juan Márquez (4): «Sin el vellón no se puede pasar, y todas las provincias del mundo lo tienen, pero en muy corta cantidad y quanto baste para el comercio de las cosas menores y para igualar los trueques de las monedas mayores».

9. Muerto Felipe II, las Cortes de Madrid de 1598 vuelven a oponerse a la acuñación de la moneda de vellón, pero como habían de tratar del Servicio de los 18 millones, se pensó en el arbitrio, tan socorrido y de espléndida genealogía, del crecimiento del numerario, aunque no se consiguiera por la oposición tenaz del procurador por Burgos Pedro de Miranda. En las de 1602, el procurador Andrés de Cañas Frias se ocupa de la resolución que se decía había tomado el rey «de librar una gran cantidad de moneda de vellón creciendo su valor, y de que estaba ya hecho el modelo». Luego de emitirse encontrados pareceres, regulados los votos por el del proponente, fué aprobado el dictamen el 21 de marzo, contrario al proyecto y enviado memorial a S. M. su fecha en 13 de abril del mismo año. La cédula de 13 de junio, más que la respuesta ambigua del monarca—«en esto he resuelto lo que el conde de Miranda tiene entendido»—demuestra cuanta razón asistía al procurador de Burgos, Cañas, pues se disponía que cuanta moneda de vellón se labrase en adelante fuera sin liga de plata y de la mitad del peso de la corriente, acuñándose de una blanca el maravedí, de las piezas de uno las de 2, de las de 2 las de 4 y de las de 4 las de 8, de manera que saliesen del marco en vez de 140 maravedís, cantidad doblada, 280, estampada con el sello de armas ordenado por cédula real (5). Se querían labrar 620.000 ducados más no siendo necesarios. En el cambio, según las Cortes, se perdía el 5 por 100 del vellón a la plata, cantidad mínima que los documentos contradecían, pues

---

(1) Antoine.—*Economía Social*, t. II, págs. 401 a 414.

Gide.—*Economía política*.

(2) Cortes de Madrid, 1583-1585, sesión 11 abril, 1585, t. VII, pág. 657.

(3) Cortes de Castilla. Desde las de Valladolid de 1588 a las de Madrid de 1592-1598. Colmeiro. *Obra cit.*, II, 491.

(4) Márquez, Juan.—*El Gobernador Cristiano*, lib. II, cap. XXXIII.

(5) Rivero.—*Obra cit.*, págs. 28 y 29. *Cortes de Castilla*, t. XXII, págs. 114, 121, 144 y 148. *Las consideraciones de Alvaro de Paz Quiñones, procurador por Salamanca y de Gil González de Vera, que lo era por Soria, son instructivas en el asunto*, t. XXII, pág. 647. *El Memorial La consulta del Consejo de la Cámara*, en 13 de abril, 1602.

Cabrera en sus *Relaciones* se refiere al curso del asunto de la moneda de vellón en distintas fechas: 20 julio de 1602, 1 noviembre 1603, 20 octubre 1604, 3 septiembre 1605, 30 septiembre de 1606, 20 diciembre 1609, 4 junio 1611 y 22 octubre y 5 abril, 1614.

Heis.—*Descripción general de las monedas hispano-cristianas*, I, pág. 329. Cita la cédula de 13 junio de 1602.

llegaba hasta el 20 por 100. Tal fué esta disposición, una de las más funestas en la política monetaria del reinado de Felipe III, y a la que se contraía nuestro arbitrista para conseguir su propósito de bajarla.

Ensanchada la labor de esta moneda para los gastos de guerra, agraviados los metales nobles por el excesivo valor dado a los bajos, se escondían y salían de España por doquiera. Para la ejecución del Servicio de ios 18.000.000, de hecho se tenía que tener en cuenta por la Junta de Hacienda que habían de pagarse en reales los sueldos de las fronteras, porque fuera de Castilla no valía el vellón, y aun en ella misma preciso era tenerlo en cuenta, pues no pasaba sino la marcada de la vieja (1). Sin embargo de esto, los procuradores de León, en nombre de Asturias, región marítima de poca contratación, pedían se permitiera en los cambios los cuartos sin resellar de Segovia y Cuenca, en beneficio de su comercio de pescadería con León y Rioseco (2). En 7 de mayo de 1609 pedían las Cortes se guardara la cédula que prohibía labrar moneda de vellón en veinte años, siendo tan apretadas las circunstancias que el reino se ocupaba de la materia con verdadero empeño, hasta llegar a fijar los miércoles y jueves para tratar de la reducción (3).

10. No se hacía caso de la propuesta del obispo de Gaeta al efecto de dar «orden de que se labre diferentemente que ahora, de forma que tenga más valor intrínseco y no se pueda falsear» (4), antes bien se tomaban medidas contrarias; ni se paraba la atención en las doctrinas económicas desarrolladas por el procurador Latorre que, nombrado con Lerma para tratar de este asunto, exponía las ventajas del valor intrínseco de la pieza, la circulación del cobre en suma indispensable para las transacciones menudas, y notando los perjuicios del crecimiento de la liga que acarrearía el alza de todos los productos, «porque la moneda se debe labrar de tal metal y peso que, deducidas las costas, valga tanto deshecha y en masa como acuñada (5). Triunfó el parecer del diputado Vela, que proponía el 15 por 100 de mezcla (6).

En vez de estudiar fundamentalmente el arbitrio propuesto por el noble portugués Gonzalo Baez Brito, precursor de nuestro arbitrista, consistente en reducir el vellón a la cuarta parte (7) cuando los procuradores no sabían que hacer con los reales sencillos «porque reparaban generalmente en tomarlos» (8), se mandaba labrar, no obstante la condición del *servicio*, los 80.000 marcos de cobre que había enrolados en Segovia, medida imprudente y sin atenuación, aunque quisieron defenderla con el argumento de que era por una sola vez y para satisfacer sus jornales a los que habían trabajado en Obras y Bosques, y los reparos indispensables obligados a realizar (9).

11. Otro perjuicio consecuencia de la falta de tino en la materia era la

---

(1) Cortes de Madrid, 1607-1611, 18 febrero, 1609.

(2) Ibidem, 1607-1611, marzo, 1609, XXV, págs. 124 y 125. Dice sellar.

(3) Ibidem, 1607-1611, 7 y 27 mayo, 1609, XXV, págs. 183 y 249.

(4) Ibidem, 20 agosto, 1609.

(5) Ibidem, 3 octubre, 1609.

(6) Ibidem, 5 octubre, 1609.

(7) Ibidem, 1611 y 1612, sesión de 13 de enero, 1612.

(8) Ibidem, sesión de 31 de enero, 1612. El arbitrio de Gerardo Basso, se refiere a la reducción de la moneda de vellón, con la misma baja, si bien difiere en el procedimiento del de Agustín Pérez. Es de 1627.

(9) Ibidem, 1611 y 1612, sesión de 3 de abril, 1612.

labranza del vellón en reinos extraños, ni más ni menos que en los nuestros, en bosques y en poblados, con lo cual los extranjeros inundaron de vellón nuestras plazas a cambio de moneda de plata legítima. Unos y otros sacaban de tal industria hasta el 500 por 100. Por el cambio a la plata del vellón de Inglaterra y de las Islas rebeldes se contaba el 30 por 100 de beneficio. En cambio, agiotistas, tratables y particulares, retenían la de mejor ley. Es de notar que había 3 500.000 ducados de la vieja; 1.540.000 de la de Segovia y Cuenca, baja de ley, como acunada con un grano, que debía tener tres de aleación, y 3.200.000 sin liga alguna, que debía recogerse (1).

Así se hicieron inciertos cambios e intereses por faltar la correlación debida entre los factores de orden económico, y se daba mayor motivo al agio (2).

Nada de ello habría ocurrido si se hubiera atendido, con frase de nuestro arbitrista refiriéndose al vellón, a «bajar y subir el precio según la plata», armonizando un metal con otro, teniendo presente este axioma económico: cuando dos objetos se pueden transformar a voluntad con entera reciprocidad, necesariamente tienen un valor igual.

12. Consecuencia derivada de la equivocación continua en la política monetaria era el trastorno para la Nación del pago en buena moneda de las mercaderías extranjeras, lo que conducía a que teniendo aplicación la ley de esta materia descubierta en tiempos de Isabel por Tomás Gresham—la moneda mala expulsa a la buena—, la nuestra, débil, estante en el país, incapaz para esos pagos, excluía de modo indirecto a la buena, que por el peso de su mayor valor, moneda fuerte, servía a la balanza mercantil de una parte y de otra, aunque formara parte de ella, a la situación del dinero en ducados y en escudos en los reinos donde seguíamos guerras para sostenimiento de ellas. Tal era la consecuencia del postulado económico de la preferencia del público por el mejor producto, y así se explica también como pudiendo guardar la buena, en tal hipótesis, permanece la mala en la circulación interior, o sale, cuando no hay otra, con quebranto.

13. A dos medios acudía el licenciado para poner en razón la moneda depreciada: bajarla, sin deshacerla, resellándola, o acuñarla de nuevo. El procedimiento empleado era, como hemos visto, el del registro de ella, la entrega, el recibo y la guarda, con otras determinadas garantías, pero siempre con las mismas finalidades: el rey era el ganancioso. Resellarla, marcando un valor menor, o deshacerla para acuñarla con signo y rótulo de menor suma, era una sola cosa. De todas suertes, los crecimientos debían sumarse al haber de la Corona según el arbitrista, quien critica que al subir el oro en 40 maravedís se dejó el beneficio a los interesados.

Pongamos un ejemplo: S. M. recogía en vellón 37.500.000 maravedís, los resellaba, y descontando el importe de este trabajo y los gastos de material anejos que vamos a despreciar para el cálculo, el rey de España, devolviendo una cifra de 9.375.000 maravedís en vellón a que había quedado reducida la cantidad por el resello, ganaba de momento 28.125.000, si hubiera de lanzar a la plaza esa misma suma conforme al antiguo tipo de valoración, o bien sometiéndose a las

---

(1) Cortes de Madrid, 1607 a 1611. En las sesiones de octubre de 1609 se habla de las cantidades existentes en las Casas de Moneda.

(2) Espejo C.—*El interés del dinero en los reinos españoles bajo los tres primeros Austrias*, 1911.



prescripciones del arbitrio, reducidos los maravedís recogidos a una cuarta parte, ganancia para el rey, perdía el tenedor originario del total monto entregado las otras tres cuartas partes, y el monarca, en descrédito, por descontar el 75 por 100 y servirse de la suma nuevamente como base de ganancia indebida.

Pero como no había de hacerlo así, quedaba de momento igualado, con pérdida entera de los poseedores postreros. La repercusión de la medida vendría inmediatamente a cualquier nueva negociación. En contratos nuevos se tendría en cuenta la pérdida probable, el coste de la mercancía o del servicio subiría, según la clase de moneda de pago, y el premio se sumaría a la moneda baja, en relación a la plata o al oro por nuestro sistema bimetalista, de patrón doble, que admite el curso legal ilimitado en teoría, de ambas, precisándose, para establecer la relación legal del valor entre los dos metales finos y las diferencias con el vellón, que habían de tener en cuenta los contratantes con la Corona, como ya hemos apuntado.

Lo mismo podría asegurarse de los contratos anteriores a la nueva disposición, y como especie incontrovertible, por ser pérdida fija y concreta, los ingresos ya realizados por cualquier concepto en las cajas del Estado al salir para quitaciones y otras expensas varias, y aun las cantidades por cualquier derecho o acción, tales como los tercios del rey, ya vencidos.

Lo propio podría decirse cuando en vez de resellarla se deshiciere. En el un caso como en el otro se debiera tener presente la dificultad en los registros, crecida por la propuesta de limitar la moneda antigua en cada provincia, siquiera como medio interino, al curso de la hallada en ella, y en el terreno de los hechos, el contrabando, factor siempre importante en devaneos económicos, presentaría su faz por mil resquicios, concluyendo por descaecer en buena parte medida tan importante y complicada.

Si S. M., representante de la colectividad, hubiera de pagar como era justo, la diferencia de ese 75 por 100, claro es que obraría con lógica, pero implicaría la medida de reducción, monto tan extraordinario en una hacienda averiada como la castellana, que sería ésta incapaz de resistirlo, no obstante las mil medidas tomadas acerca del vellón (1), como se demostraba años más tarde con la dispo-

---

(1) En todo el periodo que con ocasión del arbitrio venimos estudiando se dictaron disposiciones varias así por el monarca como por varias autoridades, siendo muestra de ellas, además de las mencionadas, las que prohibían el curso de las faltas de ley o cercenadas, suspendiendo el de los reales bosqueteros, menguados o faltas de peso hasta su examen, la prorrogación de término para el registro de tales reales y el auto mandando puedan correr los dados por buenos, todos de 1611. A este mismo año corresponden dos edictos del capitán general de Cataluña, mandando que las piezas de dos testones se reciban a peso y que los reales, sueldos y seisenos que batidos en las fábricas reales no están cortados, no se tomen a peso, y en caso contrario, por el valor de la materia; de 1612, el privilegio concedido a los consellers de Barcelona, por el capitán general de Cataluña, marqués de Almazán, para que puedan batir menuts y ardites sin mezcla alguna de plata, sino solamente de alumbre o metal. La orden para que corriesen los reales sencillos hechos hasta 1609, pesándolos y no faltándoles más de dos gramos, y otra para que se tomasen sin pesar, no se recibieran los bosqueteros y se manifestaran a la justicia, más un auto para que la cercenada o falta de peso se registrase a la entrada en el reino. Y de 1619, como condición del Servicio de millones, que no se labrase la de vellón en veinte años y que el Reino no pueda dar consentimiento para ello dentro de dicho plazo. Pragmática en Belem de Portugal el 28 de enero. (*Colección Salat*, en el Archivo municipal de Barcelona, números 75, 76 y 77; Consejo de Castilla, *Sala de Alcaldes de Casa y Corte*, año 1611, fols. 96, 99, 147, 143, 183, 175 y 187; de 1612, fols. 213, 215 y 255. Nueva recopil., tít. XX, XXI y XXII, lib. V).

sición de 27 de marzo de 1627 (1). Y para acudir a su intento, sin perjudicar a la Corona, principio capital de todo buen arbitrista, nuestro licenciado propone una serie de medidas, «del modo de pagar la quiebra de dicha moneda», que procuramos ya sintetizar en el texto del arbitrio.



14. Una norma sienta el arbitrista respecto a los medios a que se debiera acudir en tal intento: que los *vicios* fueran base de tributación a estos efectos.

Confunde el pecado y el delito, jugando con tales vocablos como si fuera sinónimos; no distingue entre ellos y las faltas ni enjuicia sobre la responsabilidad administrativa cuando no bordea la delincuencia, proponiendo, menos en los crímenes atroces, la compensación por dinero, regresión al Fuero Juzgo y a los municipales tales como los de León, Sepúlveda, Caseda, Cuenca, Soria, Alcalá de Henares, Cáceres, Calatayud, Santa María de Cortes, Valfermoso, Molina de los Caballeros, Brihuega y Guadalajara, al Fuero viejo de Castilla y a las Partidas, en cuyas épocas formaran parte de los cuadros de penalidad las composiciones por dinero, cuando éste o las especies pagaban por el infractor, satisfaciendo la idea de la justicia con el principio de la utilidad cuanto al delito, sin que recayera en los comienzos sentencia (2), sentido en el que estuviera orientada en el siglo xvi así la propuesta de un arbitrista anónimo —1541— (3), como la cédula de Felipe II sobre injurias y denuestos (4) siempre con carácter fiscal (5).

Sin embargo los comentaristas opinaban que no debía haber remisión por dinero cuando se tratase de injurias a ministros de justicia, con otras especialidades del caso en la naturaleza y el procedimiento (6).

---

(1) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, II, 159, 153.

*Pragmática sobre la reducción de la moneda de vellón a su justo valor.* Madrid, 27 marzo, 1627. Impr. 10 hojas fol. Es la misma que la de fecha 7 de agosto de 1628. Sin embargo del buen deseo, la medida no pudo continuar por la situación de la Hacienda.

Archivo del Ayuntamiento de Madrid, III, 413, 48.

Por relación de los contadores del Concejo, en 9 septiembre 1618, sabemos lo que Madrid perdía con la baja de la moneda: 5.809.325 maravedis, lo que demuestra nuestro aserto de no poder resistir tal pérdida el Tesoro Nacional.

(2) Cadalso, Fernando.—*Instituciones penitenciarias y similares de España*, págs. 38 a 43. Cita como representativos de las imposiciones pecuniarias los fueros de León, Sepúlveda, Caseda, Cáceres, Calatayud y Cuenca.

Pareja Serrada, Antonio.—*Brihuega y su partido. Fuero de Brihuega concedido por Ximenez de Rada*, págs. 670 a 742.

Sánchez, Galo.—*Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Henares*.

Ubierna, José A.—*Estudio jurídico de los fueros municipales de la provincia de Guadalajara*.

(3) Artículo publicado por el autor en el *Boletín de la Sociedad castellana de Excursiones*, julio de 1908.

(4) Archivo de Simancas. *Diversos de Castilla*. L. 1., fol. 87.

Archivo Histórico Nacional. Alcaldes de Casa y Corte. En garantía de este ingreso de la Corona se daban dos autos en 1620 para que los escribanos de Cámara de la Sala diesen testimonio de ellos a los Contadores y para que tales funcionarios los retuviesen en su poder, fols. 430 y 433.

(5) Recopilación. La legislación, en punto a injurias y denuestos, estaba representada por las leyes 1 a 5 del tit. X del lib. VIII.

(6) Castrillo.—Obra cit., t. I, pág. 176.

15. En la parte adjetiva y cuanto a los de privación de libertad, establece lo que hoy llamaríamos filiciaciones, garantía en la centuria citada, y que recordaba de ellas los oficios de alguacil de pícaros y vagabundos y contador de presidarios y galeotes. En 1621 el alcalde de la Cárcel de Villa, había de dar memoria de los presos, expresando delito, penas, tiempo de privación de libertad y escribano correspondiente, y, por su parte, el alguacil de vagabundos estaba obligado desde su creación a asistir todos los días a la Sala para dar cuenta a ella de sus presos, según auto de 1617 (1), habiendo, a los efectos de la visita y contabilidad, libro de entrada y de condenaciones pecuniarias, expresando en ellos prisión, motivo, escribano, alguacil que lleva al preso, embargos, sentencia y condenación (2).

16. Tratando de las visitas, desvelos de los buenos administradores del siglo xvi, cae en la puerilidad de que jueces y escribanos, ante el temor de ser castigados, guardarían bien las leyes y pragmáticas, mas no desciende al detalle de ellas, al modo como deben de hacerse, a las condiciones de moralidad de los inspectores, a la suficiencia técnica y administrativa de éstos y a sus cualidades de mando.

Juzga de la indiferencia del juez, a quien importa tanto sentenciar en dinero o en otra pena, pues como éstas son arbitrarias, nada perderían los perceptores con la novedad, como nada perdería el funcionario absolviendo, y, efectivamente era así; porque si por garantía de la libertad personal había trabas para la acusación (tasa de la prueba), en cambio se carecía de tal limitación para el castigo, realizándose una verdadera individualización penal; los jueces en España, como en Francia, teniendo en cuenta la edad de las personas y las circunstancias del delito habían de imponer o la pena ordinaria u otra menor a ella. Y es que faltaba, como dice un escritor contemporáneo, la medida fija para determinar las relaciones de estas nuevas formas con las antiguas y aun para los mismos delitos. Por estas consideraciones la medida penal fue cada día más acto del arbitrio judicial, aunque hubiera escritores que en la época se revelaran en protesta elocuente contra él manifestando la necesidad de cortarle «porque de él usan muy resueltamente los jueces, en fraude de la justicia y en daño de sus conciencias» (3).



17. Para conseguir el propósito de la igualación de la moneda de vellón al valor debido, apunta la idea del pago entero a los asentistas de su deuda justa, pero comprende los millones que el rey necesitaría para ello y sienta el principio

---

(1) Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1621 y 1617, fol. 36.

(2) Castrillo.—Obra cit., t. II, pág. 277.

(3) Cadalso.—Obra cit., pág. 166. Se refiere a Cerdán de Tallada, *Visita de la Cárcel y de los presos*.

Lizt Franz von.—*Tratado de derecho penal*. Traducción de Quintiliano Saldaña, con notas del *Derecho penal español*, t. I.

Castrillo.—Obra cit., I, págs. 683 y 684. Juzga que se debe obrar con cautela en esta parte, consultando siempre que se pueda al superior y aun concediendo la apelación, sin embargo, de que el reo estuviere convicto y confeso, pues es materia delicada, la que se debe tratar con parsimonia.

de que la Corona no debe cumplir injusticias. Es decir, preconiza un nuevo Medio con los hombres de negocios, reintegrándoles del capital prestado y los intereses debidos, pero haciendo el pago por entero en la suma exacta que arrojará la liquidación basada en tales moldes, difíciles por cierto de establecer por tratarse de una hacienda averiada necesitada de la banca de la época, floja en ordenación de contabilidad y con los efectos nocivos de las suspensiones de 1575, 1596 y 1607, aunque el país no pagara, como quisieran los acreedores, en 1597 y fechas posteriores. la capitalización de intereses (1).

\* \* \*

18. Luego de consignar las maneras porque llevan los escribanos derechos, dice, refiriéndose a los de los pleitos, que no serán exigibles hasta la sentencia definitiva—la entendemos como postrera en todo el curso de las actuaciones—, o el concierto de las partes, propuesta inadmisibles para quien vive de derechos teniendo en cuenta la tardanza del procedimiento y la sucesión de las demandas. La pérdida del oficio para el escribano o del pleito para el litigante, por prevaricación o por cohecho, podía resultar desproporcionada en muchos casos y menguada la garantía por la intervención del tasador.

\* \* \*

19. Después de la parte judicial se ocupa de la administrativa a los efectos propuestos, y hay en sus juicios más de un punto vulnerable. Condenar por falsarios a los que expenden vino o vinagre distintos del de la muestra o de la cuba comprada, aunque sea un fraude, sería pena demasiada de no satisfacerla en dinero, si bien los infractores, tan dañinos como cualquier mercader de mala fe en todo tiempo, merezcan sanción enérgica. En cuanto a la consideración del aumento en la cantidad de la mercancía por adicionarle agua—lo más inocente en esta nuestra época—, soslayando así sisas y millones, habría sido preciso someter a los mercaderes a un registro para determinar los crecimientos, estableciendo una graduación en la forma que fuera y sujetándolas a tipos contributivos, con cuya medida o legalizarían su situación o habrían de multiplicarse los vendedores y alguaciles para conseguir tan dificultoso intento, mayor entonces por tratarse de país de gran producción como era el nuestro, y el coste desproporcionado en armonía con el intento legal conseguido (2).

---

(1) Archivo de Simancas. *Contadurías generales*, lib. 309. *Decreto de suspensión de consignaciones*, en 1575; lib. 300. Idem, 1598; *Consejo y Juntas de Hacienda*, lib. 380. Madrid, 7 de septiembre de 1598. Informe de Juan Cabrera, contrario a la capitalización de intereses.

(2) Varón y Palencia.—*Catálogo de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte*, págs. 725 a 745. La multitud de disposiciones de la *Sala de Alcaldes de Casa y Corte* como las instancias dirigidas a ella sobre modalidades varias de este tráfico, prueban que no se había conseguido enderezar medianamente a los tratantes: restricción de taberneros del vino ordinario y del caro, posturas y lenguas para ponerlas, rótulos en las expendedurías, ventas y compras directas



Para que los carniceros, a los que conocía bien, cumplan su cometido no se le ocurre más expediente que prohibir partir otro carnero sin haber expendido el antecedente. Y por la manera de exponer el asunto y por factores de documentación, creemos no podría atenderse con esas restricciones a los privilegiados en las compras, cumplir con ellos hasta las horas determinadas ni atender al público, retraído hasta que se pusiera otra res a la venta. En cuanto a los pobres, maltratados siempre, a los que se les cargaban los huesos, vieja querella en las carnicerías, suponemos que, como en el siglo xvi, tendrían también defensa contra los obligados, acudiendo a la axerquía, donde como no sujeta la mercancía a tasa y establecido tal centro para amparar a la gente mísera en días señalados del año, les sería posible adquirirla a menos precio, con menos gabelas, con prohibición de reventa, pues el Concejo madrileño lo venía estableciendo así como condición de postura en este miembro de renta local, a fin de limitar la libertad perniciosa de los regatones de oficio (1), interviniendo por las visitas en el orden de expedición y en repesos y censuras.

Trata a continuación de los malos pesos y medidas, y flagela con frase del P. Fonseca, ya consignada, a todos los mercaderes por sus conocidas demasías en la venta ordinaria, en ferias y mercados, tratos y contratos varios, hechos tan probados por pleitos, acuerdos de los Concejos, cautelas de las ordenanzas gremiales, reclamaciones y medidas tomadas con ocasión de los abastos (2).

Una iniciativa muy curiosa, si bien conocida, le es debida a propósito de las faltas imputables a los oficiales que en sus cometidos respectivos vulneran pragmáticas y ordenanzas; el perdón en cada uno de los gremios de las faltas de dos de ellos para que avisen del engaño cometido en el mismo por incumplimiento de

---

penas por aguarlo, registros, licencias de orden vario, certificaciones de precios en los lugares, compras en las doce leguas, restricciones a los herederos, venta de los que entraren a la postura del señor del repeso, puestos y licencias, prohibición de juntas y comidas en las tabernas y que se vendiere en ellas al por mayor, declaraciones de síndicos, que no se tuviesen con nieve, conducción de los llevados en carros derechamente desde los lugares a los sitios donde los vendían por mayor y no los quitasen de ellos ni de día ni de noche, averiguación para que se vendiese lo almacenado en grandes porciones, orden para que los fieles no remitiesen sino a la puerta de las tabernas, sobre que los medidores pasen de cuarenta años, que los taberneros no dieran de comer ni beber a los alguaciles de Corte y que los fieles no visitaren a los taberneros sin llevar escribanos, señalamiento de bodegas a los expendedores de lo caro, prohibición de bancos y mesas para comer, petición para que midiesen las hijas, nietas y sobrinas de doce a veintiséis años y las criadas, licencias para vender en las plazuelas, sobre que no se les molestase por tener agua en las cuevas, licencias para vender el caro con nieve, licencias para abrir pozos, auto para que midieren los taberneros, sus mujeres e hijos, y otros para tener vidrios blancos y no verdes, y permitiendo medidoras, estas y otras muchas de que da buena muestra tan interesante catálogo.

(1) Archivo Histórico Nacional. *Sala de Alcaldes*, años hasta 1622, de multiplicada legislación en las modalidades del tráfico.

Castrillo.—Obra cit., II, pág. 66.

(2) Madrid tenía ordenanzas sobre medidas, año 1583. (Arch. municipal.)

La legislación general estaba contenida en las cuatro primeras leyes del tit. XIII, lib. V de la *Recopilación*.

Castrillo.—Obra cit., II, págs. 63, 69 y 640. Discurre sobre la codicia demasiada de esta gente, sus culpas, las penas legales y las impuestas por las justicias, los apremios para restituir y el castigo con pena crecida si fuese mayor la transgresión por llegar al hurto; las defraudaciones en los pesos aunque se sujeten a tasa y postura, pudiendo el Corregidor castigarlos de plano en las visitas y quebrar las pesas y medidas falsas o no selladas, y corregirlas unas y otras aun en las villas eximidas.

los preceptos legales. Igual sucedía en ferias y en mercados cuando se daba orden de predicar contra las demasías en la contratación de dinero vivo y aun en otras especies, por inmorales: los oradores sagrados, escasamente impuestos en las interioridades de las plazas, tomaban lenguas de los agentes de tratos varios, asentistas, hombres de negocios, bancos, cambios, regatones, corredores de lonja, de oreja, etc., para criticar luego en los pulpitos las transacciones aquellas que no podían sentar en sus libros respectivos ni el cambio ni el regatón. De manera parecida obra actualmente la policía moderna para inquirir por tal medio desafueros mayores de índole varia. Ni puede extrañar la propuesta a la sociedad moderna: las cuestiones de organización mercantil deben ser en muchos casos tan extrañas a la raza, que aun los propios interesados, con la hipoteca de su haber y aun de su crédito, ignoran la trabazón y el régimen de la entidad o del negocio, y se acude a veces para conocerlo a empleados de categoría ínfima por el sueldo, desenvolviéndose el negocio por el peso incontrastable de los hechos, más fuerte que la fatuidad y petulancia de los directores.

\* \* \*

20. Castiga, conforme a su intento, a jugadores, ladrones, rufianes y vagabundos en sus bolsas, y luego, como a todos los demás *vicios*, los echa fuera de la Corte. Son esos seres en «estado peligroso», de que trata, con otros de aproximada condición, el libro VII de las leyes de Indias. Dedicadas las gentes dichas a provechosas granjerías en su mayor parte, poco podría importarles la liberación del delito por dinero, conseguido generalmente a poco esfuerzo; sentarían sus reales en centros populosos o de contratación, sin que la república se librara de ellos por tal medio. En cuanto a los pobres, de cuya clase menesterosa salía tanto maleante, el criterio administrativo de la época era que sostuviese los suyos cada ciudad, villa, o lugar, juicio que se va imponiendo de nuevo en la sociedad presente.

21. Los años de esterilidad daban lugar a un gran recrudecimiento de este mal social, pues había que abrir los hospitales para sostenerlos cuanto se podía, echar sisas al mismo fin sobre especies comestibles o pedir limosna y ahogar a los Concejos y a los pósitos. Tal sucedió en Sevilla por los años 1522 y 1523 a consecuencia de la esterilidad de su tierra y de la de Extremadura. Para no citar sino otro caso, lo mismo sucedía en fines del siglo en León y su comarca efecto de la peste negra que assolaba al país.

22. Otra fuente de vagabundaje fueron la multitud de pretendientes a toda clase de destinos y mercedes, que infestaban la Corte, manteniéndose como podían, asunto de que se ocuparon a porfía Cortes y Consejos; y juntamente con ellos, la masa apreciable de irlandeses católicos, huídos de sus tierras, llegados a Castilla al amparo de Felipe II y que no se restituyeron a su país al firmarse en 1604 el tratado de Londres. En su mayoría era gente moza sin ocupación alguna. De ellos trataba el Consejo de Estado en sesión del día 3 de abril del año citado para que el inquisidor cometiera al P. Florencio Corrio, confesor que fué de O'Donnell, la misión de confesarlos, «cumpliendo con la obligación de este Santo tiempo», y en cuanto a su utilización se determinó hubiera lista de todos ellos, sus calidades y servicios para resolver. Transcurridos unos

años comprendieron al fin nuestros gobernantes cuantos perjuicios ocasionaban a la economía social estas buenas gentes, y desde 1610 se publican respecto a ellos por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte disposiciones restrictivas, mensajeras todas ellas de la desconfianza que inspiraban. Por acuerdo del año citado se dispuso que todos ellos saliesen de la Corte y que alcaldes y alguaciles en la ejecución estuviesen al mandato de D. Diego Brochero, tan conocedor como debía ser de ellos por haber ido en la armada y estado en Irlanda antes del tratado. Sin duda no se cumplió lo ordenado y de nuevo se dicta otro auto, su fecha en 1611, para el extrañamiento de la Corte, y a la vez una lista de exceptuados, la aplicación a la guerra de algunos de ellos, y muchos casos particulares de ese año y del siguiente relativos a la salida de la Villa a seis leguas en contorno, soltura de caballeros y mujeres, destierro de otros y limitaciones para comerciar, poseer fondos y otras cosas, restricciones estas últimas de las que no se vieron libres hasta 1701, pero con las condiciones de que fuesen católicos, hubiesen vivido diez años en estos reinos o hubieren casado con naturales del país.

23. Una causa, finalmente, que proporcionaba porcentaje apreciable en el cómputo de la gente maleante, eran los indultos en aquellos tiempos pretéritos, cuando se concedían sin distinciones ni atención a la conducta del presidiario, sin cárceles que merecieran tal nombre, ni personal capacitado para la corrección del delincuente. Muestra de ello son dos cédulas: una, de 10 de enero de 1572, y otra, de 1 de agosto de 1605, fechada la primera en Madrid, y la segunda en Burgos. Se concede el primer indulto en conmemoración a la victoria de Lepanto y nacimiento del príncipe de Asturias y por ella habían de ponerse en libertad los presos en las cárceles por cualquier delito, exceptuando los de lesa majestad, pecado nefando, falsedad, renegos, blasfemos, ladrones, monederos falsos y resistencia a la justicia. Por la de Felipe III se ordena la libertad de los delinquentes por las infracciones cometidas y no comprendidas en la cédula antecedente.

24. A esas mismas categorías que el arbitrista cita en su propuesta correspondieron por la ley conforme al sentimiento público de aquel período, aunque no los mentara por sus nombres, los gitanos, sospechosos en su conducta privada y pública, bien avenidos con la holganza, de tratos oscuros, ladrones corrientes y molientes a todo ruedo, a quienes dedica cierto discurso atacándolos, un decenio más tarde, el arbitrista Juan de Quiñones, con ánimo de extinguir la contribución de millones y en el cual se refiere a otro anterior, sobre la misma materia, de Salazar y Mendoza.

25. Abrazando nuestras leyes recopiladas todos esos factores de disgregación, se refiere a ellas para penar sus infracciones y hacerlos útiles a la sociedad, en preceptos varios que comenzando en 1387, comprenden, en cuanto se refiere a nuestro cometido, hasta la cédula dada en Belén a 28 de junio de 1619, bajo el título «de los ladrones, rufianes, vagamundos y egipcianos». Y desde tomar a los vagos y servirse de ellos dándoles sólo comidas, vestido y techo, el apremio para que trabajen y la prohibición de mendigar y estar en la Corte, con las penas consiguientes; la declaración de que son vagos egipcianos, caldereros y pobres mendicantes, hasta los perjuicios que ocasionan los rufianes, las penas a que se hacen acreedores, el crecimiento de ellas imponiéndoles las de galeras aunque no cuenten veinte años de edad, las prisiones a los ladrones y el extrañamiento del reino de los egipcianos a menos de tener oficio conocido y vecindad fija, limitándoles últimamente, si se quedaran en el país, a vivir en lugares de



mil vecinos como mínimo y no tratar en compras y ventas de ganados, de todo ello va tratándose sucesivamente en preceptos de carácter genérico y ordinario (1).

26. Las disposiciones de orden específico, digámoslo así, eran las adoptadas conforme a sus atribuciones, tan amplias, por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, figurando cuanto a los jugadores, el registro de los que estuvieran presos por tal delito, en un libro que llevaría el oficial de uno de los escribanos, y prohibición de que hubiese juegos en las puertas y contornos de Palacio y en el cementerio de Santa Cruz (2). De 1609 hay un auto para que se hicieran dos sellos con los cuales, ardiendo, se señalara a los ladrones, y de 1611, consulta para que las justicias de los lugares tomaran señas de los cogidos, enviándolos a la Sala, chancillerías y audiencias, con otras diligencias relativas a la captura (3). Más extensa es la documentación de la Sala respecto a vagos: nombramiento de jueces privativos para que en comisión entendieran en estos asuntos, prohibición de que los tuvieran en bodegones (4), fabricación de dos sellos para señalarlos (5). incoación y prosecución de causas contra los mal entretenidos (6), que salieran de la Corte los que carecieran de oficio y quitaran algo (7), asiento de ellos en un libro, indicando señas, llevado por un portero (8), asistencia diaria a la Sala del alguacil respectivo para dar razón de los presos (9), y pregón y observancia

(1) Lasvignes, Henri.—*Essai d'assistance comparée*. Paris, 1911.

Beaufreton, Maurice.—*Assistance publique et charité privée*. Paris, 1911.

Colmeiro, Manuel.—*Economistas y arbitristas...* Madrid, 1884. En ella se encontrarán referencias a varias obras sobre mendicidad, recogida de los pobres, gente inútil y vagos como la de Argensola cerca de la concurrencia de inútiles a la Corte. Discurso escrito en 1600.

Biblioteca Nacional. Mss. Cc. 128. Sobre mendigos y pobres se tomaron disposiciones varias en tiempo de Felipe III. Ibidem, Mss. Mm., 431, 11.208. A ellas corresponden el epistolario dirigido a este monarca y fechado en Madrid a 10 de marzo de 1599, sobre restringir a los pobres que van pidiendo de puerta en puerta, como vagabundos.

Zúñiga —*Anales de Sevilla*, años 1522 y 1523.

Traslado de la cédula dada en Aranjuez a 6 de mayo de 1602, su data en 23 de mayo del mismo año, cediendo la Colegiata de San Isidoro de León a los frailes Descalzos de la ciudad, el Hospital de San Froilán, destinado a recoger pobres menesterosos, por haber prestado beneficios y ejecutado actos de caridad, como aconteció con motivo de la peste en años pasados. (Archivo Histórico de León, lib. IV, número 26. Acaso hoy en el Archivo H. Nacional).

Archivo de Simancas. Estado, lib. 2.637. El decreto fué «Ordénese esto luego».

Archivo Municipal de Guadalajara. Estante, 8. Legajo de cárceles.

Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1610, fol. 524; 1611, folios 22 a 24 y 63, 65, 67, 75, 97, 106 y 112; 1612, fol. 210, y 1701, fols. 168 y 169.

Salvá y Malleu, Pedro.—*Catálogo de la Biblioteca de Salvá*. Valencia, 1872; 2 vol., número 3.732.

Moncada, Sancho.—*Riqueza firme y estable de España*, Madrid, 1619. Discurso séptimo. En la segunda parte de él trata de la expulsión de los gitanos.

Nueva Recopilación. Leyes I a 17 del tit. XI, lib. VIII. Cuanto a juegos las 25, tit. VII, y 15, tit. XXVI, lib. VIII.

(2) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1617, fol. 458; 1606, folio 30, y 1620, fol. 62.

(3) Ibidem, 1609, fol. 445, y 1611, fol. 129.

(4) Ibidem, 1587, fol. 227; 1588, fol. 249, y 1579, fol. 15.

(5) Ibidem, 1609, fol. 445.

(6) Ibidem, 1611, fol. 144.

(7) Ibidem, 1618, fol. 188.

(8) Ibidem, 1619, fol. 302.

(9) Ibidem, 1617, fol. 36.



sobre las pragmáticas que regían el vagabundaje (1). Copioso es el fondo documental relativo a penas y a galeras, conducción de galeotes a la caja de Toledo, forma de enviarlos, alimentos en ruta, gastos, vigilancia, fianzas, restricciones en conmutación de penas e indultos, instrucciones, brevedad de sus causas (2), con lo que se demuestra que el poder público no era extraño al conocimiento de la cuestión y tomaba medidas múltiples en la materia.

En cuanto a pobres mendigos, hay cuatro preceptos muy concretos: tres de los años 1582, 1583 y 1585 para que no se pidiese limosna, y los necesitados de ella para mantenerse fueran al Hospital general (3), y una del 1592 arrojándolos de la Corte dentro del segundo día del plazo dado para cumplir lo dispuesto (4). Y en relación con los albergados en la cárcel de Corte, para que los pobres sanos o en edad de poder trabajar buscasen amo o salieran de ella (5), y dos autos para que trajesen señal con las armas de la Villa (6) y para que se registrasen en un libro y fabricaran 1.500 tablillas que habían de repartirse entre ellos (7).

La legislación sobre gitanos está basada en la desconfianza que inspiraban y en el temor que se les tenía por sus malas artes. En 1592 se había dispuesto que no hablaran su lengua particular, sino la común, y usaran ellas vestidos de su clase (8), y dos autos, el uno, que saliesen de la Villa y se ocuparan en la labor de la tierra, y el otro, con el fin de que se avecindaran a 20 leguas de ella, el primero de 1609 repetido a lo que parece en el año siguiente (9), y el otro, de 1611 (10).

27. Los comentaristas decían respecto a juegos cuanto debieran velar las autoridades para castigar de oficio a los jugadores públicos, fulleros, tahures y receptores de ellos, prohibiendo casas y tablajerías y ejerciendo constantemente las oportunas pesquisas. Estaban prohibidos el de naipes, de dos reales en adelante; el de dados, vueltas y carteta por cualquier cantidad, los de parar 30 por fuerza, el de bolos entre semana y todos ellos en las calles, en las puertas y contornos de Palacio, en el cementerio de Santa Cruz y en las escribanías del crimen y de provincias. En días de trabajo eran prohibidos a los oficiales, entendiéndose por tales no sólo los de mano de obra, sino los soldados, clérigos, labradores y escribanos. Considerados los jugadores viles en derecho, ni se les podía admitir como testigos idóneos, ni correspondía al tablajero la acción de injuria ni de hurto. Glosadores hubo que entendieron debían ponerse las mismas penas casi que a ellos a mentidores y mirones, ni creyeron algunos fuera neces-

---

(1) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1621, fol. 376.

(2) Ibidem, 1604, fol. 260; 1605, fols. 348 y 370; 1609, fols. 486, 490 y 501; 1611, fols. 131 y 189, y 1613, fol. 475.

(3) Ibidem, 1582, fol. 61; 1583, fol. 95, y 1585, fol. 154.

(4) Ibidem, 1592, fol. 436.

(5) Ibidem, 1605, fol. 387.

(6) Ibidem, 1609, fols. 443 y 446.

(7) Ibidem, 1609, fol. 494.

Recopilación. Leyes 1 a 27, tit. XII, lib. I. *De los romeros, peregrinos y pobres.*

Establece la orden que se ha de tener en pedir limosna a cualquier género de pobres aun- que sean romeros y peregrinos, ciegos, frailes, estudiantes y otros cualesquier; licencias para pedir, quiénes pueden hacerlo sin ellas, y cómo se han de recoger en los hospitales y no andar por las calles.

(8) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1592, fol. 486.

(9) Ibidem, 1609, fol. 425, y 1610, fol. 541.

(10) Ibidem, 1611, fol. 186.

ria la aprehensión del infractor para juzgarle, llegando otros, como Acevedo, a creer que tenía en ello jurisdicción el eclesiástico por estarle cometida la observancia de las fiestas, pudiendo sentenciarlos por lo tanto si cometían el delito al tiempo de celebrarse los oficios divinos (1).

Consideraban como deshonor de los ministros de justicia, se permitieran, por la flojedad y desidia de ellos, ladrones, rufianes, fulleros y vagabundos que no entienden sino de aprovecharse de los sudores ajenos, rehusando el freno de la razón y viviendo a voluntad del apetito. Añadían era ladrón del pan del pobre, el holgazán sano que mendiga de puerta en puerta y de quien dice la glosa sobre San Mateo que más justa cosa fuera corregirle que darle limosna, pues además se disponen a hacer otras maldades, que estos cuestores han reducido en arte de mal vivir. Contrarios a ellos las Partidas que les motejan de holgazanes, acuden a mil medios para fijar la atención del público, siendo obligación de los alguaciles limpiar la población de gente tan dañina, buscándola en bodegones, rondas, etc., y evitando anden de camaradas y de dos arriba. Los superiores deben, a su vez, prohibir los recoja nadie en sus casas, y mientras otra cosa se dispusiere, mandar trabajasen en obras públicas. En cambio, sería importante, sano y cristiano, la recogida en albergues de los que son verdaderamente pobres, imposibilitados para el trabajo, trayendo señal publica para ello, con estancia perpetua en el pueblo donde se alistaren. Por estar todos obligados a trabajar, que es ley de vida, dijo San Pablo: «el que no quiere trabajar, no coma». Y a este propósito el jurisconsulto Pedro Gregorio alaba a jueces y justicias de Francia por el gran cuidado que muestran en el castigo de ociosos y vagabundos.

El vagabundo es para los escritores del siglo xvi, conformes con el concepto de las leyes en la materia, el individuo que no tiene asistencia fija en tierra determinada y, sin poseer hacienda ni tener oficio, sin servir a ningún amo ni trabajar en nada, anda ocioso, vagando, sospechoso, y buscando ocasiones para hurtar y cometer otros delitos. Por esto les llamaron *errones* Homero y Ulpiano. Pero, además, lo son, según las leyes, gitanos y caldereros, a los que deben agregarse los mendicantes sanos y los que llevan tenderuelas con cosas de comer y baratijas de valor escaso, que encubren la ociosidad. A todos ellos se les puede castigar como tales vagos, apercibiéndolos por una vez para que cumplan la ley como ésta lo dispone y lo aconsejan Simancas, Diego Pérez y Pedro Gregorio. Y aún fuera de buen gobierno separarlos de los hijos, y que éstos fueran doctrinados e instruidos en un oficio. Si el que vaga ofende al pueblo donde llega y se hace súbdito de la justicia, la cual tiene obligación y derecho de castigarle, en cualquier parte que fuere preso, se le puede punir, conforme al parecer de Acurcio, la común opinión y las prácticas de buen sentido establecidas en Francia, lo mismo que si fuera rufián por su conexión con el vago.

Tampoco deben consentirse los gitanos y gitanas que estén sin amos ni oficios—que rara vez tienen otro que el de hurtar—, prohibiéndoles toda clase de ventas conforme a lo estatuido en la Recopilación, debiéndose tener presente, dentro y fuera de la Corte, que el resultado de las visitas y comisiones podría ser echar los gitanos a costa de las autoridades que los consintieron por negligencia, tanto más cuanto que muchos se fingen tales, y según Bielso no son sino ladrones, vagabundos y embaucadores (2).

(1) Castrillo.—Obra cit., I, págs. 376, 377 y 509.

(2) Castrillo.—Obra cit., II, págs. 615 y 616.

28. Y toda esta buena gente iban a galeras por tránsitos, a costa de gastos de justicia cuando no hubiere penas de Cámara; de las cárceles locales a las generales, y de éstas a los puertos de mar, gravando el ingreso por las penas dichas, satisfaciendo a costa de ellas alimentos, salarios de guardas, alguaciles, y bagajes para los cansados y enfermos, lumbre, reconocimiento médico, salario al herrero por aherrorjarlas y gastos extraordinarios (1).



29. De las ramera y mujeres deshonestas se ocupa a continuación nuestro arbitrista para castigarlas y que no inficionen a las demás personas. Su dicho de que no se deben consentir sin licencia de las justicias, indica la flaqueza de éstas en tal orden de cosas, aunque la legislación había sido desde tiempos atrás muy casuística. En el siglo xv las mujeres del partido o mancebía debían llevar un distintivo (2), y municipios hubo, como el de Valladolid, que, porque no hubiese contacto con esta clase de mujeres, cerraba la puerta de la mancebía, para abrirla por una callejuela, frente a uno de los brazos del Esgueva, por salir a lavarse estas huéspedesas en la fuente, donde las de otra condición iban por agua (3).

30. Las leyes recopiladas contienen preceptos sobre la materia relativos a mancebas particulares y públicas, determinación de las causas, penas, requisitorias, amonestamientos, apelaciones, apresamientos, criadas de ellas y vestidos, que comprenden disposiciones de Juan I, Enrique III, Reyes Católicos y Felipe II, hasta que, por pragmática de febrero de 1623, Felipe IV prohíbe casas públicas de mujeres en ninguna de las ciudades, villas y lugares de estos reinos (4).

Con las denominaciones varias de damas cortesanas, mujeres tapadas, enamoradas y públicas, había en todo el reino, y sobre todo en la Villa de Madrid, multitud de ellas, cuyo tráfico fué preciso regular sucesivamente por motivos de seguridad en las personas y en las cosas y por razones de higiene. A ello responden, respecto a las cortesanas, los autos de 1609 y 1616, reduciéndolas a vivir en ciertas calles (5), y el de 1617, señalándolas como límites de su residencia el barrio de Lavapiés y calles de la Esperanza, Primavera y Pascua (6). Respecto a las tapadas, hubo una disposición en 1621 prohibiéndolas en absoluto, recuerdo de anteriores pragmáticas, preceptos incumplidos, como tantos otros, puesto que hubo de repetirse con el mismo intento años más tarde, en el de 1639 (7). En fin,

---

(1) Castriño.—Obra cit., II, págs. 615 y 616.

(2) Biblioteca Nacional. Mss. Dd. 125, 18.659, s. 25.

(3) Valladolid. Arch. Ayunt.º Lib. *Actas*, I, fols. 325 y 461 vtos., lunes, 22 febrero, 1501.

(4) Recopilación. Tit. XIX, lib. VIII. *De los amancebados*.

(5) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1609, fol. 433 y 1616 fols. 313 y 316.

(6) *Ibidem*, 1617, fol. 469.

Hay instancias de 1612, fol. 309, y 1616, fol. 284 de las que por no serlo y estar dedicadas a labores, pedían se les concediera licencia para vestir seda.

Cabrera.—Obra cit., 5 julio, 1608 y 29 agosto; se refiere a las medidas tomadas contra las mujeres escandalosas y que no sirven.

(7) Sobre que se observasen las pragmáticas de su prohibición, 1621, fol. 376, y 1689, folios 71 y 87.

de las enamoradas y publicas existe más legislación, y ella se entrelaza con la de la casa pública, que apuntaremos seguidamente. La prohibición de que ni los alguaciles ni persona alguna les cobren los derechos llamados de las perdices sin mostrar título o razón para ello (1), el internado de ellas en el barranco de Lavapiés, conminándolas a que lo hiciesen dentro de los tres días (2), las visitas por estar contagiadas (3), el nuevo señalamiento de barrio (4) y la prohibición por motivos de decoro de que una de ellas, vecino del barranco, comunicase con un portero de Cámara, son muestras en el asunto (5).

31. La casa pública merecía los cuidados de la administración. Se disponía en 1587 el trato que se debía dar a las pupilas, viniéndose por ello en conocimiento de la organización; en 1597, que el padre y madre de ella no excedieran de los precios fijados por la sala (6); se prohibía en 1612 y 1613 salir a las mujeres con su manto doblado (7) ni al patio y casas de los vecinos, por mandato de 1616 (8). Y a la reclamación del prefecto de la congregación Concepcionista del Colegio Imperial, para que, respetándose ciertas fiestas y vigiliass, no ganasen en su tráfico, como se practicaba en las casas de Granada y de Sevilla, venía a contestar la instancia de las mujeres, su data en 1618, sobre que en dichos días les diese de comer la referida congregación (9).

Como vemos, hubo legislación sobrada en la materia a juzgar por la llegada a nuestros días; y mejor hiciera nuestro licenciado, si fué conocedor de ella, en ir la señalando, siquiera en conjunto, llenando sus vacíos y reformando, conforme a su tiempo, lo que tuviera de anticuado; que hemos visto cómo no se permitían, sin permiso de las justicias, y cómo estaba mandada la reclusión en un barrio, y hasta se señalaban las calles. La deshonestidad en las mujeres, que también apunta, no sabemos si referirla a las del trato público o a otra clase de personas que, honorables, fuesen criticadas por el arbitrista por razón de vestido, conversación o costumbres, acaso demasiado libres.

32. Los tratadistas que se ocupaban de cuestiones administrativas en sus obras de naturaleza varia, decían, a este respecto, que los alguaciles debían visitar los mesones, echando de ellos a las mujeres ruines; las mancebías, ordenando que el cirujano a quien tocara el servicio examinase a las enamoradas por si estaban contagiosas, pues había en ello gran descuido, con daño de gente incauta y moza, porque llevaban estos funcionarios ciertos derechos y perdices, evitando también que, de propósito, permanecieran hombres en ellas, motivo de cuestiones, ni que las mancebas se situaran en las puertas, incitando con palabras lascivas y actos deshonestos a los hombres; ni los padres y madres de tales casas de solaz y entretenimiento tomen y reciban en empeño las mujeres ni les presten demasiado. Se prohibía en las mancebías tenencia de armas, ni aun a los autorizados para ello por carrera, por función o con permiso, sin tolerar trueque de

---

(1) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1585, fol. 144.

(2) Ibidem, 1596, fol. 122.

(3) Ibidem, 1604, fol. 176.

(4) Ibidem, 1611, fol. 79.

(5) Ibidem, 1606, fol. 433.

(6) Ibidem, 1587, libro 1.171, fol. 36 y 1597, fol. 141.

(7) Ibidem, 1612, fol. 347, y 1613, fol. 48.

(8) Ibidem, 1616, fol. 274.

(9) Ibidem, 1618, fol. 30.



vestidos entre personal de sexo diferente. Podía arrojarse del barrio a la disoluta en pro de la concordia, como a la soltera o casada que de buena estofa, pero de incorregible y escandalosa vida, perjudicaba a la colectividad, siendo en la materia tan extensas las facultades de alcaldes de Casa y Corte y Corregidores, que, sin embargo de las consiguientes apelaciones, amonestadas en secreto, ejecutaríase el acuerdo, aun sin citación, ni expresando *in* externo causa, o sustituyéndola por otra por mero disimulo (1).

De las sisas y derramas estaban exentas las ramera; si ellas pedían por marido el condenado a muerte cuando le iban a ajusticiar, aceptada la propuesta, conmutábase la pena, conforme al parecer de sesudos jurisperitos nacionales y extranjeros, si bien era más aceptado lo contrario, y Bovadilla dice que nunca vió dejase la sentencia de ejecutarse. De la mitad de las penas arbitrarias podían disponer las autoridades mencionadas, aplicándolas a obras pías, concepto de asistencia pública muy amplio, en el cual iban comprendidos —paridad hasta cierto punto con instituciones moriscas—, viudas y miserables, huérfanos, ánimas, redención de cautivos, estudios, reparos de muros y edificios públicos, guardas de la ciudad o villa y «para que la ramera se recoja» (2). No todo era gratuito para estas mujeres, pues conforme a aranceles las podían llevar los alguaciles los derechos de perdices, a menos que los perdieran como pena por no rondar debidamente ni evitar cuestiones y riñas; del encarcelaje las llevaban desde 1433, 48 ó 24 maravedís, igual que a los rufianes, según que durmieren o no en el edificio, cuando las demás personas satisfacían, respectivamente, 36 y 18, arancel que continuaba en el tiempo que venimos historiando. En Molins de Rey firmaba Don Carlos pragmática concediendo ciertos derechos para desde 1519, y entre ellos figuraban los que podrían llevar los alguaciles de Corte, 12 maravedís por prostituta pública y año y 24 por ramera, distinción extraña, y cuya cuantía era debida a que tuvieran cargo de las guardar y que no recibieran daño ni injuria. El arancel de los derechos de alguaciles de Chancillería era de 46 y 23 maravedís por encarcelaje, y el de los de Corregidores y justicias ordinarias, dado por Isabel I en Alcalá el 1503, de 48 y 24; y por el cuidado de las mujeres de burdel 12 maravedís anuales (3).

Y así como los varones delincuentes y de mal vivir iban a purgar sus delitos y su vagancia a las galeras de España, dedicados al remo, a la galera iban las mujeres del partido en sus varios nombres: las ociosas, mal entretenidas, amancebadas y mozas de servicio que no querían servir (4).



33. Critica luego el arbitrista las cosas de la virtud: los conciertos en las iglesias de personas de distinto sexo, dando lugar los abusos a que en el año de 1622, después de tratar la cuestión diferentes veces, se diera la cédula por la

(1) Castrillo.—Obra cit., I, págs. 151, 384 y 386.

(2) Ibidem, II, págs. 607, 303 y 623.

(3) Recopilación. Ley 4.<sup>a</sup>, tit. XXIII del lib. IV, y tít. XXIV y XXVIII al XXXI del mismo libro.

(4) La separación en las prisiones de los hombres y las mujeres estaba ordenada desde 1519 por disposición de Carlos I dada en Molins de Rey y otra en Valladolid el 1542. Sin em-

que se dividía el templo en dos partes, de suerte que hubiera separación de hombres y mujeres, excesos a que no eran ajenos ni aun los mismos religiosos, «que también ellos hablan y aun muy de espacio». Efectivamente, en 24 de octubre del mencionado año el presidente del Consejo advertía al doctor Alvaro de Villegas el acuerdo que se había tomado en la división expresada, acompañándole un papel sobre la resolución. Decíale que S. M. había mandado en la Junta Grande que la Sala de Gobierno ejecutase luego la precitada división, y se le consultó en 10 del mismo mes confirmando sobre los medios más convenientes de practicarla, uno mandar al doctor Villegas, gobernador del Arzobispado de Toledo, para que de su parte facilite y haga cumplir lo necesario al efecto en todas las iglesias de esta Corte y de su jurisdicción a satisfacción del Consejo, quien nombraría superintendente. Y a otra consulta que el presidente había hecho siete días más tarde, el monarca respondía: «hágase como parece». El presidente, pues, ante tal conformidad, enviaba al rey el papel dirigido al gobernador del Arzobispado para la conclusión de cosa que importaba tanto (1).

Todavía el licenciado D. Francisco de Contreras escribía en 26 de noviembre del mismo año al doctor Villegas acompañando carta de S. M. tocante al asunto. Le dice que habló con el cardenal Sandoval, arzobispo que fué de Toledo, quien trató con su Consejo, y allí disintió de la división en los templos, pero mostróle el papel que iba con carta de S. M., y convencido, mandó se hicieran las divisiones tratadas en las iglesias que en esta Corte eran de su jurisdicción; pero aunque hechas también en algunos monasterios por mandado del rey Felipe III, resistieron por respetos particulares, viniéndose a relajar lo ordenado, de modo que si se exceptuaban los monasterios del Caballero de Gracia y Don Juan de Alarcón, donde se guardaba lo dispuesto y con provechosos efectos, en nin-

---

bargo, el estado lamentable de las cárceles seguía siendo el mismo como se ve por pasajes de la *Relación de la Cárcel de Sevilla*, debida a Cristóbal de Chaves en 1585. En la galera de esta población, aposento muy grande, había más de cincuenta mujeres con los presos, y cierta noche, luego de cenar y divertirse, se habían quedado ellos a dormir. En Guadalajara estaban en promiscuidad en espera de la construcción de cárcel para los varones y habían resultado algunas reclusas embarazadas. Como vemos, la separación de los sexos y el nombre de Galera, se debió, siquiera en sentido legal, al poder público. Cristóbal Pérez de Herrera fué el primer escritor que trató de la materia en un discurso anterior al que lleva la fecha en Madrid a 1595. Las Cortes de Madrid en 1596 y el Consejo de Castilla con jurisconsultos y teólogos de mérito dieron facilidades para la ejecución del proyecto de «Casas de trabajo y labor», llamadas así por el autor en el discurso cuarto de los impresos en Madrid en 1598, que Cadalso cita con error, en su obra ya apuntada, como primer antecedente de esta institución. También menciona a la Madre Magdalena de San Jerónimo, fundadora de la «Casa de probación de Valladolid que en 1608 publicó una obra y en ellas dice dió el nombre de Galeras a las reclusiones de las expresadas mujeres, y en consecuencia se estableció la de Madrid». Por su parte Lafuente asigna la fecha de 1610 a la creación de la Casa-Galera para la reclusión de las mujeres que hacían vida escandalosa. La continuidad de la Galera hasta la fecha de nuestro estudio, se justifica con la documentación de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Si bien es cierto debía haber habido interrupción en este servicio y el edificio no ser propio, conforme a documentos de 1622. Cabrera, en sus *Relaciones*, dice por su parte en 5 de julio de 1608 que habían puesto el nombre de Galera a una casa donde recogen las mozas de servir y otras amancebadas; y en 25 de septiembre de 1610 se refiere a ella como hecha, «a donde condenan las que viven con escándalos. Tal vez se refiera al aposento terminado en 1610 en la cárcel de Corte para las mozas de servicio que no quieren servir y para las vagabundas, hecha en atención a que «el aposento que hay en la galera es muy corto» y en consideración a que estas otras se contaminan en su trato con otras peores que ellas.

(1) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia. L. 889.

gunas otras se hacía caso de ello. Se confirió de nuevo en la Junta Grande citada como el medio más hábil con que se podrían estorbar los grandes pecados y ofensas a Dios en los templos, y exponía la decisión inquebrantable de Felipe IV de su cumplimiento en todos los conventos de la Corte, remitiéndolo a V. S. para que lo mande cumplir en las iglesias parroquiales de esta Villa de Madrid, impetrando con brevedad los mandamientos al efecto. Y aun se remitía memorial para que nuestro embajador en Roma pidiera a Su Santidad diera breve para la división dicha en las iglesias (1).

En este aspecto del arbitrio, la base contributiva estaba por sus tipos mal calculada, pues cien ducados en los nobles, cuando tantos había de pequeño haber, era un exceso. Reconocía sus privilegios de clase y gravaba en quinientos a los otros seglares, y a los eclesiásticos, aunque mejorados en tributos por exenciones a ellos reconocidas. Lo más racional fuera haber establecido grados conforme a un concepto proporcional, con rastro en la historia castellana, ya que no pudiera ser progresivo.

\* \* \*

También se ocupa de la limosna, como vimos, distinguiendo entre los que mendigan por oficio, vicio o necesidad. Cuanto a estos últimos es de alabar la propuesta de que no se dé a ninguno que pueda trabajar, distinción ya notada entre tratadistas de cuestiones benéficas anteriores al arbitrista, representantes de la tradición en este orden, tales como Vives, Pérez de Herrera, Giginta, Cellorigo, Gutiérrez de los Ríos, Batista de Lanuza y Guzmán, distinguiendo en los tiempos nuestros, ya remozada, entre los términos pobreza o pauperismo o indigencia, para dar al pobre el valor social que tiene frente al indigente, caracterizado en el lenguaje administrativo por desnudez completa y definitiva, por un valor social reducido o abolido, con el fin de que actúe sobre cada uno de ellos la asistencia pública, socorriendo a los unos y auxiliando a los otros, procurándoles trabajo adecuado en armonía con sus energías y cooperando al resto de sus necesidades si el producto de su esfuerzo personal fuese insuficiente para cubrirlas, ya que la república tiene obligación por derecho humano y divino de mantener a sus pobres, si bien habrá de aprovechar las utilidades sociales de ellos, reduciendo al mínimo posible los valores inactivos (2).

En armonía con los principios de protección, si a los verdaderamente pobres no se les podía llevar ni cuota ni derecho alguno por letrados, procuradores, escribanos, tasadores, carceleros, etc., ni el obispo los de procuración, amparándoles oídos y consejeros en sus visitas semanales, ordenando el pronto despacho de sus asuntos criminales y señalando el sábado como día en que se veían pleitos de pobres en el orden civil; en cambio, el eclesiástico investido de autoridad en su orden podría prohibir y castigar los cuestores, demandaderos y mendigos seglares que so color de una necesidad mentida pedían falsamente limosna, no de otra suerte que el juez civil al que fingiere ser clérigo para andar pidiendo-

---

(1) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia. L. 889.

(2) Lasvignes Henri y Beaufreton Maurice.—Obras cit.

Leggiardi A. *Los mendigos*. (En *Revista de Filosofía, Pedagogía e Scienze affine*, 1901).



la, según se había visto en nuestros reinos con los que se decían clérigos franceses. Para favorecer a estos indigentes de las condenaciones pecuniarias, se daban algunas sumas para el sostenimiento de los pobres presos, por alimento, vestido, limpieza, etc., y se aplicaban a la Cámara la mitad de las penas pecuniarias en todas las sentencias y acuerdos arbitrarios, con la misma distribución. En armonía con el parecer de que cada poblado debía mantener sus pobres, los atacados de enfermedades contagiosas, sino se les recluía en los hospitales, eran echados del pueblo para los de su naturaleza o vecindad (1).



35. Sobre la licitud o ilicitud del teatro se discutió mucho en el siglo xvi, y admitido el principio de la honestidad del mismo, tuvo paso, sirviendo con el desenvolvimiento de la escena, de base de rendimiento aplicado a cuestiones benéficas como hospitales; pero actores deshonestos y procaces (2) dieron lugar a un mayor recrudecimiento de la crítica, dedicando algunos autores sus vigilias a escribir obras que trataran de la cuestión de modo especial en el sentido ya expuesto (3). Tal vez el librito a que alude nuestro arbitrista sea el que dialogado y de escritor anónimo, inserta en su obra sobre la materia Cotarelo, calificándolo de inédito (4). Nuestro licenciado, con un se dice, sienta la afirmación de que los Corrales de la Corte estaban arrendados en 28.000 ducados anuales, afirmación muy aproximada a la verdad, a la cifra exacta, pues lo cierto es que en el bienio de 1616-1617 lo estuvieran por 27.000, suma importante con la que contaba el Concejo madrileño para minorarla de la cifra de 54.000 que por ese tiempo estuvo obligado a satisfacer a los centros benéficos llamados Hospital general de la Pasión y Niños Expósitos y desamparados, y que recaía sobre las *sisas*, motivo por el cual era natural tuviese interés en la buena administración, efectividad de las fianzas, intervención en los Corrales y buen aderezo de ellos, procurando tanto el ingreso y los ahorros que los regidores se quejaban reiteradamente en el Concejo porque los aposentos que como tales usufructuaban fuesen asaltados por gente que entraba sin derecho ni permiso, moderando la suma de percepción por dejar de adquirir otras localidades. Criticaban también, al mismo efecto, las demasías de los arrendadores de bancos que no pudiendo exigir por ellos, conforme a contrato, sino uno o dos reales, llevaban cuatro o seis. Por la misma consideración entablaban queja por ante el presidente de Castilla en razón del acuerdo y decisión tomada de labrar un nuevo Corral al Juego de pelota, sin intervenir el

---

(1) Castrillo. —Obra cit., t. I, pág. 508, y t. II, págs. 281, 205 y 206, 279, 278 y 39.

(2) Por las circunstancias de los excesos en la expresión y comportamiento de los comediantes, así como por las costumbres y modo de ver las cosas en la época, se daba auto en 1586 para que no representaran mujeres; otro, de 1608, no tolerando que los hombres estuviesen a las puertas por donde entraban y salían ellas, y un tercero, de 1613, prohibiendo fuesen a las comedias las mujeres. (Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Años 1586, fol. 175; 1608, fol. 286, y 1613, fol. 125).

(3) Archivo del Ayuntamiento, lib. XXXIII, fol. 181.

(4) Cotarelo y Mori, Emilio. *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*. Madrid, 1901.



Ayuntamiento ni haber de ser su administrador pues redundaría en perjuicio de los otros, disminuidos así en sus ingresos, y de los intereses, por tanto, de la Villa que satisfaría el déficit resultante de la competencia (1).

Considera atinadas las comedias siendo honestas como decoroso pasatiempo, sentido en que se expresa Santo Tomás aun estimándolas indiferentes, por alivio y alivio del alma, y enjuicia sobre el negocio que se haría librando a la sociedad de la mala moneda, a los hospitales de sostenerse, en gran parte, del producto de ellos y a los hermanos de San Juan de Dios, de pedir limosna derramados por calles y plazas, con peligro de su estado y mengua de su misión, desprestigiados por ello, y en descrédito por aplicar el dinero recibido, más que a los enfermos, a ellos mismos y a templos suntuosos, lujosamente alhajados, crítica que se ve confirmada por la petición del Concejo madrileño para que se rogara en 1621 al señor gobernador del Arzobispado de Toledo, a la sazón en visita pastoral, para que bajando la mano en la de los hospitales, fijase su paternal atención en la manera de vivir y comportarse estos Hermanos (2).

\* \* \*

36. Otro punto capital que trata el arbitrista es «la manera de reparar los hospitales», en el que se ocupa del hospitalero y sus deberes, no dejando las cosas a su libre arbitrio, sino según el orden determinado por la república, un tanto descuidada en tales obligaciones, como se muestra por los libros del cabildo catedral de Almería, respecto al de Santa María Magdalena, del de Santa María Esgueva, de Valladolid, y el de la Misericordia, de Guadalajara (3), sin

---

(1) Archivo del Ayuntamiento. Sección 3.<sup>a</sup>, leg. 476, número 8.

Archivo del Ayuntamiento de Madrid. Libros de actas: XXXIII, fols. 247, 331, 485 y 514 y XXXVIII, fols. 248, 291, 301, 306, 307, 439, 619, 622 y 623, leg. 470, número 4.

(2) Archivo del Ayuntamiento de Madrid. Libro de actas XXXVIII, fol. 446. Sesión del lunes 22 de noviembre de 1621. Entendiéndose que el gobernador del Arzobispado de Toledo visitaba los Hermanos del Hospital de Antón Martín y la conveniencia de que la Villa acudiera a la visita, se acordó que Luis de Valdés y Luis de Vargas, en nombre de ella, den a entender a la autoridad mencionada «el modo de gobierno de los dichos Hermanos y las novedades grandes que hacen no acudiendo al servicio de los pobres y gastando entre ellos la limosna que se allega que habían de gastar con los pobres y todo lo demás que en este Ayuntamiento muchas veces se ha tratado y sobre ello hagan las diligencias que convengan».

(3) Archivo de la Catedral de Almería. Libro de actas II, fols. 2 y 6; martes 28 marzo de 1536. Juntos los señores deán y cabildo dijeron habían sido informados que la viuda de Francisco Espinosa, con cargo de hospitalera en el de la Misericordia, no proveía bien a los pobres manteniendo con los maravedís dados para ellos por los mayordomos, a sí y a sus nietos, dormía en las ropas del Hospital, y si alguno moría «diz que ella les tomaba los dineros si los tenía y no los manifestaba y hacia otras cosas contra la buena gobernación». Unos cuantos mayordomos depusieron contra la acusada diciendo eran ciertas las quejas. Se acordó remover a la hospitalera.

Es de notar que las visitas eran los viernes, la toma de cuentas al hospitalero los sábados y que los visitantes fueron dos canónigos hasta 1545 y después uno. Años más tarde vemos que Almería seguía tan preciada tradición.

Lo mismo puede decirse en tal orden del Hospital de Santa María de Esgueva en Valladolid, por el examen de los libros de hechos y cabildos y por las cuentas, sin embargo de estar mejor administrado.

Archivo municipal de Guadalajara. Actas del Concejo. El de esta población, en el que se

embargo de las visitas continuadas de obispos y ministros seculares, según fuero y patronato (1).

Merece plácemes el buen sentido en la organización para pedir limosna: la formación del presupuesto, la repartición de las consignaciones entre los meses del año, la rotación de las personas de mayor garantía en la parroquia, significación de esta comunidad benéfica, cual en Inglaterra, la esperanza de un rendimiento máximo por la mejor aplicación de la recogida y la especie de socorro al pobre vergonzante, tomando nota de ello «para que el hospital le envíe su ración cada semana»; en que se ve el amparo al desvalido de cierta condición, y el principio del socorro domiciliario, tan extendido en las entidades caritativas de orden privado, conveniente para la unión de las familias por el lazo de la convivencia bajo el mismo techo, principio aceptado en Alemania y después reconocido en la Gran Bretaña (2).

37. En la formación del presupuesto, sin embargo, y al tratar de las rentas perpetuas del establecimiento, debió tocar dos puntos principales para la subsistencia en el tiempo, de memorias, sobre todo, de escaso capital. Uno de ellos llevar al ánimo de las gentes caritativas que en el curso de las edades, por la carestía de la vida, la fundación se iría minorando y habría que unir su rendimiento al de otra u otras para poder sostener las obligaciones, aplicando al efecto de lo estatuido en cada una, la renta global por turno determinado. Ya sucedía esto por los días del arbitrista, y aun en el siglo xvi, con algunas fundaciones si la manda no era cuantiosa, o bien si, por su concreción, se necesitaba al tiempo de la creación suma relativamente pequeña: tantas camas para sacerdotes, personas distinguidas o que fueran de posición, por ejemplo. Es otro punto de precepto general a todas las fundaciones: señalar el poder público, si es que los fundadores no lo estatúan, un máximo para toda clase de gastos de administración, pues en instituciones benéficas, tomado el concepto en su mayor amplitud, se nota con frecuencia cómo los patronos o los administradores, por falta de celo en la cobranza o en el aderezo de la finca para que no disminuyera la producción, o bien por un porcentaje demasiado en los gastos de administración,—algunas de hasta el 25, el 28 y el 33 por 100—disminuían los ingresos, como se puede justificar con los fondos documentales de varios archivos castellanos (3).

38. Es digno de notar, cuando trata de la formación de la masa de capital, los que contribuyen a formarlo, como son los que deben restituir algo, caso de conciencia escasamente repetido en cualquier tiempo; los halladores de cosas que tuvieron dueño, abandonadas por éstos, o que no lo tienen cierto, pues las considera como *res nullius* y las aplica a los hospitales, tergiversando en parte el derecho de propiedad; la limosna procedente de los testamentos, pues con cuidado y

---

refundió con otro el llamado de Trillo por el apellido de su fundador, estuvo durante muchos años al cuidado del prioste y diputados de la Cofradía de la Misericordia, de donde tomó el nombre. Tratóse en 1626 de confiarlo, por concierto con ellos, a los hermanos de San Juan de Dios, de la Capacha, a los que fué entregado el 2 de mayo de 1631; más si antes se morían pobres por falta de asistencia médica y se hundía el cuarto donde se recogían las mujeres, después caían las tapias de la huerta, y el vecindario, más que el Concejo, impotente con la carga, levantaba pausada, discontinuamente y con miseria, los gastos, especies que se pueden comprobar con los libros de actas y documentos de carácter benéfico.

(1) Castrillo.—Obra cit., I, págs. 598 y 602.

(2) Beaufreton Maurice.—Obra cit.

(3) La documentación de los Archivos eclesiásticos de Santa María, San Miguel, San-

visitado el enfermo en primer lugar por el administrador, se conseguirían mandas cuantiosas sabiendo que iban derechamente a los pobres y no a esas otras fundaciones, tan precarias, de las que nada dijo Dios, desvanecidas en el curso del tiempo, o caídas en manos de luteranos, calvinistas o alfaquíes, tomando de todo ello el sustento de enfermos y aplicando el resto a la redención de cautivos, mas prohibiendo impetere nadie limosnas porque podrían quedar perjudicados los hospitales. La visita del administrador tendría lugar cuando el enfermo no tuviera hijos ni parientes pobres, evitando que los religiosos persuadan al doliente en beneficio de sus conventos, pena de extrañamiento a los que faltaren.

39. Varias consecuencias se desprenden de estas propuestas que hemos procurado apuntar para su debido comentario: la mucha fe que tenía el arbitrista en el resultado de la limosna, organizada a un fin único, fiando tanto en el espíritu de caridad de la gente de su tiempo, que creía, con su excedente, poder atender a la liberación de cautivos (1). En verdad que la generosidad del país y el sentido católico de la época fué tanto, que a ellos se deben magníficas y aun ostentosas fundaciones de todo orden, de algunas de las cuales aun se conservan restos venerandos. En la misma Corte, por los días en que proponía el arbitrista sus advertencias, en el Concejo de la Villa se decía, tratando de la imposibilidad en que estaba de entregar a los hospitales la suma obligada, que por limosnas recibían éstos al año 12.000 ducados, cantidad enorme dada la situación, los capitales y el precio de las especies. Su cuidado de que el administrador intervenga cerca de los adinerados, antes que los religiosos, y la pena pedida caso de contravención, indica la desconfianza hacia éstos, merecida por estar siempre en la brecha para acudir a sus conveniencias, aunque pudo decir lo mismo de la clerecía por las medidas de precaución tomadas, cuando sabían dejaba el enfermo algo a la Iglesia, en virtud de disposiciones del ordinario. Ciertamente el argumento esgrimido en contra de muchas fundaciones, pues habían caído en poder de enemigos religiosos, aun pudo reforzar el argumento exponiendo también que lo propio habríamos hecho nosotros con toda clase de ellas, aun las de índole benéfica, después de la conquista del reino de Granada, con los bienes que aplicados por reyes, príncipes y poderosos musulimes o mezquitas, rábitas, alfaquíes, almuedanos, ministros u otros servidores de lugares de oración, servían para la redención de cautivos, socorros de estudiantes, cenas a los forasteros, auxilios a los mezquinos y otras obras pías, y sin variar, en verdad, la esencia de la institución

---

tiago y San Nicolás (a) en Guadalajara; Fuensalida (b) y Torrijos (c) en la provincia de Toledo y Hospital de Santa María de Esgueva (d), en Valladolid, demuestran siguiendo la ruta de las visitas, las cuentas y la toma de éstas; la desidia administrativa, el tipo alto de los derechos de administración, los pleitos y ejecuciones y las reducciones de cargas, con las justificaciones oportunas.

(1) Archivo de Simancas. Consejo Real. Procesos, pleitos y expedientes, leg. 11, fol. 3.

Castrillo.—(II, 623). En el derecho de entonces se consideraba como obra pía la redención de cautivos y a este efecto podían aplicarse a tal fin parte de las Penas de Cámara.

(a) Memorias de Alonso Yáñez (1509), Alonso de Monroy (1557), Juana Merina (1565), Elvira de Liévana (1569), Hernando Gamecho (1577) y María Pecha (1597).

(b) Memorias de María Díaz (1560) e Isabel de Olivar (1385).

(c) Memorias de Luis de Santiago (1584), Bachiller Diego de Yepes y Elvira de Sandoval (1611).

(d) Memorias de Pantaleón Vieri (1529), María de Duero y el secretario de Vizcaya, Francisco de Escobar (XVI).

fueran adscritos muy luego a las iglesias y ermitas católicas, dándose, naturalmente, casos encontrados en los dos campos (1).

El privilegio de la limosna, con prohibición de pedirla otros, fuera un medio práctico siempre que se hubieran notado resultados de esta clase.

Como supletorio se había de acudir a las sisas de la Villa, muy recargadas por tantas obligaciones como sobre ellas pesaban, si bien es cierto que nuestro arbitrista prescindía de todas ellas para atender a sus hospitales. Madrid daba para estos al año siguiente, en vez de los 54.000 consignados para tal atención, 60.000 ducados, en quiebra los millones y las sisas como se decía en el Concejo tratándose de cargas varias que pesaran sobre ellas.

Y aun si todo ello no bastare para deshacer la moneda, debía visitarse el Concejo por todo el dinero que había entrado en su poder desde que volvió la Corte—un período de quince años—lo que indica el poco crédito del Concejo, hecho que puede demostrarse por gastos, cuentas, acuerdos, reclamaciones y pleitos.

\* \* \*

Como vemos, pues, el papel del licenciado Agustín Pérez, comprensivo de algunos aciertos, por el que conocemos datos interesantes de la administración local en la Villa de Madrid, no es enteramente despreciable, aunque fuese de arbitrista, chismeras los productos de ellos, al decir de nuestros procuradores a Cortes, que, por punto general, carecían de autoridad para criticar cuestiones de esta índole.

CRISTÓBAL ESPEJO.

### *Registro de la Propiedad Intelectual*

---

(1) Archivo de Simancas. Escribanía Mayor de Rentas, legs. 302 y 347. Contaduría Mayor, primera época, leg. 131, años 1501 y 1502. *Institución de Patronatos en las Iglesias de Granada*, fol. 37. Registro del Sello, 2 y 8 de febrero de 1502.

Archivo Histórico Nacional. *Libro de los Jerónimos de Granada*, fol. 28 y sigts.

Archivo eclesiástico de Nechite. *Índice de los documentos existentes en 1684*, fol. 9.

Espejo, Cristóbal.—*Rentas de la Agueta y habices de Granada*. Valladolid, 1918.



## VARIEDADES

### Un sainete olvidado: "La Academia de Bolero,,

Sabido es el gran apogeo que en la segunda mitad del siglo XVIII alcanzó el bolero en nuestro país. Entre los numerosos testimonios literarios que así lo confirman, hállanse algunos en aquellas obras de arte menor que a la sazón constituían elementos integrantes de nuestro teatro, es decir, en tonadillas y sainetes.

Uno de esos sainetes, bien típico al respecto, fué escrito por Juan Manuel Martínez bajo el título *La Academia de Bolero*, censurado por las correspondientes autoridades en enero de 1790 y representado por la Compañía de Ribera, y se conserva hoy, manuscrito, en la Biblioteca Municipal de Madrid.

Como cuadro de costumbre de época, es dicho sainete un documento muy interesante. Por este motivo transcribiremos a continuación lo más característico de él.

*La Academia de Bolero* tiene dos cuadros. En el primero se describe el «cónclave, junta o miscelánea de sexos» —son las palabras textuales— donde se enseña a bailar el bolero. He aquí, en efecto, de qué modo se expresa uno de los personajes:

«...Allí  
concurren hombres muy serios,  
pues aunque es verdad que van  
esos que llaman chisperos,  
manolos, y otros a quienes  
les dan varios epítetos (*sic*)  
se sabe allí distinguir  
según merece el sujeto.

A más, que como es escuela  
pública donde instruyendo  
van al principiante, y logra  
perfecciones el ya impuesto  
en cosa tan importante  
como es bailar el bolero,  
ni el plebeyo gana nada,  
ni el noble deja de serlo.»

El ensalzador de aquella escuela de baile elogia también la paz que en sus locales reina siempre. Si en otras Academias eran corrientes los altercados, en ella no; pues jamás presenció aquello

«de patada, pescozón,  
navaja e ir por el suelo  
arrastrando media capa;  
estar columpiando el cuerpo;  
escupir por el colmillo;

llevar ladeado el sombrero;  
lo de «Mira, si no fuera»,  
«Ten prudencia», y por el viento  
ir volando, hechos pedazos,  
del baile los instrumentos.»

En esto aparece un matrimonio palurdo, que vino desde su pueblo natal a Madrid, comisionado para llevar a las fiestas locales «dos boleras y dos boleros», es decir dos danzadoras y otros tantos danzadores de ese popularísimo baile. Marido y mujer quieren informarse de lo que pasa en la susodicha Academia, pues aquí esperan reclutar esos bailarines.

En el segundo cuadro del sainete hay «mutación de salón con muchas sillas a los lados o bancos», y «en cada bastidor, una cornucopia con sus velas correspondientes». Salen al punto varios actores, «todos muy majos». Después aparece un personaje principal, «el tío Espejo», el cual se presenta «muy majo, muchos moños en la chupa, su gran cofia, zapato blanco y vestido a lo bolero». Prevaliéndose de la autoridad que le da su alto papel en esa Academia, entabla con Pepe el siguiente diálogo:

«ESPEJO   Vamos pronto despachando  
              y esas luces encendiendo,  
              que ya los de las guitarras  
              y tiples no estarán lejos.

              Cuenta, Petito, en portarte.  
              Tu padre soy y tu maestro,  
              y el bolero más antiguo  
              que se conoce en el reino.

PEPE       Mire usted, para esta noche  
              sé ya cuatro taconeos  
              distintos

ESPEJO       ¡Si hubieras visto  
              cuando yo era más mozuelo  
              repicar las castañuelas!  
              No te parezca que miento.  
              Tocaba en Madrid, y en Cádiz  
              dicen que se oía el eco.»

El verso «repicar las castañuelas» aparece añadido en el original para sustituir al que decía; «y agarraba las postizas».

Salen a continuación García, Briñoli y Juan Luis con «guitarras y tiples», acompañándoles otros individuos más. Espejo ordena que tomen todos asiento y que los músicos vayan «templando», para que al reclamo acudan aquellos que faltaban aún. Entre los personajes que tras esto hacen su aparición en la escena, se destaca Rafael, pues es un «bolero muy serio y muy crudo», y «se sienta a la punta del tablado».

Entre este desfile de tipos vemos nuevamente al matrimonio palurdo cuya presentación se había verificado en el primer cuadro. Sírvele de mentor Félix, quien declara ante el concurso que aquellos advenedizos se proponían

«aprender el bello  
baile que hoy el buen gusto  
ha introducido en el reino.»

Comenzada la lección, Espejo da instrucciones, como buen maestro que es en la materia. No se bailará bien el bolero—viene a decir—si el danzante no se mantiene derecho, con las rodillas firmes y los brazos en actitudes graciosas.

Antón, dirigiéndose a uno de los actores, le ordena:

«Trae la guitarra  
y la templaré, que quiero  
bailar cuatro seguidillas,  
que se asuste el universo.»

Terpsícore juega desde este momento un brillante papel en la Academia. Por lo pronto, «la señora Luna y Pepe bailaron las dos seguidillas siguientes, las que podrán cantar la señora Rosa, Tadeo y García sólo con guitarra, tiple y bandurria, si la hubiere», como dice el libreto.

He aquí los versos de estas dos seguidillas:

«He visto hoy una gata  
a la bolera,  
el cuerpo todo blanco,  
la cola negra.  
Pues hoy las gatas,  
por entrar en la moda,  
boleras bailan.»

«Es la mujer más firme,  
si a querer llega;  
mas de que llegue alguna  
no hay experiencia.  
Y es la realidad  
que este refrán carece  
sólo de verdad.»

Otra actriz, la Polonia, comenta de qué modo meneaban los danzantes a un tiempo manos y pies mientras bailaban. Espejo, atento a la función docente que se impuso, continúa sus instrucciones para que se puedan bailar boleras con provecho:

«Se empieza por el paseo.  
Ese cuerpo erguido bien.  
Los brazos al aire o sueltos.»

Tócales ahora el turno a la señora Rivera y Manuel para bailar otras dos «siguidillas»—obsérvase la volubilidad ortográfica, que obedeciendo con toda probabilidad a las realidades fonéticas del tiempo, hizo escribir unas veces «seguidilla» y otras veces «siguidillas»—, y la letra que ahora acompañaba a la música dice así:

«Quiero quererte y quiero  
que firme seas.  
Mira si quiero mucho  
como tu quieras.  
Pues mi corazón  
quiere probar, si puede,  
eres excepción.»

«El bolero que a todos  
os avasalla,  
la muerte ha ocasionado  
a las tiranas.  
Viva el bolero,  
que mata a quien a tantos  
había muerto.»

El matrimonio palurdo, informado convenientemente de las «mudanzas» que ante él hicieron dos danzarines versados en la materia, comienza a instruirse en ese arte. Al pretender el patán hacer una «mudanza dificultosa», cae al suelo, y ello le hace desistir del aprendizaje.

De pronto cunde la alarma en la Academia de Bolero. Entre los alumnos presentes hay una muchacha que acudió allí sin que lo supiera su familia y ve aparecer súbitamente a su padre. Para calmar la ira del inesperado visitante, le manifiestan que, bailando el bolero, las muchachas del día tienen más facilidades de hallar un buen partido, a lo cual responde aquel virtuoso varón que una mujer jamás debe conquistar la fortuna por tales medios, sino por su virtud, honestidad y educación. Y añade:

«Los mozuelos  
que dados al vicio corren  
a su precipicio cierto,  
buscan la mujer que cante,  
que baile y toque: defectos  
que, bajo el nombre de gracias,  
les ocasionan mil riesgos.»

El padre no iba solo, sino acompañado de uno de la justicia. Y cuando éste pide sus nombres a los presentes, aumenta el pánico, dando fin esta escena al sainete de Juan Manuel Martínez, que acabamos de examinar.

JOSÉ SUBIRÁ.



## Un traductor de Bécquer

En diciembre de 1896 notificaba el filólogo berlinés, Jorge Carel, a Narciso Campillo su propósito de emprender una traducción en verso alemán de las Rimas de Bécquer, «les deux traductions qui deja existent ne suffisant ni a mes amis ni au lecteur allemand». Solicitaba Carel, al mismo tiempo, datos para una conferencia que acerca del poeta español se proponía dar en la Sociedad científica para el estudio de lenguas modernas, de Berlín.

Del resultado de dicha conferencia da noticia en otra carta fechada en enero de 1897. El tema había sido: «Le poete espagnol Gustavo Adolfo D. Bécquer avec épreuves des Rimes». Asistieron a ella representantes universitarios de estudios de lenguas modernas, entre los cuales el docto romanista, catedrático de la Facultad y presidente de la Sociedad, Adolfo Tobler, que siguió la exposición



de Carel con el libro de Bécquer en la mano. Terminado el estudio sobre e poeta, el conferenciante recitó en versos alemanes unas treinta rimas. «¡Succés brillant et accueil presque enthousiaste!» El público le colmó de elogios por la elección de un poeta tan interesante, traducido en un lenguaje tan original y poético.

Al tiempo que Carel escribe esta carta recibe las pruebas del *Magazin de Litterature* en que se publica su traducción de la Rima: «Dios mío, ¡qué solos se quedan los muertos!» La lectura de esta rima le decidió a hacer la versión de todas las demás. Ignoro si cumplió tal propósito y si sus traducciones llegaron a imprimirse.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.

## RESEÑAS

HAEBLER, KONRAD.—*Handbuch der Inkunabelkunde*. Leipzig. Verlag Karl W. Hiersemann, 1925, 3 hojas + 138 págs., 4.º

Nombrar a Haebler equivale, aunque no se dijera, a recordar con una sola palabra la historia de los estudios, sobre todo en la época moderna, acerca de los *incunables*; y dicho nombre adquiere especial relieve cuando pensamos en el *antiguo libro* ibérico, pues a Haebler debemos la por hoy más completa bibliografía de los incunables de España y de Portugal (1).

La obra que acaba de publicar Haebler es un perfecto resumen de la ciencia de los incunables, a la vez que una *manuductio* al monumental *Corpus* de incunables que está editando la Casa Hiersemann, de Leipzig (2). El autor muestra cierto temor en su prólogo ante la idea de dar a la publicidad su manual de incunables, presintiendo el peligro de no satisfacer plenamente los deseos y esperanzas de los llamados a leer su libro, ya que a unos parecería demasiado lo que a otros sabría a poco. Puede, sin embargo, Haebler quedar satisfecho de su obra.

El manual comprende dos partes: I, La ciencia (de los incunables); II, El libro (Incunable). Es natural que la extensión de ambas partes sea muy distinta.

En la primera, luego de atinadas consideraciones acerca de la naturaleza del incunable, «en el cual el impresor se revela como personal creador de su obra», señala acertadamente como término *ad quem* de la edad de los incunables el año 1500, de tal suerte que ciencia de incunables no es otra cosa que «la historia del libro del siglo xv». Y aunque estos son conceptos por todos admitidos, nos complacemos en llamar la atención acerca de estas equivalencias, para recordar la coincidencia—aun con distinto criterio—de las dos obras maestras de Haebler acerca de los incunables españoles: *Geschichte des spanischen Frühdrucks in Stammbäumen* (3) y *Bibliografía ibérica del siglo XV* (4).

A continuación se ocupa de la historia bibliográfica de los incunables desde 1640 hasta 1925. El momento inicial de estos estudios está señalado por las fiestas que en aquel año se celebraron en Alemania con ocasión del segundo centenario de la invención de la imprenta. Lanzóse entonces la idea de la oportunidad de hacer listas, lo más completas posibles, de todas las obras que se imprimieron primeramente. La primera obra que vino a llenar este deseo fué la de Saubertus

---

(1) *Bibliografía ibérica del siglo XV*. Enumeración de los libros impresos en España y Portugal hasta el año 1500. La Haya, 1904-1917, 2 vols. 8.º, 659 págs.

(2) *Gesamtkatalog der Wiegendrucke* (catálogo general de los incunables), publicado por la Comisión prusiana. 12 tomos, 1925 y 26, Karl W. Hiersemann, Leipzig.

(3) Un vol. en fol. 439 págs., 489 grab., 1923.

(4) Enumeración de todos los libros impresos en España y Portugal hasta el año 1500. La Haya, 1904-1917.

(Noribergal, 1643), que daba a conocer 825 incunables. A ésta siguieron, en los siglos xvii y xviii, las de Labbé, Bengheros, Maittaire, Denis y Laire, para terminar el siglo xviii y comenzar el xix con la obra monumental de Panzer, que había de ser continuada por Hain, siendo completada la de los dos por Burger. Esto en lo que se refiere al estudio general de incunables, pues el especial de cada nación ha dado lugar a numerosos trabajos independientes y de los más diversos autores que Haebler reseña con la competencia y crítica en él peculiares.

La necesidad de renovar la obra monumental de Panzer y Hain, completándola además con los nuevos estudios y hallazgos del siglo xx, hizo pensar en la conveniencia de editar un gran *Corpus* de incunables (*Gesamtkatalog der Wiegendrucke*). La guerra suspendió y retrasó los trabajos comenzados en 1904; pero actualmente puede darse casi por terminada la labor previa de preparación y de sistematización, por lo que bien puede afirmarse que la Comisión nombrada por el Ministerio de Instrucción pública, de Prusia, para publicar el catálogo general de incunables, ha dado feliz remate a la empresa que se le confió. La Casa Hiersemann está ya editando en doce grandes volúmenes el resultado de los estudios e investigaciones realizados en las bibliotecas de España, Portugal, Bélgica, Inglaterra, Alemania, Antiguo Imperio austrohúngaro, Francia, Italia, Países Bajos, Escandinavia, Rusia y Polonia.

Estos detalles nos inducen a creer que dicha publicación será elemento indispensable de consulta y de manejo continuo a los estudiosos e investigadores y confiamos que no habrá de faltar en nuestras grandes bibliotecas, al menos en la Nacional, aunque mucho tememos que no se llenen nuestros deseos, pues estamos demasiado acostumbrados a tener que trabajar sin los grandes repertorios y colecciones siempre indispensables en las salas donde trabajan especialistas e investigadores. Termina la primera parte con una breve noticia de la invención de la imprenta y de su evolución técnica y expansión geográfica durante la época *incunoble*.

La segunda parte, dedicada al estudio técnico del libro incunable, comprende dos grandes capítulos: 1.º, *preparación y disposición del libro*, en el que trata sucesivamente del papel, formato, registro, signaturas, numeración y guardas; 2.º, *impresión del libro*, en que se ocupa de la función de tipos, prensa de imprenta, columnas, clase de escritura, tipos iniciales, grabados en madera, marcas de impresor, impresión en colores, notación musical y títulos, pasando luego a dar noticias muy interesantes y compendiosas acerca de correctores, dotación, ediciones, venta, precios, privilegios, reimpresiones, censura, incunables desaparecidos, encuadernaciones y notas manuscritas, terminando con un interesante capítulo de *historia literaria*, en el que se señalan (atendiendo sólo a los libros impresos) los gustos predominantes de cada pueblo durante la época de los incunables.

Nos llevaría muy lejos el dar a conocer el plan detallado de esta parte. La consideramos perfecta dentro del criterio que el autor se ha impuesto y de la conexión que, aunque él no lo afirme, parece existir entre la edición de este libro y la ya iniciada publicación del *Corpus* de incunables.

Nuestra crítica acerca de la obra mirada en conjunto, se traduce en un ardiente deseo, a saber que haya un competente traductor plenamente versado en estas materias que hiciera no una simple traducción literal sino más bien una traducción-adaptación española, aprovechando los trabajos ya hechos sobre los incunables españoles y las notas y papeletas que figuran en los ficheros de personas cuyos nombres (que omitimos por no herir su modestia) están en la mente de

todos los que lean estas líneas. Mas no bastaría que existiera, como de ello tenemos seguridad, ese traductor adaptador; sería necesario también un buen editor o librero que se animase a realizar la empresa.

P. GALINDO ROMEO.

---

SNEIDER, GEORG.—*Handbuch der Bibliographie. Drittes, unveränderte Manuldruck*. Karl W. Hiersemann. Leipzig, 1926.

De la misma casa de Hiersemann hemos recibido un ejemplar del *Manual de Bibliografía de Schneider*. Razones de orden editorial nos obligan a demorar para el próximo número la recensión de esta interesante obra bibliográfica que merece un estudio detenido.

P. G. R.

---

TREND, J. B.—*The Music of Spanish History to 1600*. Oxford University Press. Humphrey Milford, 1926, XV + 288, págs., 8.º

La «Hispanic Society of America», fiel a sus fines, que tan favorables son para la difusión de la cultura hispana en los pueblos de habla inglesa, ha dedicado a la Historia de la Música española hasta el año 1600 un volumen, registrado con el número 10 de la colección que viene publicando bajo el título *Hispanic Notes & Monographs*, y destinada a recoger ensayos, estudios y breves biografías.

Muy grato nos es ver consagrado este nuevo tomo a la música, tras los reservados por la misma Biblioteca al estudio de Fray Luis de León, Garcilaso de la Vega, Baltasar Gracián, Luis Vives, Arias Montano y otros autores que en pasadas centurias contribuyeron a enriquecer el caudal de nuestra cultura patria con valiosas aportaciones. Y no nos es menos grato advertir, con sólo pasar la vista por la portada, que el nuevo volumen tiene por autor a Mr. J. B. Trend. Porque Mr. Trend es un hispanista que ama nuestra música nacional como debe amarse para que sea completa la veneración hacia ella: con pasión y con conocimiento. Con pasión, por cuanto ha penetrado en su espíritu y ha sabido recoger lo más sustancial de él; con conocimiento por cuanto a sus intuitivas dotes—que hubieran podido inclinar su ánimo en pro de estas predilecciones—suma un dominio técnico de la materia, merced al cual queda justificada, desde los puntos de vista doctrinal e histórico, esa inclinación hacia un arte musical tan distinto del que le ofrece su propio país.

Manifiesta Mr. Trend, en el prólogo, que su principal propósito, al trazar esta obra, fué presentar una serie de ejemplos musicales, cuya inserción hubiera podido ilustrar las obras históricas de Altamira y Ballesteros. Y tal propósito se



realizó, efectivamente, pues vemos aquí esos ejemplos en número de 66, y bien diversos por sus procedencias y caracteres cronológicos, pues, en metódica sucesión, aparecen registrados cantos mozárabes, cantigas del sabio rey, canciones moriscas, himnos de peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela y a Monserrat, fragmentos del Canto de la Sibila mallorquín, melodías de romances castellanos, fragmentos de obras suscritas por los compositores Encina, Guerrero, Morales, Cabezón, Flecha, etc.

Todo esto, por sí solo, daría gran interés a la nueva obra de Mr. Trend. Pero esos ejemplos musicales, que indudablemente nos permiten apreciar tan variados aspectos de la música española medieval como no lo haría la más minuciosa explicación puramente literaria, están enriquecidos con una parte histórica, escrita por el musicólogo inglés, a fin de aclarar y comentar esta documentación viva de una época muerta.

Al estudiar Mr. Trend el «cante hondo» afirma que su «orientalismo» se manifiesta muy acusado en lo superficial, pues descansa, sobre todo, en el modo de ejecutar esas melodías, y no en la esencia de la música misma. Por otra parte, dicho «orientalismo» guarda relación inversa con la antigüedad, viéndose más acentuado en la forma moderna de lo «flamenco», pero más enrarecido en las formas pasadas, como la que ofrece la «siguiriya gitana». En los preludios e interludios instrumentales de la guitarra, ve Mr. Trend música definitivamente occidental, con un sentido de la forma que le recuerda cierta *suite* de Domenico Scarlatti. «Lo peculiar e interesante, así como el sentido de la novedad—escribe—no dependen únicamente de los ritmos, sino también de que aquei instrumento está acordado por intervalos de cuarta, con una tercera en medio, mientras que los violines y otros instrumentos de cuerda, a los cuales nos hallamos habituados, se afinan, salvo algunas excepciones, en quintas y no en cuartas. Además, la escala natural de la guitarra no es una escala ordinaria mayor o menor, sino la escala frigía que en el piano se obtiene comenzando por la nota mi y tocando todas las teclas blancas.»

Los capítulos que el autor dedica a nuestra historia musical se titulan, sucesivamente, «Los moros», «Visigodos y mozárabes», «Alfonso el Sabio», «La primitiva música gallega», «La primitiva música catalana», «La música del Romancero en el siglo xvi», «Madrigales y villancicos» y «Juan del Enzina, Morales y Victoria». Sobre todas estas materias arroja Mr. Trend las luces de su vasta erudición histórica.

Como contraste entre el altísimo valor artístico de algunos músicos españoles, a la cabeza de todos los cuales figura Victoria, señala el autor, como epílogo, la indiferencia de buena parte del pueblo español por la música y la repercusión que tal indiferencia por el arte de los sonidos tiene aún entre los elementos intelectuales, como lo atestigua el hecho—registrado por Mr. Trend con legítima sorpresa—de que no exista en ninguna Universidad española una cátedra de música. Y por ello explica que aún muchas personas cultas de nuestro país crean que solamente la música popular puede ser objeto de atención por los musicólogos que pretendan pasar por personas respetables. Tras lo cual, el autor cierra su obra con estas palabras: «La música, por desgracia, ha continuado siendo la Cenicienta de todas las Artes, aun en España.»

Avalórase este nuevo libro con unas «Notas» ricas en documentación bibliográfica.

JOSÉ SUBIRÁ.

GARCÍA VILLADA, ZACARÍAS.—*La vida de los escritorios españoles medievales*. Madrid, Blass, 1926.

Las notas finales o suscripciones de los códices son minúsculas fuentes de conocimiento. El P. García Villada las aprovecha. La oscura vida de los escribas no nos es familiar; diríamos que, en cuanto a España, nos es casi desconocida. Desconocimiento que se relaciona con la índole anónima del trabajo, como una explicación natural. El hacer y quehacer, duro ejercicio cotidiano «que quita la luz a los ojos», del escriba se olvida ante la obra literaria. Perfección y acabamiento que frecuentemente no era valorado en sí. Por eso los escribas gustaban de añadir algunas notas, dando noticia de su labor y aun de su vida y obras. Conjuntamente a estos pequeños documentos las viñetas completan, en parte, el conocimiento externo del penoso oficio. Emparejando—con habilidad—estos dos elementos de información, el autor traza un esquema de la organización claustral, en cuanto tienen de común, de los escritorios españoles.

Ya Beer dió la lista de los monasterios ibéricos de la alta Edad Media. Centros donde la cultura buscaba un abrigo o remanso; pero, contra lo aceptado, no eran aquellos los únicos lugares propicios a su maduramiento, mas esto ahora no importa. Los *scriptorium*, en cuanto a su parte material, eran estancias reducidas, a veces mínimas, adjuntas siempre a la iglesia. Así vemos, en el *Comentario al Apocalipsis de San Beato*, escrito en 970, procedente del Monasterio de San Salvador de Távora, una de estas oficinas. Dos saletas, para el pergamintero una, la otra el escritorio propiamente dicho. Mas no hay que pensar que fueran así todos, no. La existencia del bibliotecario o del archivero nos habla del trabajo colectivo, de muchedumbre de escribas, los ejemplos son conocidísimos. El cargo de bibliotecario se consigna en el *Liber Ordinum*, mozárabe que editó Ferotin. Organizar y dividir el trabajo era su misión; para ello tenía ya, de antiguo, normas, como la regla de los monjes de San Isidro.

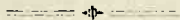
El terminar una copia era día fasto. Los *explicit* son el aportar al fin—«pluma embotada, a la que tanto quiero»—tan anhelado. De aquí parte, casi siempre, nuestro conocimiento de los copistas. Así muchos manuscritos consignan solemnemente el remate y acabamiento del códice; ejemplo: el *Diurno de Fernando I*, el *Libro Mayor de los Feudos* y el *Antifonario de León*, de 1069, especialmente este último. En el folio 20 tenemos representada la entrega que hace Ille, copista, al abad; sus palabras son estas: «...Ve aquí este libro tan útil, dorado y miniado. Merezco yo por ello ser sostenido con tus oraciones. No te olvides del escriba que tanto ha sufrido por ti.» La última lamentación del copista en el acto de la entrega nos la ofrece—ya entrado el siglo xv—Arangel, el de la Biblia de la Casa Alba.

El P. García Villada da noticia de algunos copistas célebres, siguiendo a Beer. Entre ellos está Magio, autor del *Beato de Távora*. Emeterio, su discípulo, y continuador de la obra inacabada por la muerte, dice: «...Magio, presbítero, y converso, archipintor honesto, y, luego, de sí y de su obra nos da, entre otras, esta noticia: «...¡Oh, celda, donde Emeterio estuvo encerrado tres meses sentado y encorvado y donde la pluma quebrantó todos mis miembros.» Lamentación esta del quebrantamiento universalmente consignada. Entre todos, sin

duda alguna, el más interesante es Vigila, monje del Monasterio de Abelda, que copió en 976 el *Códice de los Concilios*, hoy en El Escorial. Sus noticias son sumamente interesantes para el estudio de los *scriptorium*, pero más especialmente para conocimiento de las vicisitudes por que pasó la confección de aquel bellissimo códice; entre ellas merece citarse el diálogo del *Codex* con el *Léctor*, que ocupa el folio 20. Y, por último, no falta copista que al rematar su libro pida, como el buen maestro Gonzalo de Berceo, vino por las fatigas pasadas sobre el rebelde pergamino.

El trabajo del P. García Villada no es más que la iniciación del tema. Con facilidad alcanza los límites de la erudita amenidad, que es difícil maestría.

E. VARELA HERVIAS.



CHACÓN ENRÍQUEZ, J. — *Eduardo Rosales (1836-1873)*. Edición oficial. Madrid, 1926, 191 págs. + XVI láms.

Nada más contradictorio—nos previene el autor de este libro—que la vida y la obra de Rosales: tan robusta, firme y segura ésta, como floja, desmayada y pusilánime aquélla. Por eso, aunque el post-romanticismo de las cartas y diario del artista no nos interese hoy como literatura, tienen tales páginas valor inapreciable en cuanto descubren aspiraciones, tendencias, repliegues espirituales, que facilitan el conocimiento de las obras de uno de nuestros más grandes pintores modernos.

Y si hubo alguno en quien la hostilidad del medio pudo haber hecho fracasar a un formidable temperamento artístico junto con una vocación decidida, ese fué Eduardo Rosales. Trascorrida su niñez en la atmósfera grosera que envuelve la vida española después de los años de feroz absolutismo; huérfano y tísico desde muy joven; atormentado siempre con el espectro de una muerte cercana, las ansias de belleza que se revelan en el niño no hallaron aquí otra fuente que el pseudo-clasicismo davidiano, recientemente importado por José de Madrazo y Juan Antonio Ribera. Con los recursos de una amistad leal marcha a Italia a los veinte años, sin educación literaria, sin orientación, con el instinto por guía. Su juventud en Roma es un tejido de sueños románticos y de frías realidades: el recuerdo de un primer amor, el hospital, el café Greco, la ilusión del cuadro original, la habitación estrecha, la alimentación mezquina, la escasez siempre, tirando de las riendas al Pegaso. Luego, la condicionada protección oficial, menos alentadora, más cruel que la orfandad de la bohemia, y después, en la Patria, la indiferencia pública, las exposiciones y la incomprensión de la crítica manejada por las plumas eminentes. Epoca desorientadora, de indecisiones, de influencias varias, en la que surge personalísima la figura de Eduardo Rosales. No ha tenido maestros. En Pisa le hemos visto, casi niño, admirarse ante los frescos del camposanto; luego en Florencia, como en Roma, ante el Perugino y Ghirlandajo, Andrea del Sarto y Fra Bartolomeo, Leonardo y Rafael. Eso es todo. Por asombrosa intuición ha sabido traer de nuevo al arte español por el cauce de sus grandes

tradiciones. Sin conocer el impresionismo ha creado fórmulas tan estupendas como la *Mujer saliendo del baño*, del Museo de Arte Moderno, y el *Retrato de desconocido*, de la colección Casa-Torres.

La personalidad del gran pintor madrileño, el ambiente social y artístico que le rodeó y la historia y análisis estético de sus principales obras, han llevado a J. Chacón a escribir un libro fervoroso y cálido, de fácil y bella lectura, sin menoscabo del dato documental que no debe faltar en estos temas. Constituye una seria aportación al estudio, no realizado, de la pintura española en el siglo XIX. Así parece haberlo reconocido el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes al premiar la obra en el concurso nacional de Literatura de 1924-1925.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.



MARTÍNEZ KLEISER, LUIS.—*Guía de Madrid para el año 1656*. Madrid. Imprenta Municipal, 1926, 110 págs. fol.

De fecha anterior a esta magnífica *Topografía de la Villa de Madrid, descrita por D. Pedro Texeira* y grabada en Amberes en 1656, existe en la Biblioteca Nacional un ejemplar rarísimo de otro plano, desde luego de dimensiones más reducidas y humildes que las del que ha servido de norma a D. Luis Martínez Kleiser para escribir su interesante guía retrospectiva, publicado hacia las postrimerías del gobierno de España por el tercero de los Felipes.

Pero ni este precioso documento ni la *Planimetría general de Madrid* —comenzada bajo el reinado de Fernando VI, en obediencia debida a lo que hubo de ordenar el marqués de la Ensenada, y concluida en tiempo de Carlos III—, ni el plano que en 1769 dibujó y grabó en esta Villa D. Antonio Espinosa de los Monteros, ni el en relieve del Museo de Ingenieros militares, ni el tan consultado de Martínez de la Torre y Asensio, ni el de 1835, obra de D. Custodio Moreno, ni el suscrito y formado en 1846 a expensas del excelentísimo Ayuntamiento constitucional por los ingenieros D. Juan Merlo, D. Fernando Gutiérrez y D. Juan de Rivera, ni el de Coello de 1849, ni los de 1866, 1870, 1872 —debido a D. José Pilar Morales, 1873— hallazgo feliz del cronista D. Pedro de Répide, 1874— del Instituto Geográfico y Estadístico— ni el de *Madrid y sus alrededores*, de don Ramón Sevillano, ni los de Méndez y Valverde, ni el que salió a luz del establecimiento tipográfico de López, ninguno, con ser todos merecedores de elogio y algunos de ellos del más alto encomio, ninguno, en suma, hasta llegar al publicado en 1911 por el ilustre ingeniero D. Pedro Núñez Granés, ha conseguido de los cronistas e investigadores curiosos y apasionados de la historia de esta Villa de Madrid, la atención, el cariño y los honores—bien justificados por cierto— que hasta el presente ha conseguido y seguirá consiguiendo la topografía de don Pedro Texeira.

Más de una vez escuchamos de labios de nuestro querido maestro D. Carlos Cambronero y Martínez, los conceptos de entusiasmo y admiración, que, el suyo D. Ramón de Mesonero Romanos, prodigaba a esta obra que tuvo la suerte de exhumar del olvido.



Por ella podemos juzgar con perfecto conocimiento, completa y certeramente, del estado y aspecto de la Corte de los Felipes. «Ningún libro —escribe en *El antiguo Madrid*— ni descripción nos servirá tan cumplidamente para ello como la vista material y el estudio de este plano. Su extensión, la exactitud y minuciosidad con que está reproducido en perspectiva caballera todo el caserío de la Villa, en escala bastante extensa para poder apreciar sus pormenores, hacen de este grabado un documento tan precioso como generalmente ignorado por los que han tratado de la historia de Madrid; y como es de temer que con el tiempo lleguen a faltar los rarísimos ejemplares que aún pueden existir, creemos hacer un servicio en consignar aquí sus detalles. Consta dicho plano de veinte hojas de gran marca, las cuales, unidas y pegadas sobre lienzo (como están en el precioso ejemplar que poseemos, y también en el otro muy bien restaurado que conserva el Ayuntamiento), ocupan una extensión de unos ocho pies de altura por diez de ancho o sean cerca de ochenta superficiales.» En la parte superior del plano se lee: «*Mantua Carpetanorum sive Matritum urbs regia.*» Y al lado derecho: «*Philipo IV Rege Catholico forti et pio. Urbem hanc suam et in ea orbis sivi subiecti compendium exhibit MDCIV.*» Y en la parte inferior: «*Topographia de la villa de Madrid descrita por Don Pedro Texeira. Año 1656. En la qual se demuestran todas sus Calles, el largo y ancho de cada una dellas, las rinconadas y lo que tuercen las Plazas, Fuentes, Jardines y Huertas, con la disposición que tienen las Parroquias, Monasterios y Hospitales; estan señalados sus nombres con letras y numeros que se hallarán en la Tabla, y los Ydificios, Torres y delanteras de las Cassas de la parte que mira al mediodia estan sacadas al natural que se podrán contar las puertas y ventanas de cada vna dellas.*»

¿Qué mucho que esta obra admirable haya merecido el concienzudo trabajo que le ha dedicado galanamente D. Luis Martínez Kleiser? Lástima, y grande hubiera sido que la investigación, conjuntamente con el deseo, hubieran caído en otras manos.

Tras un acertado bosquejo histórico de la Villa a principios del siglo XVII, describe el Sr. Martínez Kleiser los recintos amurallados y cercados que ha tenido Madrid, trazando a continuación un itinerario a base del manuscrito que en 1870 regaló D. Valentín Carderera a la Biblioteca Nacional y que encabezan las siguientes palabras: *Libro de los nombres y calles de Madrid sobre que se paga incómodas y tercias partes. Con abecedario.* Comenzó la visita de inspección para señalar tal impuesto el 11 de diciembre de 1625 y concluyó el 26 de junio de 1632. «Al fin del libro existe un apéndice donde se asentaron las casas que se habían construido después de haberse hecho la anterior visita hasta el primero de enero de 1658, según reza el colofón, cuyos son estos conceptos: «En 1 de enero de 1658 se acabó de escribir y se trasladó de donde Dios fué servido».

Con documento tan precioso a la vista y con un estudio perfecto del plano de Amberes, el autor de *El siglo de los chisperos*, comenzó apasionadamente a preparar su obra aportando a ella el sólido y clásico bagaje cultural que posee. El callejero antiguo de Madrid, la aclaración de los nombres que tuvieron las actuales calles y el por qué de su origen, las puertas, las fuentes, figuras preeminentes que fueron propietarios en la Villa y los sitios donde estuvieron sus casas, propietarios graduados de doctor, comadres propietarias, edificios de las instituciones religiosas y benéficas, comercio ambulante y fijo, bodegones y tabernas, precios de los comestibles, sillas de mano, juegos públicos, academias y centros

de cultura, la vida toda de principios del siglo xvii está trazada ante nosotros en esta obra, amena y sabiamente.

Insértanse a continuación las descripciones del plano de D. Pedro Texeira en diez y ocho documentadísimos estudios, a los cuales acompaña como ilustración la correspondiente parcela fotográfica.

El Concejo de Madrid ha tenido un acierto patrocinando y publicando esta obra, escrita en trances de honda amargura por su autor, quien escuchando su propia voz interior ha dedicado acertadamente el libro a la persona que, como ninguna otra, ansiaba leerlo en letras de molde.

J. RINCÓN LAZCANO.



GRAHIT, JOSEP.—*Las campanas de Girona*. Palamós, Imprenta de Llorens Castelló, 1926, 96 págs., 3 hojas, 4.º

Es Josep Grahit una figura muy interesante en el movimiento literario gerundense que tiene entre sus más preclaros artistas a Carlos Rahola. Y ese escritor sabe cuanta poesía difunden las campanas, sobre todo si van vinculadas a la historia de la ciudad en donde llevan siglos y siglos dando al aire sus metálicas notas, porque, fieles evocadoras de la Eternidad, parecen burlarse de Cronos, y porque subsisten imperturbables, mientras las generaciones humanas van cayendo y sucediéndose con perseverante insistencia. Y como las campanas no viven ajenas a la vida urbana, se suman a las alegrías y dolores de la ciudad, cantando jocunda o tristemente, según lo requiere el caso.

El poder evocador de las campanas y su insinuante influjo sobre las almas del vecindario tuvieron en cantor exquisito en aquel Georges Rodembach de *Brüges la Morte* y de *Le règne du silence*. Y en este artista de Gerona, que se llama José Grahit, tienen un apasionado historiador, que por su culto a la tradición y al pasado, ha seguido las huellas de cada una de las que hoy cantan en una población catalana inmortal cual pocas.

Eso es lo que contiene el libro de Grahit: un historial de las 67 campanas existentes en Gerona y diseminadas en las torres y espadañas de la catedral, de las parroquias, conventos y ermitas. Pero este historiador no presenta la aridez que pudiera suponerse, pues junto a los datos cronológicos relacionados con la construcción, bendición y reparaciones de cada campana, se consignan noticias curiosas donde lo anecdótico y lo pintoresco, que son la sal de la Historia, desempeñan un papel importante. Así, por ejemplo, con referencia a las denominadas en catalán «Peixetaras» (Pescaderas), dice que se les dió este nombre por ser las que se tañen por la mañana temprano los días de vigilia, en los que la abstinencia obliga a comer pescado en vez de carne. Y hablando de la campana existente en la iglesia de Santa Susana del Mercadal, recuerda la tradición que aquí reproducimos: Al entrar los franceses en Gerona durante la guerra de la Independencia, acordaron que cuando fueran las diez de la noche del día de difuntos y todos los gerundenses se hallasen en sus casas reposando, invadirían sus hogares para matarlos; pero al llegar la hora trágica esa campana se puso a

tocar por sí sola con toda la fuerza, y como los gerundenses al oírla dejaron sus moradas para averiguar lo que sucedía, se malogró el intento de los invasores.

Puede servir de ejemplo para los tratadistas de análoga materia, interesados por la vida local de otras poblaciones, la forma utilizada por el Sr. Grahit en su volumen, el cual es hijo de un vehemente convencimiento, que dicho autor caracterizó cumplidamente cuando trazaba los párrafos que, vertidos al castellano dicen así:

«Las campanas hacen al pueblo, y las de cada pueblo tienen sonidos diferentes, aunque se parezcan. Pasa con ellas lo que con las voces humanas: no hay ninguna igual, a pesar de que presenten tonalidad idéntica. En una sección de tenores, barítonos o bajos de un coro, la nota será dada con igualdad y uniformidad, pero escuchadas sus voces individualmente, cada una tendrá su resonancia propia que se acentúa al hablar el individuo. Tal sucede con el sonido de las campanas. Aunque unas se parezcan a otras, son todas distintas, en verdad, y el conjunto de las de cada urbe hacen a esa población tan inconfundible como la silueta de sus torres o campanarios, o como el conjunto de sus edificios o montañas.»

Tras lo cual, agrega poco después, con referencia a las campanas de su población natal:

«Cuando anualmente, desde las diez del Jueves Santo hasta la misma hora del sábado siguiente, enmudecen todas las campanas de la ciudad, puede advertirse cuanta tristeza produce esto al espíritu y cuanta añoranza se experimenta, notándose a la vez cuán melancólico sería vivir si no hablasen las campanas, cuyas voces nos son tan conocidas y gratas como las de los seres familiares. Sin estas campanas que hemos oído toda nuestra vida, igual nos sería vivir aquí que lejos de aquí.»

Acompaña al libro del Sr. Grahit un autógrafo del obispo de la diócesis gerundense, muy elogioso para el autor, y le cubre una simbólica portada ornada con un dibujo de Eduardo Fiol.

JOSÉ SUBIRÁ.



MORENO VILLA, J.—*Dibujos del Instituto de Gijón. Catálogo*. Madrid, Artes de la Ilustración, 1926, XVI + 90 + VIII págs. y 48 láms. con 64 fotografs. 8.º

El presente Catálogo viene a sustituir a otro hecho en 1886, con más buena intención que acierto. «Corregir malas lecturas de nombres y firmas; elegir entre las diversas atribuciones que ostentan algunos dibujos; aclarar su significación en los casos posibles; determinar o apuntar en los dudosos y anónimos el tiempo y la escuela o nacionalidad a que corresponden; anotar los detalles que cada hojilla de papel ostenta..., y, finalmente, copiar y reproducir las filigranas ha sido mi tarea», nos dice el catalogador. Ninguna mejor garantía de acierto en tal tarea que la sensibilidad exquisita de Moreno Villa y el sólido conocimiento histórico y técnico que de las artes gráficas posee, según proclaman algunos libros y muchos artículos dispersos en diarios y revistas.

La colección de dibujos del Instituto de Gijón, aunque no la más numerosa de España es de las más importantes por «selecta y representativa». Consta de 797 dibujos, todos ellos reunidos por Ceán Bermúdez y Jovellanos, excepto 32 que son de moderno ingreso. Se cataloga un centenar aproximadamente de obras de escuela de Madrid, firmados o atribuidos a Francisco Camilo, Vicencio Carducho, Carreño, Eugenio Caxés (entre otros, el dibujo para el cuadro de la Santa Isabel, en el colegio de San Antonio de los Portugueses), Claudio Coello, Colantes, Navarrete «el Mudo», Pereda, Lanchares, Sebastián Muñoz y Francisco Rizzi. De seis atribuciones a Velázquez sólo una le parece acertada a Moreno Villa. De Goya hay una prueba de agua fuerte del *Niño de Vallecas* y una atribución de tipos populares, dibujado a lápiz. Hay también dibujos de los escurialenses Rómulo Cincinato, Peregrino Tibaldi y Federico Zúccaro.

Merece hacerse destacar la restitución hecha al Greco del magnífico dibujo *Apóstoles dormidos durante la Oración en el Huerto*. Las palabras *El Griego* que se leen en el papel, originaron la absurda atribución que del mismo se venía haciendo al escultor dieciochesco, autor de la fuente de Apolo en el Prado, Manuel Álvarez, llamado en sus días el *griego* por sus gustos neoclásicos.

Al hacer esta justa reivindicación, el catalogador entrega al Instituto «un valor efectivo, altamente cotizabile» y cree encontrar en ello una compensación a las faltas del Catálogo. No se aumenta, en efecto, todos los días ni aun todos los años, el tesoro artístico de la Nación con obras de la importancia de un dibujo del Greco; pero aparte de esta aportación, el libro de Moreno Villa contiene preciosos datos y sugerencias del mayor interés

La reproducción de dibujos y el trabajo tipográfico son también dignos de elogio.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.

---

SABORIDO SOLER, MANUEL Y HUERTA PEÑA, JESÚS. — *Estudio de antecedentes para la creación de cooperativas locales, aseguradoras de la salud y la organización técnica del seguro contra las enfermedades y la invalidez en todas sus modalidades*. Madrid, Imprenta Municipal, 1926, 107 págs., 4.º

Recientemente y con el esmero a que nos tiene acostumbrados, ha salido de la Imprenta Municipal este interesante estudio, premiado con toda justicia por nuestro Ayuntamiento en el concurso que, sobre diversos temas de interés local, convocó entre sus funcionarios en el año de 1922.

«No es el seguro —escriben los señores Saborido y Huerta— un procedimiento fantástico para improvisar grandes riquezas, cual si cayeran del cielo: es simplemente una institución humana de mutua protección, bella y flexible en sus mil modalidades, pero subordinada siempre a inmutables principios matemáticos y financieros.» Y deseando que sus trabajos y desvelos tengan entre nosotros una aplicación práctica y efectiva, ofrecen a la publicidad esta obra, por todos conceptos apreciable «para dar una idea detallada de lo que podrían ser estas cooperativas, de su morfología especial, constitución y funcionamiento adminis-



trativo, programa mínimo social-sanitario, organización médico y farmacéutica (económicamente considerada), organización matemático-financiera y cauce de su actuación inmediata», presentando y exponiendo de camino un proyecto de cooperativa municipal elaborado en principio sólo para sus compañeros los funcionarios y obreros del Ayuntamiento de Madrid, y no por iniciativa de los a todas luces competentísimos autores —según expresan con noble y plausible modestia—, sino por encargo del secretario de la Corporación, D. Francisco Ruano, verdadero autor de esta idea que, por hermosa y feliz, tantos beneficios podría proporcionarnos a todos.

El índice de su proyecto, contenido en nueve capítulos que agotan el tema, advierte sobradamente cual es su transcendencia y cuantos los provechos y favores que de su implantación conseguiríamos de una manera segura e inmediata.

Cierto que los estudios de esta índole, sobre todo para los profanos y desatentos, suelen ir hermanados con la aridez y la fatiga; pero los señores Saborido y Huerta —donosuras y encantos del talento— han sabido sombrear e impedir tales sucesos con toda maestría. Y es que si bien entrambos prestan a tan metódica y concienzuda investigación sus grandes dotes de matemáticos y sociólogos profundos y del día, uno de ellos —aquél que entre los primeros fué el más cercano maestro que tuvimos al comenzar nuestra labor para con este ilustre Concejo—, no puede olvidar, y bien galanamente demuestra que no lo ha olvidado, sus nobles y antiguos tratos con las Musas hermanas, manadero de donde brota siempre la prosa serena y clara que hace llevadera, por amena y suave, la lectura de todos los libros que, como éste, son graves, hondos y serios.

El premio qué los señores D. Manuel Saborido Soler y D. Jesús Huerta Peña merecen por su trabajo, no podrá ser otro, ni desde luego mejor, que la implantación de su proyecto entre nosotros.

J. RINCÓN LAZCANO.



*Residencia*, I. Madrid, 1926.

Cuaderno de notas de hoy, las más de ayer. Notas breves, tan sólo para recordar, en común, los días y las obras pretéritas, nutriendo así un viejo fuego. Revista de estudiantes, de escolares que aspiran a no romper una ideal falange. Por esto no estamos frente a una revista propiamente dicha. Le falta público, denso y amplio, aunque de antemano cuente con un grupo de lectores. Sin embargo esta propia limitación no implica renuncia alguna de interés superior; por el contrario rompe aquel círculo de la amistad compañera para aspirar a un horizonte más amplio y complejo. De aquí su gran información. Las lecciones dictadas unas veces por los ingenios extraños que vinieron a marcar un momento de su inquietud espiritual o el resultado de su investigación constante—Starkie, Carter, Bruce Cheterston, Frobenius, Cendrars, Paul Claudel, Jacob, etc. Conjuntamente nuestros maestros inician distintos senderos para el mejor hacer y meditar—José Ortega Gasset, Maeztu, Hugo Obermaier, Manuel B. Cossio, Gregorio Marañón, etc. Todo este mundo—espiritual inquietud—es lanzado a los cuatro vientos de la curiosidad para ejemplar estímulo.

Parejamente y en lugar central aparece una sección consagrada a Madrid. Madrid, «hiema del mundo», no es una ciudad clásica para la evocación. Aun menos en estos años últimos en que fué anulada, sentimentalmente, por el prestigio y énfasis de viejas ciudades provincianas. La noble aureola, un tanto barroca, literaria, tan fuerte por ejemplo en el siglo xvii, se desvaneció. Larra, Mesonero, luego nada más que el retorno a Mesonero. Sólo queda sobrenadando el estrato más ínfimo, lo que se llama madrileñismo, madrileñismo de orgaño plebeyo que no es precisamente el de D. Ramón de la Cruz. A «Azorín» se debe una mirada atenta hacia nuestra entrañable ciudad—olvidemos, previamente, toda la literatura de circunstancias sobre Madrid, como innecesaria—en su *Madrid sentimental*. Librillo formado por bellas imágenes matritenses, finamente entonadas sobre el zarco fondo ciudadano. Y de aquí, precisamente, arranca esta *Guía de Madrid* que ocupa el comedio de *Residencia*. Guía integrada por una serie de estampas líricas, diáfanas. Sumario: «Azorín»: *Los monumentos, después—Estrella 20 y 22*; Moreno Villa: *La Residencia*; Juan Ramón Jiménez: *Chopos, Visita nocturna a la Colina*; Manuel B. Cossio: *La Plaza de las Comendadoras*; Alcalá Galiano: *Los jardines de la ciudad*; Bergamín: *La ahijada de la divina*; Gómez de la Serna: *Travesía del Conde*; Giner: *El Pardo*. Estas notas algunas han sido ilustradas, y las más interesantes son las de Lozano—pretexto utilizado delicadamente por nuestro mejor maestro Cossio para pronunciar un haz de estremecidas palabras—el Puente de Toledo por Walcott. He aquí como se ha iniciado un tema tan nutrido de bellas sugerencias. A su buen éxito deben contribuir todos, y de esta manera engendrar un ambiente literario en torno de la Villa, de tono puro, elevado y noble.

*Residencia*, hecha con calor de comunidad afanosa, busca, sobre todo otro empeño, a los amigos de hoy, pero sobre todo a los de ayer que viven, en el instante actual, fuera de la linde ideal de la casa.

E. VARELA HERVIAS.



BAÜER Y LANDAUER, IGNACIO.—*De mi archivo. Varias cartas del siglo XIX*. Madrid, Editorial Iberoafrianoamericana (s. a. 1926), 118 páginas, 4.º

El académico correspondiente de la Real de la Historia, doctor D. Ignacio Baüer y Landauer, ha recopilado en este libro algunas cartas, que, por fortuna, han ido a sus manos, de figuras tan relevantes en la historia del pasado siglo, como María Malibrán (1828, 29 y 32), Martínez de la Rosa (1844), Pastor Díaz (1850 y 54), Ferrer del Río (1856, 57, 60 y 61), Gil de Zárate (1856), duque de Rivas (1857), Ríos Rosas (1868 y 69) y Castelar (1884).

Certeramente, el ilustre recopilador se limita a ofrecer estas cartas a la curiosidad de los doctos y eruditos, sin más glosas y comentarios que una veintena de líneas a manera de prefacio. «El siglo xix—escribe—fué un siglo de luchas y de pasiones en Europa entera. La Revolución francesa abrió nuevos cauces al dere-

cho, y la mano férrea de Napoleón reformó a su capricho, a cañonazos, el mapa de Europa. Todos los países sintieron la fiebre de la sangre nueva que corría por las viejas venas del caduco cuerpo europeo; todas las naciones sintieron el latir revolucionario, que exaltaba los espíritus en todos los órdenes: en el social, en el político, en el literario. Reflejo de esos años de lucha por el ideal, de entusiasmo por el progreso, son la mayor parte de las cartas que en este libro publico, cartas escritas algunas en plena exaltación, otras trazadas entre los bastidores de la política, como expresión sincera de lo que se siente, que muchas veces no dejan las conveniencias sociales que suba del corazón a los labios. Cartas hay, entre las que figuran en este tomo, que parecen escritas para comentar sucesos contemporáneos. De tal modo se repite la historia.» ¡Cuán justos y claros estos conceptos del doctor Baüer! ¿No estimarían los inquietos y mal avenidos del presente y del porvenir como expresión acaso más que feliz, aviesa, de su especial y apasionada manera de ver los sucesos y los hombres, la epístola tenebrosa en demasía que en 8 de septiembre de 1850 escribió al director de la *Revue des Deux Mondes*, el *aunque joven todavía, antiguo diputado*, ex ministro de Instrucción pública, ex rector de la Universidad de Madrid, ex jefe político, periodista, poeta y moderado, D. Nicomedes Pastor Díaz?

Sin embargo, para todos los gustos puede hallarse satisfacción en las cartas recopiladas. Tan variados son sus matices. Así en otra, fechada en Madrid el 11 de diciembre de 1856, escribe don Antonio Ferrer del Río: «No sé a punto fijo cómo se verán desde ahí nuestras cosas por las personas imparciales; pero yo no hallo salvación posible para mi Patria si no en la extinción absoluta de las dominaciones alternativas de progresistas y moderados... Ahora, dígame lo que se quiera, están disueltos los antiguos partidos y en germen la formación y predominio de un gran partido nacional que haga vivir el orden y la libertad en feliz consorcio. A este fin estoy dedicando la pluma, con lisonjeras esperanzas; ¿saldrán fallidas? De todas maneras, la causa es noble y de aquellas en que hasta en sucumbir hay gloria.»

¿Qué pensar del concepto que D. Emilio Castelar tenía de Cánovas del Castillo, después de leer una carta del glorioso tribuno, fecha 14 de febrero de 1884? «Cánovas es un gran orador; pero no es un hombre de Estado...»

Para mayor realce de este libro, editado con gran esmero, reproducé el facsímil de muchas cartas, sin perjuicio de transcribirlas a seguido, fidelísimamente.

Como fin del volumen, insértase una relación de sesenta cartas que, la generosidad, mejor aún, el desprendimiento de D. Ignacio Baüer, brindó hace algún tiempo al creciente tesoro de nuestra Biblioteca Municipal; cartas de San Carlos Borromeo, duque de Alba (1572), Fernando el Católico (1490), Carlos V (1525), Granvela (1572), Felipe III (1604, 1615), Felipe IV (1657), entre otras varias, todas singularmente interesantes, y que, conforme a los deseos de nuestro director, serán publicadas en momento oportuno en estas páginas de la REVISTA DE LA BIBLIOTECA ARCHIVO Y MUSEO municipales.

El doctor Baüer, que a más de los títulos y cargos propios de su carrera, estudios y devociones, ostenta el muy honroso y justificadamente merecido de concejal de nuestro excelentísimo Ayuntamiento, ha realizado, con esta publicación, una de esas obras serias, hondas, verdaderas, dignas siempre de alabanza, merecedoras de imitación.

J. RINCÓN LAZCANO.

# BIBLIOGRAFÍA MADRILENA

## Generalidades

745. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO. Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 396-400.
746. Chillón, C. J.—*La Villa de Madrid*, en *La Revista de Viajes*. Enero-marzo, 1926, págs. 9-11. [Descripción de las bellezas de Madrid actual.]
747. Díe, Francisco.—*Alcalá, la ciudad del estudiante*, en *Actualidad Española*. Año II, núm. 16 (mayo-junio, 1926).
748. Ezquerro del Bayo, Joaquín.—*Siluetas de personajes de la Corte de Carlos IV*, en *Arte Español*, XV, t. VIII, 1926, págs. 31-33.
749. *Madrid, Capital de España*, en *The Times*, 10 agosto, 1926 (número especial para España), pág. 8.
750. Pando-Argüelles, Francisco.—*¿Podría modificarse el clima de Madrid?*, en *Heraldo de Madrid*, 7 septiembre, 1926.
751. [Cuadrado, José M.ª].—*En Cuadrado a Madrid* (correspondencia amb D. Tomás Aguiló), en *Bolletí de la Societat Arqueologica Luliana*, abril-maig y juni-juliol, 1926. Vid. nums. 665 y 596.

## Escritores madrileños

752. Astrana Marín, Luis.—*Dulcinea, modelo vivo de Cervantes*, en *El Imparcial*, 12, 19 y 26 septiembre, 1926.
753. Azorín [seud.].—*Para un estudio de Benavente*, en *A B C*, 21 agosto, 1926.
754. Baeza, Ricardo.—«*Motivos*». *El Ingenioso Hidalgo D. Miguel de Cervantes*, en *El Sol*, 2 y 14 julio, 1926. [A propósito del libro del mismo título, por M. Han Riquer].
755. Benavente, Jacinto.—*Alfilerazos*. Comedia. Madrid, Edit. Hernando, 1925, 50 págs., 8.º
756. Benavente, Jacinto.—*Los nuevos yernos*. Comedia. Madrid, Edit. Hernando, 1925, 50 págs., 8.º
757. Calderón de la Barca, Pedro.—*Comedias*. Colección hecha por J. E. Hartzenbusch. Madrid, Edit. Hernando, 1925, LXXVI-610 y 686 págs., 4.º (Pertenecen a la Bibl. de Autores Españoles, tomos VII y IX.)
758. Calderón de la Barca, Pedro.—*Der Richter von Zalamea*. Schaufp. in 3 Aufz. Für d. deutsche Bühne übers. von A. Wilbrandt. Stuttgart, Cotta, 1925, 91 págs., 8.º
759. Calderón de la Barca, Pedro.—*Die Andacht zum Kreuze*. [La devoción de la cruz]. Übers. von A. W. von Schlegel. Leipzig, Ph. Reclam., jun., 1925, 78 págs., 8.º (Reclams. Universal-Bibliothek, núm. 999).
760. Castrovido, Roberto.—*El busto de Figaro*, en *La Voz*, 13 agosto, 1926.
761. Cervantes, Miguel de.—*Don Quijote*. Con introduzione e note di G. Beccari. Firenze, Le Monnier, 1925, X + 230 págs., 16.º



762. Depta, M. V.—*Cervantes als dramtiker*, en *Zeitschrift fur Französichen und Englischen Untevicht*. Berlín, XXIV, 1925, págs. 339-352.

763. Fichter, W. L.—*Lope de Vega's, «El castigo del discreto», together with a study of conjugal honor in his theatre*. New-York, Instituto de las Españas, 1925, 283 págs., 8.º

764. Larra, Mariano José.—*El doncel de Lon Enrique el Doliente*. Madrid, Edit. Internacional, 1925, 371 págs., 8.º

765. Maeztu, Ramiro de.—*Don Quijote, don Juan y la Celestina*. Ensayos de simpatía. Madrid, Calpe, 1926, 292 págs., 8.º

766. Maeztu, Ramiro de.—*El fracaso del «Persiles»*, en *El Sol*, 7 septiembre, 1926.

767. M[arasso], A [rturo].—*Adolfo Bonilla y San Martín*, en «*Humanidades*», t. XII, 1926, págs. 449-50.

768. Menéndez Ormaza, J.—*El gran Lope de Vega, hombre pequeñísimo*, en *El Imparcial*, 4 julio, 1926.

769. Monteverdi, A.—*Sul testo del «Casamiento en la muerte» di Lope de Vega*, en *Archivum Romanicum*, Florencia, IX, 1925, págs. 453-455.

770. Morley, S. G.—*Strophes in the Spanisch drama before Lope de Vega*. *Postscript*, en *Rev. de Filología Española*, XII, 1925, págs. 398-400. Vid. 693.

771. Núñez Arenas, M.—*Simple palabras en memoria de D. Adolfo Bonilla y San Martín*, en *Bull. Hispanique*, t. XXVIII, 1926, núm. 3, págs. 283-287.

772. Sáinz Rodríguez, Pedro. — *Recordemos a Larra*, en *El Liberal*, 10 agosto, 1926.

### Tradiciones, Costumbres, Folk-lore

773. Castrovido, Roberto.—*La Escuela Pía de San Fernando*, en *La Voz*, 23 julio, 1926.

774. Castrovido, Roberto.—*Madriñeñas. El Prado de Ventura Rodríguez*, en *La Voz*, 4 agosto, 1926.

775. Castrovido, Roberto.—*Madriñeñas. Lo antiguo y lo moderno*, en *La Voz*, 17 septiembre, 1926.

776. Deleito y Piñuela, José.—*La vida madriñeña en tiempo de Felipe IV*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 330-342.

777. Fernández Almagro, Melchor.—*En la acera de los cómicos*, en *La Epoca*, 4 septiembre, 1926.

778. Fernández Amador de los Ríos, José.—*Fiestas madriñeñas. La Virgen del Carmen*, en *El Imparcial*, 17 julio, 1926.

779. Herrero García, M.—*El Madrid de Calderón*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 282-329.

780. López Roberts, Mauricio.—*Del mundo galdosiano. Los hogares de Fortunata*, en *Blanco y Negro*, 12 septiembre, 1926.

781. Navas, Conde de las.—*La tertulia de Puerta Cerrada. Capítulo de mis memorias*, en *La Epoca*, 28 agosto, 1926.

782. Répide, Pedro de.—*Del Antruejo a la Pradera*, en *La Libertad*, 18 julio, 1926.

783. Répide, Pedro de.—*Las mudanzas de San Juan*, en *La Esfera*, 25 septiembre, 1926.

784. Répide, Pedro de.—*Los viejos palacios venidos a menos*, en *La Esfera*, 7 agosto, 1926.
785. Répide, Pedro de.—*Instituciones madrileñas. San Pedro de los Naturales*, en *La Esfera*, 3 julio, 1926.
786. Roch, León [seud.].—*El gran Pósito de Madrid*, en *El Crédito Agrícola*, núm. 16, abril, 1926, págs. 16-19.
787. Roch, León [seud.].—*Del antiguo Madrid. El gran Pósito de Villa*, en *La Epoca*, 4 septiembre, 1926.
788. Romano, Julio.—*De madrugada. El despertar de Madrid*, en *La Esfera*, 4 septiembre, 1926.
789. San José, Diego.—*Del Madrid viejo. Los tiempos del Rey-Alcalde*, en *El Imparcial*, 1 agosto, 1926.
790. San José, Diego.—*Estampas del Madrid viejo. La botillería de Canosa*, en *El Liberal*, 4 septiembre, 1926.

### Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

791. Abril, Manuel.—*Una visita a la Biblioteca Municipal madrileña*, en *Orientaciones*, núm. I, 1926, págs. 35-37.
792. Beltrán de Heredia, Fr. Vicente.—*Los manuscritos de Santo Tomás de la Biblioteca Nacional de Madrid*, en *La Ciencia Tomista*, núm. C, julio-agosto, 1926, págs. 88-111.
793. Curioso de la Corte, El [seud.].—*Andanzas de un Curioso: Un paseo y una conversación.—La biblioteca o el amable refugio.—Los chicos de hoy y los de mañana.—Silencio y Estudio.—Las figuras de los maestros*, en *Actualidad española*. Año II, núm. 16 (mayo-junio, 1926). [Sobre la Biblioteca popular del distrito del Hospicio.]
794. García, G. L.—*Las estampas de la Biblioteca de El Escorial*, en *La Ciudad de Dios*, julio-diciembre, 1925.
795. González, J. M.—*El Centro de Estudios Históricos de Madrid*, en *La Nación*, Buenos Aires, 11 febrero, 1926.
796. *Residencia de Estudiantes [en Madrid]*, en *The Times*, 10 agosto, 1926 (número especial para España), pág. X.
797. Sánchez Alonso, B.—*El Centro de Estudios Históricos y su biblioteca*, en *El Consultor bibliográfico*, Barcelona, 1926, págs. 18-22.
798. Valera Hervías, E.—*Encuadernación del siglo XVI*, en *REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO*, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 375-376.

### Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

799. Beroqui, Pedro.—*Tiziano en el Museo del Prado*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, año XXXIV (1926), págs. 73-91. Vid. 516, 571 y 634.
800. Carriazo, Juan de Mata.—*Salvador Páramo y López, imaginero madrileño*, en *Arte Español*, t. VIII, 1926, págs. 83-90.
801. Castrovido, Roberto.—*Las estatuas de Madrid*, en *Alrededor del Mundo*, 21 y 28 agosto, 1926.

802. Chacón Enríquez, J.—*Eduardo Rosales*. Madrid, 1926, 191 páginas + XVI láms.
803. Ferrándiz, José.—*El templo de San Fernando y su olvidado tesoro artístico*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, III, páginas 366-371.
804. Gómez, Julio.—*Los vitruelistas españoles del siglo XVI*: [Guillermo Morphy] (con diez reproducciones), en *Arte Español*, t. VIII, 1926, págs. 59-66.
805. Gromort, Georges.—*Jardins d'Espagne*. 124 planches, en 2 vols. Paris. A. Vincent et Cie., 1926, 2 vols.-Atlas. Vol. II, planch. 72-77: *L'Escorial*; planch. 78-83: *Aranjuez*. Vol. II, planch. 84-92: *Jardins réservés du Retiro, a Madrid*. (Con texto.)
806. Hoyo, José María del.—*La reforma del Teatro Real*, en *Blanco y Negro*, 18 julio, 1926.
807. Martínez Olmedilla, Augusto.—*La reforma del Español. La casa de la Contaduría*, en *Blanco y Negro*, 1 agosto, 1926.
808. *Museo del Prado. Nuevo decorado y ensanche*, en *The Times*, 10 agosto, 1926 (número especial para España), pág. XII.
809. Navas, Federico.—*La capilla de los Vargas*, en *Blanco y Negro*, 29 agosto, 1926.
810. Nelken, Margarita.—*En torno al monumento a Cajal*, en *Arte Español*, t. VIII, 1926, págs. 49-52 [con cinco reproducciones].
811. Palacios Ramilo, Antonio.—*Real Academia de Bellas Artes... Discursos...* Madrid, Talleres Voluntad, 1926, 31 págs. con grab. fol. [Tema: Palacio de las Artes.]
812. Pemán, César.—*Las miniaturas del «Apocalipsis de Saboya» de El Escorial y sus autores*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, año XXXIV (1926), págs. 24-32.
813. Ramírez Angel, E.—*Teatros desaparecidos de verano. Los Campos Eliseos de Madrid*, en *Blanco y Negro*, 4 julio, 1926.
814. Tormo, Elías.—*En el Museo del Prado: Conferencias de Arte cristiano. La Circuncisión*, en *Bol. de la Soc. Esp. de Excursiones*, año XXXIV (1926), págs. 16-23.
815. Tormo y Monzó, E.—*Los cuatro grandes Crucifijos de bronce dorado del Escorial*, en *Arch. Español de Arte y Arqueología*, I, 1925, págs. 117-145.
816. Tormo, Elías.—*Real Colección de Tapices, única en el mundo. El Museo del Rey*, en *The Times*, 10 agosto, 1926 (número especial para España), página XXI.
817. Tormo, Elías.—*Trinitarias Descalzas, Madrid, alfombra en venta* *Bol. de la Real Academia de la Historia*, t. XXXVIII, págs. 477-483. (Informe de la Academia.)
818. Trend, J. B.—*Escenografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, III, págs. 269-281.

### Obras y proyectos, Planos y guías

819. Bello, Severino.—*Canal de Isabel II. Memoria sobre el estado de los diferentes servicios en 1 de octubre de 1924*. Madrid, Talleres Voluntad, 1925, 5 hojas + 76 págs. + 4 gráfs. + 58 + 37 + 74 págs., 4.º

820. Casanova, Jesús.—*El convenio entre los tranvías de Madrid y el Ayuntamiento perjudica al vecindario*. Madrid, Barrera [1926], 15 págs., 8.º

821. Castrovido, Roberto.—*Madrileñas. Nombres de calles y plazas*, en *La Voz*, 4 septiembre, 1926.

822. Castrovido, Roberto.—*Pontejos contra Pombo. Los aledaños y desahogos en la Puerta del Sol*, en *La Voz*, 15 septiembre, 1926.

823. *El concurso de la Tabacalera*. [Reproducción de los anteproyectos para la construcción del edificio], en *Arquitectura*. Núm. 80, diciembre, 1925.



# CRÓNICA

---

## EL XIV CONGRESO GEOLÓGICO INTERNACIONAL

En realidad, el progreso científico no se verifica mediante el esfuerzo individual ni nacional, sino merced al trabajo de los investigadores de todos los países con arreglo a métodos, reglas y procedimientos comunes. La cultura es de por sí universal y, por lo tanto, descubrimientos, teorías y trabajos no son verdaderamente válidos hasta que son internacionales. Por esta razón son absolutamente necesarios los Congresos científicos internacionales, pues constituyen el medio de echar una ojeada sobre los resultados obtenidos en una rama de la ciencia y de dar direcciones nuevas para el porvenir. En ellos se lleva a cabo, además del intercambio de ideas entre especialistas diseminados por todo el mundo, la discusión y comparación de los resultados obtenidos en diversos países, la unificación de métodos de trabajo, la discusión y aceptación de teorías, la creación de centros internacionales permanentes y la adopción de nomenclaturas, clasificaciones, etc.

Por otra parte, para el país en que tiene lugar el Congreso se ofrece una ocasión, a veces única, de poder mostrar su progreso científico y material.

Esta ha sido una de las razones, por las cuales tiene para nosotros una gran importancia el XIV Congreso Internacional de Geología celebrado en Madrid en los días 24-30 de mayo último, pues se ha puesto de manifiesto el verdadero valor de nuestros yacimientos mineros, la belleza de nuestros paisajes, el interés geológico de nuestra Patria, el desarrollo de la ciencia española, el florecimiento de los centros científicos y el valor de nuestros hombres de ciencia. El éxito ha sobrepasado, todas las esperanzas y por ello es merecedor el Comité de organización de las mayores alabanzas, especialmente el presidente Sr. D. Cesar Rubio y los secretarios Sres. Dupuy de Lôme, Marín y Gorostizaga.

Como prueba de ello indicaremos que el número de congresistas ha excedido de mil, que el de delegados de Gobierno ha pasado de treinta y el de Instituciones, Academias y Centros ha sido de más de 160, entre los que merecen citarse las Universidades de Stambul (Turquía), Leningrado y Moscú (Rusia), de Cracovia y de Jean Casimir (Polonia), la Academia de Ciencias de Leningrado, el Instituto Geológico de Rumania, los Servicios Geológicos de Indochina y China, etcétera.

El día 23 de mayo se celebró la sesión preparatoria, presidida por Mr. Lebacqz, delegado de Bélgica, acordándose nombrar presidente y secretario general al Excmo. Sr. D. Cesar Rubio y a D. Enrique Dupuy de Lôme, respectivamente.

Al día siguiente tuvo lugar en la sala de exposiciones del nuevo edificio del Instituto Geológico la sesión inaugural presidida por S. M. el rey, a la cual asistieron el presidente del Consejo, el ministro de Fomento, varios embajadores y cónsules, el alcalde de Madrid, etc., etc. Pronunciaron discursos el señor presi-

dente del Congreso anterior Mr. Lebacqz y D. Cesar Rubio, que señalaron la coincidencia de este Congreso con el cincuentenario de la creación de estas reuniones internacionales, que tuvo lugar en 1876, y la intervención en ellas de los geólogos españoles Almera y Vilanova. También habló el ministro de Fomento, que, después de saludar a los congresistas, declaró abierto el Congreso en nombre de S. M. el rey.

Las comunicaciones presentadas han sido numerosas e interesantes. En la sección primera, dedicada a las reservas mundiales de fosfatos y piritas, han destacado los trabajos de A. Zavaritzky y de S. Maliavkin sobre los yacimientos rusos de ambos minerales.

Sobre la Geología del Mediterráneo, que era el tema de la segunda sección, se presentaron numerosas comunicaciones, de las que citaremos tan sólo las de D. Jiménez de Cisneros y H. Joly, M. Gignoux y P. Fallot. En la sección tercera, en la que se trató de la fauna silúrica y cambriana, se leyeron trabajos de interés de H. M. Ami, E. O. Ulrich, J. Czarnocki y A. Carbonell, y en la cuarta, en que se discutió la geología de Africa y sus relaciones con la de Europa de O. H. Little, P. Russo, F. Dixey, etc. El gran paleontólogo Mr. Depéret dió en la sección quinta una conferencia interesantísima sobre los monos fósiles del Plioceno de Francia. Entre los trabajos presentados sobre plegamientos hercinianos destacan los de J. Fromaget, y A. Carbonell, y entre los que tratan de los foraminíferos terciarios, el de F. Gómez Llueca.

En las secciones 8.<sup>a</sup>, 9.<sup>a</sup> y 10.<sup>a</sup> se dieron a conocer abundantes comunicaciones, destacando entre las relacionadas con el tema de las teorías modernas de metalogenia, las de A. de G. Rocasolano, A. Demay, W. Petrascheck, A. Carbonell, A. de Alvarado, etc. También son muy interesantes los trabajos sobre vulcanismo, de N. J. M. Taverne, B. Poliakov, V. Inglada, F. Slavik y A. Carbonell.

Correspondiente a la novedad de los estudios geofísicos, fué la sección más interesante del Congreso. En ella presentaron comunicaciones R. Krahmann, J. Koenigsberger, F. Kossmat, V. Kindelan, M. Barandica, J. Miláns del Bosch, etc.

La sección 11.<sup>a</sup>, o de varios, ha sido fecunda en trabajos de interés, como los de A. Guerassimov y V. Renngarten sobre geología del Cáucaso; los de S. Zuber, el de H. Mansuy, sobre el hombre al comienzo de los tiempos neolíticos en Indochina; el de J. J. Panneroek van Rheden y Th. Reinhold, sobre las terrazas del Mosa y del Rin; el de A. Marín, sobre el terciario del Valle del Ebro, y el de P. Wernert, sobre la caracterización faunística del loess antiguo.

Además, pronunciaron conferencias interesantísimas, que fueron muy celebradas por todos los congresistas, el profesor W. de la Sauce, sobre yacimientos de lignitos; el profesor R. Krahmann, sobre resultados prácticos de los métodos electromagnéticos y eléctricos en la investigación de minerales; el Sr. Rocasolano, sobre el estado coloidal de la materia en la formación de los yacimientos metalíferos; el Sr. Carandell, sobre fisiografía del río Piedra, y el Sr. Meseguer, sobre el oro y sus yacimientos en España.

Con anterioridad al Congreso tuvieron lugar excursiones a Marruecos, a la Serranía de Ronda, a los yacimientos metalíferos de Linares y Huelva, al Valle del Guadalquivir, a las sierras Béticas y a las Islas Canarias.

Durante el Congreso, además de dos excursiones artísticas a El Escorial y Toledo, se efectuaron otras científicas a las minas de Almadén, a la Sierra de Guadarrama, dirigida por los Sres. Obermaier y Carandell, y a Aranjuez y Colmenar de Oreja.

Después del Congreso se verificaron viajes de estudio a la cuenca hullera de Asturias y a los terrenos paleozoicos, a los yacimientos ferríferos de Bilbao, a la cuenca potásica de Cataluña, a los Pirineos y a las Islas Baleares.

Para todas ellas se han publicado guías, espléndidamente encuadradas e ilustradas con multitud de figuras, láminas y mapas en color. Todas ellas son verdaderas monografías, en las que se exponen cuanto se sabe hasta el día, de la región de que se trata.

Intencionalmente hemos dejado para el final la noticia de la cooperación de nuestro Municipio, el que, además de haber obsequiado a los miembros del Congreso con dos fiestas, una en nuestra hermosa Rosaleda y otra en el Teatro de Apolo, ha contribuido en las tareas científicas del mismo.

A este efecto se repartió gratuitamente un trabajo de D. José Pérez de Barradas, titulado *Estudios sobre el terreno cuaternario del Valle del Manzanares* (Madrid).

Se hicieron dos ediciones: una en castellano y otra en francés, y ambas fueron muy celebradas por todos los congresistas.

Además, en una sala del actual Museo Municipal, se instaló una pequeña exposición de Geología y Prehistoria madrileña. En vitrinas se mostraban los ejemplares más típicos de las industrias paleolíticas más importantes descubiertas en los alrededores de la capital.

En una vitrina se exponían las industrias chelense y precapsiense, esta última nueva para la ciencia, del yacimiento de El Sotillo.

Otra estaba dedicada al chelense y acheulense de San Isidro, y las restantes a las industrias musterienses en general, al Musteriense iberomauritánico de El Sotillo, también nueva para la ciencia, y a la discutida industria de las canteras de Vallecas.

Colgados de las paredes se veían el mapa de los yacimientos prehistóricos de Madrid, el mapa geológico de la parte baja del Valle del Manzanares, un corte del yacimiento de San Isidro y otros cortes geológicos.

Esta exposición fué muy visitada, y el Sr. Pérez de Barradas, delegado de nuestro Ayuntamiento, oyó grandes elogios de personalidades como los profesores H. Dewey y W. J. Sollas (Inglaterra); H. M. Ami (Canadá); J. Van Baren (Holanda); J. Woldrich (Checoslovaquia); W. Wolff (Alemania); P. Wernert (Francia), y H. Obermaier (España).

También se organizó una visita a los yacimientos paleolíticos del Valle del Manzanares.

Esta REVISTA se complace en señalar la intervención del excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en las tareas científicas del XIV Congreso Internacional de Geología, y cree en deber indicar que se debe al apoyo de los señores alcaldes, D. Alberto de Alcocer y del excelentísimo señor conde de Vellellano, cuyo amor por todo lo referente al engrandecimiento del pueblo de Madrid es bien notorio.

En esta ocasión se ha hecho una propaganda considerable de un sector importante de la historia de Madrid; esto es, de su prehistoria, que, al fin y al cabo, es historia, y en las bibliotecas de todos los congresistas, y dentro de poco en las más importantes de todo el Globo, especialmente en las de los países hispano-americanos, habrá un libro que demostrará la labor de alta cultura realizada por nuestro Municipio y la atención que concede a la investigación científica.

REVISTA  
DEL  
ARCHIVO, BIBLIOTECA Y MUSEO

TOMO III

(AÑO 1926)

ÍNDICE GENERAL

Número IX

EMILIO COTARELO Y MORI.—*Sobre quién fuese el raptor de la hija de Lope de Vega*, página 1.

AMALIO HUARTE Y ECHENIQUE.—*El Mayorazgo de treinta y cuatro cuentos*, pág. 20.

JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO.—*La Alameda de Osuna*, pág. 56.

IGNACIO CALVO.—*Posibles Cecas Madrileñas*, pág. 67.

JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS.—*El neolítico de la provincia de Madrid*, pág. 75.

JULIO GÓMEZ.—*Don Blas de Laserna. Un capítulo de la historia del teatro lírico español visto en la vida del último tonadillero*, pág. 88.

VARIEDADES: J. DOMÍNGUEZ BORDONA: *Un libro de la viuda de Bécquer*, página 105.—J. J. MORATO: *El Estudio de la Villa*, pág. 108.—ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA: *Establecimiento de la Fontana de Oro*, pág. 110.

RESEÑAS: Millares Carlo, Agustín.—*De Paleografía visigótica: A propósito del «Codex toletanus»* (J. ARTILES), pág. 114.—Conde de Cedillo.—*Ocios poéticos* (M. M.), pág. 115.—*Espina y Capo, Antonio.-1850 a 1920. Notas del viaje de mi vida. 1850 a 1860* (J. RINCÓN LAZCANO), pág. 118.—Obermaier, Hugo.—*El Hombre fósil* (JOSÉ PÉREZ DE BARRADAS), pág. 119.—Wagner, Ricardo.—*El arte de dirigir la orquesta* (M. M.), pág. 121.—Mortet, Charles.—*Le format des livres. Notions pratiques suivies des recherches historiques* (JENARO ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 122.—*A Quintana.-Corona de Oro, 1855. Poema desconocido de Gustavo Adolfo Bécquer.*—(J. D. B.), pág. 123.—Alvarez Osorio, Francisco.—*Una visita al Museo Arqueológico Nacional* (E. VARELA HERVIAS), pág. 124.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 125.

ANGEL ANDARIAS.—*Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Municipal*, página 129.

LIBROS RECIBIDOS, pág. 130.



## Número X

- EMILIO COTARELO Y MORI.—*Una tragedia real de la Avellaneda*, pág. 133.
- JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, pág. 158.
- MANUEL MACHADO.—*Un curioso manuscrito inédito. La autobiografía de Don José Álvarez Guerra*, pág. 177.
- JOAQUÍN EZQUERRA DEL BAYO.—*Casa de Campo y heredamiento de la Florida y montaña del Príncipe Pío*, pág. 184.
- AURELIO BAIG BAÑOS.—*Alrededor del cervantófobo Don Valentín de Foronda*, página 189.
- M. CONCEPCIÓN ALFAYA L.—*Datos para la historia económica y social de España*, página 203.
- JULIO GÓMEZ.—*Don Blas de Laserna. Un capítulo de la historia del teatro lírico español visto en la vida del último tonadillero*, pág. 222.
- VARIEDADES: ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA: *La tonadilla de Garrido*, pág. 241.
- JOSÉ SUBIRÁ: *Un villancico teatral: «Los tres Sacristanes»*, pág. 246.
- RESEÑAS: GONZÁLEZ PALENCIA, ÁNGEL.—*Historia de la España musulmana* (M. ALARCÓN), pág. 250.—*Obermaier, Hugo.-Die Bronzezeitlichen felsgravierungen von Nordwestspanien* (E. VARELA HERVIAS), pág. 251.—*Gesamtkatalog der Wiegendrucke. Herausgegeben von Kommission für den Gesamtkatalog der Wiegendrucke* (J. ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 252.—*Pemán, José María. Nuevas poesías. Segunda parte De la vida sencilla* (J. RINCÓN LAZCANO), página 253.—*Van Meel, J.-Bibliothèques publiques, Salles de Lecture, Bibliothèques d'enfants, Bibliothèques techniques et circulants* (J. ARTILES RODRÍGUEZ), pág. 255.—*Bordiú, José.-Memoria escrita en defensa del Madrid viejo* (J. RINCÓN LAZCANO), pág. 256.—*Sánchez Albornoz y Menduñá, Claudio.-Estampas de la vida en León durante el siglo X* (ROSARIO FUENTES), pág. 257.—*Martín Lázaro, Antonio.-Fuero castellano de Béjar, siglo XIII* (E. V. H.), página 259.
- BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 260.
- NECROLOGÍA, pág. 264.
- ÁNGEL ANDARIAS.—*Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Municipal*, página 266.

## Número XI

- J. B. TREND.—*Escenografía madrileña en el siglo XVII*, pág. 269.
- M. HERRERO GARCÍA.—*El Madrid de Calderón*, pág. 282.
- JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, pág. 330.
- ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA.—*Don Pedro Montengón y su novela «El Eusebio»*, página 343.
- VARIEDADES: JOSÉ FERRÁNDIZ: *El templo de San Ferrnando y su olvidado tesoro*

artístico, pág. 366.—JOSÉ SUBIRÁ: *Bajo el imperio de la tonadilla. Un desafío de dos populares cantantes*, pág. 371.—E. VARELA HERVIAS: *Encuadernación del siglo XVI*, pág. 375.

RESEÑAS: *Menéndez Pidal, R.-Poesía juglaresca y juglares* (AMADO ALONSO), página 377.—*Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Sala de Alcaides de Casa y Corte. Catálogo por materias* (CRISTÓBAL ESPEJO), pág. 380. *Anibal, C. E. Ph. D.-Mira de Amescua. I. El arpa de David. Introduction and Critical Text. II. Lisardo-His pseudonym* (JOSÉ SUBIRÁ), pág. 384.—*Castro, Américo.-El Pensamiento de Cervantes* (DÁMASO ALONSO), pág. 385.—*Espina y Capo, Antonio.-1850 a 1920. Notas del viaje de mi vida. 1861 a 1870* (J. RINCÓN LAZCANO), pág. 389.—*Gallego y Burín, Antonio.-José de Mora* (JOSÉ SUBIRÁ), pág. 391.—*Merriman, Roger Bigelow.-The rise of the Spanish empire in the old world and in the new* (CRISTÓBAL ESPEJO), pág. 392.—*León Peralta, Alberto.-La moderna ciencia del urbanismo. Sus enseñanzas y aplicaciones a la mejora moral y material de las grandes urbes* (J. RINCÓN LAZCANO), página 394.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 396.

## Número XII

AGUSTÍN G. DE AMEZÚA Y MAYO.—*Las primeras ordenanzas de la Villa y Corte de Madrid*, pág. 401.

J. DOMÍNGUEZ BORDONA.—*Centenario del autor de «Pepita Jiménez».* *Cartas inéditas de Valera*, pág. 430.

CRISTÓBAL ESPEJO.—*Las dificultades económicas en España en el primer tercio del siglo XVII y las soluciones particulares*, pág. 463.

VARIEDADES: JOSÉ SUBIRÁ: *Un sainete olvidado: «La Academia de Bolero»*, página 500.—J. DOMÍNGUEZ BORDONA: *Un traductor de Bécquer*, pág. 503.

RESEÑAS: *Haebler Konrad.-Handbuch der Inkunabelkunde* (P. GALINDO ROMEO), página 505.—*Sneider, Georg.-Handbuch der Bibliographie. Drittes, unveränderte Manuldruck* (P. G. R.), pág. 507.—*Trend, J. B.-The Music of Spanish History to 1600* (JOSÉ SUBIRÁ), pág. 507.—*García Villada, Zacarías.-La vida de los escritorios españoles medievales.* (E. VARELA HERVIAS), pág. 509. *Chacón Enriquez, J.-Eduardo Rosales (1836-1873)*. (J. DOMÍNGUEZ BORDONA), página 510.—*Martínez Kleiser, Luis.-Guía de Madrid para el año 1656*. (J. RINCÓN LAZCANO), pág. 511.—*Grahit, Joseph.-Las campanas de Girona*. (JOSÉ SUBIRÁ), pág. 513.—*Moreno Villa, J.-Dibujos del Instituto de Gijón*. (J. DOMÍNGUEZ BORDONA), pág. 514.—*Saborido Soler, Manuel y Huerta Peña, Jesús.-Estudio de antecedentes para la creación de cooperativas locales, aseguradoras de la salud y la organización técnica del seguro contra las enfermedades y la invalidez en todas sus modalidades.* (J. RINCÓN LAZCANO), pág. 515. *Residencia*. (E. VARELA HERVIAS). pág. 516.—*Baüer y Landauer, Ignacio.-De mi Archivo. Varias cartas del siglo XIX*. (J. RINCÓN LAZCANO), pág. 517.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA, pág. 519.

CRÓNICA: *El XIV Congreso Geológico Internacional*, pág. 524.



## ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- ALARCÓN, M.—*González Palencia, Angel.-Historia de la España musulmana*, página 250.
- ALFAYA L, M. CONCEPCIÓN.—*Datos para la historia económica y social de España*, pág. 203.
- ALONSO, AMADO.—*Menéndez Pidal, R.-Poesía juglaresca y juglares*, pág. 377.
- ALONSO, DÁMASO.—*Castro, Américo.-El Pensamiento de Cervantes*, pág. 385.
- AMEZÚA Y MAYO, AGUSTÍN G. DE.—*Las primeras ordenanzas municipales de la Villa y Corte de Madrid*, pág. 401.
- ANDARIAS, ANGEL.—*Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Municipal*, páginas 129 y 266.
- ARTILES, J.—*Millares Carlo, Agustín.-De Paleografía visigótica: A propósito del «Codex toletanus»*, pág. 114. *Mortet, Charles.-Le format des livres. Notions pratiques suivies des recherches historiques*, pág. 122. *Gesamtkatalog der Wiegendrucke. Herausgegeben von Kommission für den Gesamtkatalog der Wiegendrucke*, pág. 252. *Van Meel, I.-Bibliothèques publiques, Salles de lecture, Bibliothèques d'enfants...*, pág. 255.
- BAIG BAÑOS, AURELIO.—*Alrededor del cervantófobo Don Valentín de Foronda*, página 189.
- BARRADAS, JOSÉ PÉREZ DE.—V. PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ.
- CALVO IGNACIO.—*Posibles Cecas madrileñas*, pág. 67.
- COTARELO Y MORI, EMILIO.—*Sobre quién fuese el raptor de la hija de Lope de Vega*, pág. 1. *Una tragedia real de la Avellaneda*, pág. 133.
- DELEITO Y PIÑUELA, JOSÉ.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV*, págs. 158 y 330.
- DOMÍNGUEZ BORDONA, J.—*Un libro de la viuda de Bécquer*, pág. 105. *A Quintana. Corona de oro, 1855, Poema desconocido de Gustavo Adolfo Bécquer*, página 123. *Centenario del autor de «Pepita Jiménez»*, *Cartas inéditas de Valera*, pág. 430. *Un traductor de Bécquer*, pág. 503. *Chacón Enríquez, J.-Eduardo Rosales (1836-1873)*, pág. 510. *Moreno Villa, J.-Dibujos del Instituto de Gijón*, pág. 514.
- ESPEJO, CRISTÓBAL.—*Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Catálogo por materias*, pág. 380. *Merriman, Roger Bigelow.-The rise of the Spanish empire in the old world and in the new*, pág. 392. *Las dificultades económicas en España en el primer tercio del siglo XVIII y las soluciones particulares*, pág. 463.
- EZQUERRA DEL BAYO, JOAQUÍN.—*La Alameda de Osuna*, pág. 56. *Casa de Campo y heredamiento de la Florida y Montaña del Príncipe Pío*, pág. 184.
- FERRÁNDIZ, JOSÉ.—*El templo de San Fernando y su olvidado tesoro artístico*, página 366.



- FUENTES, ROSARIO.—*Sánchez Albornoz y Menduiña, Claudio.-Estampas de la vida en León durante el siglo X*, pág. 257.
- GALINDO ROMEO, P.—*Haebler, Konrad. Handbuch der Inkunabelkunde*, pág. 505.
- GÓMEZ, JULIO.—*Don Blas de Laserna. Un capítulo de la historia del teatro lírico español visto en la vida del último tonodillero*, págs. 88 y 222.
- GONZÁLEZ PALENCIA, ANGEL.—*Establecimiento de la Fontana de Oro*, pág. 110. *La tonadilla de Garrido*, pág. 241. *Pedro Montengón y su novela «El Eusebio»*, pág. 343.
- HERRERO GARCÍA, M.—*El Madrid de Calderón*, pág. 282.
- HUARTE Y ECHENIQUE, AMALIO.—*El Mayorazgo de treinta y cuatro cuentos*, pág. 20.
- J. D. B.—V. DOMÍNGUEZ BORDONA, J.
- M. M.—V. MACHADO, MANUEL.
- MACHADO, MANUEL.—*Conde de Cedillo.-Ocios poéticos*, pág. 115. *Gómez, Julio.-El arte de dirigir la orquesta*, pág. 121. *Un curioso manuscrito inédito. La autobiografía de Don José Álvarez Guerra*, pág. 177.
- MORATO, J. J.—*El estudio de la Villa*, pág. 108.
- PÉREZ DE BARRADAS, JOSÉ.—*El neolítico de la provincia de Madrid*, pág. 75. *Obermaier, Hugo.-El hombre fósil*, pág. 119.
- RINCÓN LAZCANO, J.—*Espina y Capo, Antonio.-1850 a 1920. Notas del viaje de mi vida, 1850 a 1860*, pág. 118. *Peman, José María.-Nuevas poesías*, pág. 253. *Bordiú, José.-Memoria escrita en defensa del Madrid viejo*, pág. 256. *Espina y Capo, Antonio.-1850 a 1920. Notas del viaje de mi vida, 1861 a 1870*, pág. 389. *León Peralta, Alberto.-La moderna ciencia del urbanismo...*, página 394. *Martínez Kleiser, Luis.-Guía de Madrid para el año 1656*, pág. 511. *Saborido Soler, Manuel y Huerta Peña, Jesús.-Estudio de antecedentes para la creación de cooperativas locales, aseguradoras de la salud y la organización técnica del seguro contra las enfermedades y la invalidez en todas sus modalidades*, pág. 515. *Baüer y Landauer, Ignacio.-De mi Archivo. Varias cartas del siglo XIX*, pág. 517.
- SUBIRÁ, JOSÉ.—*Un villancico teatral: «Los tres sacristanes»*, pág. 246. *Bajo el imperio de la tonadilla. Un desafío de dos populares cantantes*, pág. 371. *Anibal, C. E.-Ph. D. Mira de Amescua, I. El arpa de David. Introduction and Critical Text...*, pág. 384. *Gallego y Burin, Antonio.-José de Mora*, pág. 351. *Un sainete olvidado, «La Academia de Bolero»*, pág. 500. *Trend, J. B.-The Music of Spanish History to 1606*, pág. 507. *Grahit, Joseph.-Las campanas de Girona*, pág. 513.
- TREND, J. B.—*Escenografía madrileña en el siglo XVII*, pág. 269.
- VARELA HERVÍAS, E.—*Álvarez Ossorio, Francisco.-Una visita al Museo Arqueológico Nacional*, pág. 124. *Obermaier, Hugo.-Die Bronzezeitlichen felsgravierungen von Nordwestspanien*, pág. 251. *Martín Lázaro, Antonio.-Fuero castellano de Béjar, siglo XIII*, pág. 259. *Encuadernación del siglo XVI*, página 375. *García Villada, Zacarías.-La vida de los escritorios medievales*, pág. 509. *Residencia*, pág. 516.

---

De las publicaciones de que se remitan dos ejemplares a la *Biblioteca Municipal*, plaza del Dos de Mayo, 2, se dará cuenta en esta REVISTA.

---

IMPRENTA MUNICIPAL

Ayuntamiento de Madrid  
[www.memoriademadrid.es](http://www.memoriademadrid.es)